


M
1895
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.



EL HOMBRE FELIZ
INDEPENDIENTE DEL MUNDO
Y DE LA FORTUNA,
Ó ARTE DE VIVIR CONTENTO
EN TODOS LOS TRABAJOS
DE LA VIDA.

OBRA ESCRITA EN PORTUGUES

POR EL P. D. TEODORO DE ALMEYDA,
DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO,
Y DE LA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
DE LISBOA, ETC. ETC.

NUEVA TRADUCCION

MEJORADA EN EL ESTILO Y EN LOS VERSOS

POR

EL P. D. FRANCISCO VAZQUEZ,
CLÉRIGO REGLAR.

Con las notas del Autor, y adornada con 25 estampas.

TOMO II.

MADRID
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1806.

EL FELIZ.

LIBRO SEXTO.

SUMARIO

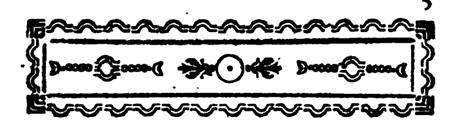
DEL LIBRO SEXTO.

Miseno conducido á la carcel de Constantinopla halla en ella á Isaac Lange casi desesperado, y le serena con sus razones, y con la pintura de su mismo corazon quando la fortuna le lisonjeaba. Vuelve Isaac Lange á su impaciencia, y Miseno le exhorta á usar bien de su juicio para sacar utilidad de los trabajos. Oyen los dos presos tocar á rebato, porque venian sobre la ciudad las tropas á quitar el cetro al usurpador. Se describe la turbacion de toda Constantinopla. Sobreviene la noche, y trabajan con actividad por una y otra parte á vista de los dos ilustres presos que habian subido á lo mas alto de la fortaleza. Ataque vigoroso para entrar en la plaza. Promesas del Emperador á Miseno con juramentos y plegarias para quando se vea en el trono, por los servicios que habia hecho. Entran los Latinos en la ciudad. Sacan de la carcel á Isaac Lange para colocarle en el trono, y dexan á Miseno en las prisiones.



Miſeno pueſto en cadenas anima al Emperador Isaac, que eſtaba en la carcel deſeſperado.

S. Johnson



EL FELIZ
INDEPENDIENTE DEL MUNDO
Y DE LA FORTUNA.

LIBRO SEXTO.

1. No sabré yo describiros, prosiguió Miseno, el horror de aquella carcel. Teniamos allí la noche obscura por compañera inseparable: contabamos las horas, pero confundiamos los tiempos, pudiendo decir con un Poeta moderno:

Media noche contaba, y medio dia:
distinguir los dos tiempos no podia.

De forma que Isaac Lange sin ojos, y yo con ellos eramos igualmente

ciegos. Quando para darnos la comida baxaban del techo una luz pálida, amortiguada y melancólica, mas me servia de tormento, que de consuelo, porque entonces veía los inexplicables horrores de aquella sepultura de vivos. El ruido de las aguas que batian sin cesar las paredes de la fortaleza, en que nos encerraron, nos aturdia de suerte que sobre estar ciegos, nos tenia casi sordos.

2. El primer dia que estuve solo, me sentí asaltado de una vehemente melancolía: bien como aquel que de repente pasa del calor del sol á un estanque de nieve y yelo, y se siente sobrecogido del frio, así se sintió mi alma. Mis pasiones, que no estaban muertas, sino adormecidas, despertaron con este nuevo estímulo, y se sublevaron: sentí mi entendimiento confuso, y el alma fuera de su natural asiento, en tales términos que casi me veía precipitado, porque con el largo descanso en que habia vivido, me descuidé por entonces de las rien-

das, que siempre debe la razon tener cortas para domar las pasiones. En esta confusion me pasó por los ojos del alma como un relámpago: bien sea que verdaderamente durmiese, ó que en la realidad velase, yo ví el anchuroso mar, y en medio de las hondas un cóncavo peñasco, en el que estaba como encerrado cierto Príncipe: de tal modo estaba allí metido, que solo podia ver lo que pasaba de frente. Ví tambien que por delante de este islote pasaba una carroza marítima, bella, pomposa y triunfante: la veía yo venir muy á lo lejos sobre las aguas, tirada de una larga y sucesiva serie de monstruos marinos de todas formas y figuras: unos eran como peces de escamas de plata, ó de finisimo oro: otros de un vivísimo carmin, como los que llaman langostas: otros de figura horrible y feroz; pero todos tiraban unos de otros, y al fin venia el brillante carro. El Príncipe nada veía, sino lo que pasaba por delante, y cada vez que venia algun monstruo dis-

forme ; le disparaba con su arco venenosas saetas. Llegó en fin uno que era mas horrible que los otros, y esforzándose para herirle de cerca, salió de su concavidad, y quando iba á atravesarle con una lanza, oyó una voz que le dixo : *no hieras, que te pierdes.* Suspendió el golpe, y entonces pudo ver el carro que ya estaba cerca, y en él, asi que llegó á la roca, fue llevado como en triunfo. Visto esto, todo se desapareció de mis ojos, y proseguí en el nocturno descanso. Al dia siguiente me obligó la curiosidad á reflexionar sobre esta representacion.

3. Quando empezaba mi reflexion, he aquí que me abren una puerta, que me conducia á donde el Emperador estaba, permitiéndonos desde entonces la comunicacion. El se alegró con ocasion de mi infelicidad, y yo me compadecí de la suya. A lo menos, decia yo, tengo compañía en mis males, consuelo en vuestras palabras, y alivio en mi horrorosa soledad. No

quisiera sentir complacencia en vuestros trabajos; pero ella misma se me escapa á pesar de los sentimientos de la humanidad. Me causa pena que mi corazon se alegre de veros; mas vos caballero, qualquiera que seais, perdonareis esta contradiccion de afectos.

4. Era muy natural, interrumpió la Princesa, esa que parece contradiccion. La compañia en los trabajos causa consuelo, y al mismo tiempo dolor en las almas de corazon sensible; pero veamos como pudisteis resistir á la melancolía.

5. Este encuentro, dixo Miseno, con otro hombre mas infeliz que yo, me distraxo al principio; y despues vino la filosofia á socorrerme. Respondí al Emperador cortesmente, que me serian suaves mis males, si pudiese con ellos aliviar los suyos; porque os aseguro, Señora, que nada puede hacer un mortal que le dé mas gusto, y le asemeje mas á la Divinidad, que hacer feliz á un desgraciado, ó á

lo menos disminuir su infelicidad. Hacer que pare la rápida é inconstante rueda de la fortuna, quando furiosamente retrocede, y arrancar de los abismos de la tristeza al miserable que en ella ha caido, para levantarle á la suave y deliciosa region de la tranquilidad, son acciones que á un noble corazon le llenan del placer mas delicioso y puro que podemos sentir en esta vida. Respondí, pues, á Isaac Lange, y en el modo con que le hablé conoció la sinceridad de mi corazon, y que mis palabras no nacian de un fingimiento estéril.

6. No es tan agradable la fresca fuente á un enfermo que se abrasa con la calentura, y va á escondidas arrastrando hasta poder beber en ella, como mis palabras para Isaac Lange. Aquel corazon, no pudiendo desahogarse, ni aun por el medio de las sentidas quejas, estaba como entumecido; y así empezando á desangrarse, ya con las palabras, ya con las lágrimas, sentia notable alivio.

7. Esto sucedió en los primeros dias, mas despues vino á ser veneno, lo que habia sido triaca: á fuerza de ponderar sus males se fue agravando de tal suerte la herida de su corazon, que enfurecido contra el hermano, blasfemaba contra él, contra la tierra, y hasta contra el cielo blasfemaba. Era tan impetuoso el torrente de su ira; que no pudiendo reprimirle de ningun modo, todo lo arrebataba. La cólera, la rabia y la venganza degeneraban en desesperacion, y ésta en frenesí y delirio.

8. Os confieso que el mal ageno fue para mí grande remedio, porque entonces ví quánto importaba tener siempre tirante la rienda, y no dexar que tomen fuego las pasiones, aun las mas justas; porque si llegan á desenfrenarse, es muy dificil detenerlas. Yo advertia que el Emperador tenia mas ciega el alma que el cuerpo, pues no veía que con sus delitos, y las tiranias exercitadas contra Andrónico, habia merecido bien quanto pasaba. ¡O

qué dificil, me decia yo, es conocerse á sí mismo! Y de este modo, la ceguera de Isaac, me abrió mucho los ojos. Entonces reflexionando en mi sueño ó vision, entendí la máxima importante de que todos los sucesos de la vida son una cadena que nos va llevando á nuestra felicidad. ¡Desgraciado de aquel que rompa esta cadena!

9. Algunas veces, dixo el Conde, nos lleva á la infelicidad. No me conformaré con ese parecer, replicó Miseno, siempre que dexemos el gobierno de nuestra suerte al que nos crió para ser felices. Ya, amigo, se disputó ese punto; y así debemos estar persuadidos á que si nosotros no cortamos ó interrumpimos la serie de los sucesos de la vida, dispuestos en la mente Suprema, siempre será dichoso el fin; porque quanto la bondad suma dispone por sí sola, va encaminado al *bien*.

10. Con esta doctrina, que yo comuniqué al Emperador, contándole el sueño que habia tenido la

noche anterior, se suavizó notablemente su cólera, y se le mitigó el furor. No penseis Señor, le dixe, que nuestra vida es un cúmulo de sucesos, que cayendo tumultuariamente unos sobre otros, llenan el espacio que hay desde la cuna á la sepultura. Eso debiera suceder si el *hado*, ó el *acaso* fueran los autores del Universo; pero no tenemos tan grosera idea del artífice y su obra. La vida del hombre es una serie bien ordenada de acontecimientos, de tal suerte encadenados unos con otros, que uno solo que queramos arrancar violentamente, todo se descompone y se desordena. Mientras va pasando esta serie, somos nosotros como aquel Príncipe que estaba en la concavidad de las rocas: vemos solo lo presente, é ignoramos todo lo que despues se ha de seguir: para nosotros todo está cerrado en la sala obscura de lo futuro, de donde poco á poco, y uno á uno van saliendo todos los sucesos. Ignorando, pues, lo que se ha de seguir á esta

prision, no podemos juzgar, si nos traerá algun mal, ó si nos conduce á un verdadero bien. ¿Quántas veces nos hemos engañado con lo que nos parecia un grande bien, y despues hemos visto que era una puerta muy ancha para el mal? Los años pasados estabais sentado en el trono, gobernando los pueblos, y yo montado en un brioso caballo mandaba en xefe casi todos los vasallos de mi Soberano: ¿quién entonces no nos llamaria felices? Pero estaban ocultos los sucesos que venian encadenados con estas honras. Ahora puede ser que tengamos otro engaño feliz. ¿Quién sabe lo que está escrito en el libro de la Providencia, y si estos monstruosos sucesos vendrán tirando del carro de vuestra felicidad y de la mia?

11. Bebe gustosa la árida tierra aquella serena lluvia que entrando poco á poco va regando sus entrañas sedientas: no de otra suerte recibia el afligido Emperador mis consuelos. Se ablandaba su voz, se abria su juicio, é ibamos ya en-

trando en un seguido discurso. Yo viendo que le suavizaban estas razones; continué con la siguiente comparacion.

12. En una máquina de grande artificio y composicion, el que no viendo mas que una pieza quisiese criticarla, publicaria sin querer su necedad, pues sin ver las otras piezas que en ella juegan, ni conocer el fin para que estaba destinada, no debiera notar defecto alguno, pues tal vez la que parece mas fea, irregular é imperfecta, suele ser la mas ingeniosa. En esto concordaba Isaac, y quando yo hacia la aplicacion á los diversos acontecimientos de la vida, no me podia negar que era muy temerario el que daba nombre de *mal* á todo suceso desagradable, ó llamaba un *bien* á quanto lisonjea á los deseos. Luego es preciso, concluia yo, verlo todo, y saber el *por qué*, y *para qué*, de qualquier suceso para llamarle un *bien*, ó un *mal*. Si el que gobierna nuestra vida, que es en sí mismo la razon suprema y

eterna, se dignase explicarnos los motivos y fines del acontecimiento mas penoso, nos daria tales y tantas razones, que veriamos en él tan perfecta armonía, y proporcion con nuestros intereses principales, que aturdidos y confusos cerrando la boca, y baxando la cabeza, confesariamos en nuestro corazon, que todo era admirable, todo perfectísimo, y que solo el Divino Entendimiento podia disponer las cosas de un modo tan excelente. Dexemos pues, Señor, que obre la Providencia como sabe, respecto de nuestros sucesos; pues seguramente lo entiende mejor que nosotros. Adoremos sus consejos, esperemos á ver el fin: un fin dispuesto por el entendimiento mas prudente, y el corazon mas justo y de mayor bondad, no puede menos de ser bueno.

13. No estaba el Emperador acostumbrado á la frase libre y sincera con que yo le hablaba. La melodía de la adulacion con que siempre se trata á los Príncipes, le habia corrompido el corazon y

el entendimiento: me confesó que aquella era la primera vez que en toda su vida habia oido el tono de la verdad. Yo que le ví dispuesto, aproveché la ocasion para darle á conocer las llagas de su alma en órden á que estimase el cauterio con que la Providencia se las queria curar; mas como siempre es violento descubrir una llaga antigua, despegando la ropa que la oculta, quise que conociese sus defectos en los mios, y viese en mi remedio la utilidad del que la Providencia le ofrecia.

14. Una larga experiencia, le dixe, me hace mirar los trabajos de la vida con diferentes ojos de los del vulgo. Los trabajos han sido el mas eficaz remedio que ha calmado la calentura de mis pasiones, y atajado el frenesí de mis locuras. Mientras me lisonjeaba la rueda de la fortuna elevándome al punto mas alto, fuí inconstante, ligero y loco: no habia peso en mis discursos, ni prudencia en mis palabras, ni rectitud en las obras.

Mi entendimiento abrazaba ciego los detestables monstruos del error y la mentira, teniéndolos yo por la verdad, única esposa adorada en mi corazon; porque la chusma de aduladores me ocultaba esta esposa pura, introduciéndome la perversa cuncubina, solo porque ésta les acomodaba para sus intereses. Con estos engaños, pidiéndome los lisonjeros premios y recompensas, ya mi corazon, criado para seguir al verdadero bien, corria tras el verdadero mal. De este modo pasaba la vida suspirando por la alegria sin poderla conseguir. Mi confidente era la lisonja, mi consejero la mentira, mi regla el desórden, y así me desvanecia por lo que debiera avergonzarme. De aquí se seguia que ingrato á la luz de la razon la despreciaba, é insensible á los afectos de la humanidad los reprimia. Era hombre en la figura, y bruto en las obras: no hacia caso de la virtud, y me dexaba guiar de mis pasiones. Infiel á mi palabra, la ne-

gaba facilmente; y perjuro á mi religion, quebrantaba sus mas sagrados fueros. Mi única ley era mi propia voluntad: la ambicion, regla de mi justicia; y mi apetito, era mi Dios. Así vivia yo, Señor, antes que me sobreviniesen los trabajos; pero despues estoy enteramente mudado. Juzgad ahora si los deberé reputar por un mal, ó al contrario, por un grande y verdadero bien.

15. Recibia el Emperador esta doctrina con admiracion y espanto. Se conocia á sí mismo en el retrato que le puse delante de los ojos, y le convencia la fuerza de la razon; pero la novedad le pasmaba. Su alma, cerca ya del equilibrio en que debe estar para pesar los bienes, y los males de la vida, ya balanceaba á un lado, ya á otro; y me respondió por último, que no dudaba él que los trabajos eran verdadero bien para los que saben sacar de ellos utilidad; mas para él, que no habia aprendido tan nueva filosofia, eran un mal

desesperado. La misma medicina, me dixo, que haciendo su efecto saca á unos del peligro, pone á otros en él, si no obra como debe. Por esta razon, estando los dos enfermos de un mismo mal, habeis sanado vos con el cauterio, y en mí no ha hecho mas efecto, que abrasarme y consumirme. Si yo supiera sacar utilidad de los trabajos de la vida, ninguno seria mas venturoso que yo; porque creo que desde la region de la aurora, hasta las columnas de Hércules, no ha habido hombre mas atribulado.

16. Conozco, añadia, que lo tengo bien merecido, pues la Suprema inteligencia en la justa balanza de su equidad inflexîble, me ha puesto por una parte tantos castigos, quantas son las enormidades que yo por otra habia cometido. Veo que la sangre de Andrónico clama contra mí, y que desde la sepultura está pidiendo venganza. Confieso que soy el horror del cielo y de la tierra, y que hasta los abismos me detestan. Viendo es-

toy armadas todas las criaturas contra mí, para vengar al Omnipotente, á quien ultrajé. Viendo estoy que el Todo-Poderoso indignado dispara contra mí todas las saetas de su ira, disponiendo que sea mi cadalso el mismo trono de Constantinopla que fue objeto de mi ambicion. No tengo que esperar remedio, ni apariencia de consuelo, porque nada hay que pueda resistir á Dios: nací para ser infeliz, y no podré detener la rueda de mi destino. Así remataba el desgraciado Lange sus discursos, que ya degeneraban en desesperacion.

17. Como el ave herida que no puede por mucho tiempo sostener el vuelo sin volver á caer en la tierra, de donde se habia levantado con trabajo; así era el Emperador. Su corazon herido y desangrado apenas podia continuar en sus esfuerzos para vencer la languidez en que vivia postrado.

18. No puede durar la violencia, dixo Sofía, porque la naturaleza siempre reclama sus derechos,

y si se apodera de un corazon la tristeza, facilmente recupera ésta el terreno que habia perdido. ¿Mas cómo procedisteis con él en tal estado?

19. Dando tiempo al tiempo, dixo Miseno. Al dia siguiente le propuse con disfraz esta comparacion, que llevaba escondido algun remedio á su daño: el deudor rebelde, á quien confiscan los bienes, y le meten en la carcel, repugna, se detiene, enreda, y hace quanto puede por eludir la sentencia, ó negar la deuda; pero los años pasan, las rentas se cobran, los bienes se venden, quedan satisfechas las deudas, y absuelto el deudor. Esto lo concedió Isaac Lange, y yo continué diciendo: el hijo travieso á quien castiga su prudente madre, resiste, lucha, é implora con rabia el socorro; pero nada detiene el castigo: concluido éste, queda el delito castigado, y perdonado el hijo. ¿Concedeis tambien esto? Me dió á entender que sí, y me preguntó, ¿á qué fin se encaminaba mi discurso?

20. A consolaros en vuestra afliccion, le respondí, como me consuelo yo en las mias. No castiga Dios con rabia, ó pasion de ira; porque no conoce el ímpetu ciego de la cólera que sentimos los hombres. La razon suprema es la que solamente le hace levantar el brazo para el castigo, y esta misma eterna razon le hace cesar. Aunque se revuelva todo el mundo en peso: aunque se confundan los cielos con los abismos, los mares con las estrellas, las noches con los dias, y todo vuelva al primitivo caos, nada importa: el que obró mal, ha de ser castigado; bien que por el delito que se ha pagado una vez, no dará Dios nueva pena, ni pedirá la infinita rectitud dos pagas por una sola deuda. Si una vez somos castigados, sea por nuestra voluntad ó contra ella, ya en todo, ó en parte se van pagando las deudas contraidas. Confieso que la voluntaria sumision es de grande mérito: quando éste se pierde con la repugnancia, no es esa la sa-

tisfaccion de que hablamos. Ya veis, Señor, que siempre los trabajos de la vida traen consigo un grande bien, que nosotros despreciamos, pues disminuyen la deuda que indispensablemente se ha de pagar. A esto se dirigian las dos comparaciones que os hice. Se quedó aquel Emperador suspenso, y ni podia responder, ni osaba convenir conmigo.

21. A la verdad, dixo el Conde, que es demasiada esa filosofia para un encarcelado. El afligido no está para hacer delicados discursos. ¿Pero estará el afligido, respondió Miseno, obligado á no tener juicio, ó si le tiene, á no servirse de él? ¿En qué materia se deberán emplear con mas razon las delicadezas del juicio, que en disminuir sus propios males? Quando padece un miembro del cuerpo, todos los demas acuden á aliviarle en lo que pueden; ¿por qué, pues, no haremos lo mismo en los tormentos del alma? Si en la carcel nos afligen mil discursos, ¿no será

justo que otros discursos nos consuelen en la carcel? Empleaba Isaac Lange todo su entendimiento en afligirse, y yo hacia que le emplease en convertir en alegria su natural afliccion.

22. Eso ya, dixo la Princesa, es mucho mas que disminuir el tormento. Yo creo que con dificultad reduciriais á Lange á que pasase un solo momento alegre, mientras se vió preso; y si lo conseguisteis, podeis gloriaros de esa victoria mas que de los triunfos que alcanzasteis en Boemia y en Rusia; pues jamas postró vuestro brazo tan vigoroso enemigo.

23. Llegué á conseguir, dixo Miseno, que el Emperador pasase algun tiempo con una serenidad para él muy extraña, la que comparada con la desesperacion anterior pudiera llamarse gozo y alegria. Mas no me desvanezco con la victoria, porque en estas ocasiones no es el hombre el que triunfa, sino Dios y la verdad: el vencedor solo tiene el mérito de haber condu-

cido el carro triunfal para que sus enemigos la vean, pues es tal su belleza que basta descubrirse claramente para deslumbralos, derribarlos por tierra y rendirlos: esto es lo que yo hice con Isaac Lange.

24. Un dia que le hallé muy desanimado y afligido, fingí que yo tambien estaba bien mortificado por verme preso sin saber la causa, y sin el consuelo, por consiguiente, de esperar el término de aquella muerte lenta. Permití que mi corazon cayese algun tanto para que se juntase al suyo herido y desangrado, con el fin de levantar despues su corazon con el mio: dexé salir algunos suspiros, y advertí que le era sumamente agradable esta conformidad de afectos. En cierto modo os hallo, me decia él, mas infeliz que yo, pues vos padeceis inocente, y yo estoy pagando mis delitos. Yo padezco solamente los tormentos; vos padeceis los tormentos y la injusticia que es el mayor tormento. Quando Isaac me

consideraba mas desalentado, hice una reflexion con que me condenaba á mí mismo, y dixe así con valor:

25. ¿Pero qué es lo que yo hago? ¿Por qué me dexo vencer de la fatalidad, si el héroe siempre puede triunfar de ella? Animo, Miseno, vuélvase enhorabuena contra tí con la mayor furia la rueda terrible de la desgracia: conjúrense contra mí todos los hombres, y aun los abismos, porque yo en aquel Sér Supremo, que es superior á todo, y todo lo gobierna, puedo tener el consuelo de que me compense, y me haga sólidamente feliz.

26. Aquí se quedó suspenso el Emperador, y yo que habia cobrado fuego, proseguí diciendo: solo de Dios y de mí pende el ser verdaderamente dichoso; pues si en esta infernal carcel obro bien, y procedo de modo que agrade al Gobernador del Universo, es imposible que yo no sea feliz y digno de grande envidia. Todo consiste en agradarle, de modo que

guste de mí, y esto solo de Dios y de mí depende, y no de otro alguno. Ved si me engaño.

27. La Suprema Inteligencia, que todo lo ve como es en realidad, debe por su esencial rectitud aprobar lo bueno, y detestar lo malo. No obra Dios por capricho, como los Príncipes, que muchas veces gustan de un valido, sin saber por qué, y toman aversion á otro sin que preceda delito alguno. Dios solo es el què puede obrar siempre con razon, por ser la suma rectitud. Todo eso os concedo, respondió el Emperador, y yo continué diciendo: ahora bien, ¿qué cosa habrá mas justa y laudable que rendirse un hombre, perseguido sin causa, á los decretos Supremos, y sin averiguar los motivos ni buscar dentro de sí mismo razones, dar las manos, doblar las rodillas, inclinar la cabeza, y decir á Dios: *obrad, Señor, como fuere vuestra voluntad, que yo para todo estoy*? Es imposible que Dios no me estime y ame. Siendo esto así, me

burlaré de todas las criaturas; y pues Dios me ilustra con esta reflexion de su gracia, y me ayuda con su auxîliò, quiero hacerlo; y así os protesto sinceramente que venga lo que viniere, *para todo estoy*: la prision, los tormentos y la muerte para mí todo es nada, solo por agradar al Supremo Juez. Aunque el Omnipotente para probarme me haga el blanco de sus fulminantes saetas, y arruinando las columnas del firmamento dexe caer de golpe sobre mí las bóvedas del cielo, ó faltandome la tierra de repente, me vea baxar rodando por despeñaderos hasta los abismos; allí reducido á cenizas alabaré sus consejos, y conforme vaya cayendo será mi única palabra, *que Dios es justo, y que sus acciones son la norma de la equidad.*

28. Confieso (dice Isaac Lange) que Dios no podrá menos de aprobaros en su entendimiento, y amaros en su corazon: su mano generosa os habrá de hacer venturoso tarde ó temprano, y aun quando su

ayrado brazo estuviese ya en el ayre para daros el último castigo, tengo por cierto, que oyendo las voces rendidas de vuestra alma, quedaria desarmado, y os abrazaria tiernamente con cariño. ¡Ay Miseno! dichoso el que pudiere hacer lo que vos, pues obrando con ese generoso rendimiento, ó Dios no será justo, ó el hombre será dichoso; pues quando Dios ama, ninguno le puede atar las manos para que no derrame sobre sus amigos señales de su benevolencia. El infeliz y desgraciado soy yo, que no puedo hacer lo que vos; y así solamente hallo en mi corazon la repugnancia, la desesperacion y la amargura.

29. No obstante, observé que desde aquel dia se iba aclarando poco á poco la luz de su razon. Se derretia el yelo de su corazon, y aunque con dificultad, tenia algunos movimientos suaves; tanto, que un dia llegó á decirme: ¡ay amigo! ahora conozco que los consejos de Dios para conmigo son justos, aun-

que rigurosos: tal vez llegará tiempo en que me sean favorables; pero ¡que fria es esta mi esperanza! Yo le animaba en quanto podia, y él por su parte no hallaba expresiones con que agradecerme el bien que le habia hecho con mis consejos. Si algun dia (me solia decir apretándome la mano) si algun dia salgo de esta carcel para subir al trono, vos sereis el que reyne, porque mi voluntad no conocerá otro norte, ni mi juicio otro gobierno. ¡Mas que locos son los sueños de un infeliz, que no tiene mas alivio que el de su engañosa imaginacion!

30. En esto nos entreteniamos, quando el dia que estabamos mas descuidados oímos un extraño bullicio en toda la ciudad. Las centinelas que nos guardaban desampararon la puerta de la carcel, porque generalmente clamaban *al arma, al arma*. No podiamos dar con el motivo de semejante novedad, porque yo casi habia perdido la memoria de lo que pasó en Dalma-

cia. Por instantes iba creciendo el tumulto, porque desde las torres de Constantinopla se avistaba que la armada habia embocado por el estrecho de los Dardanelos: una centinela que volvió á su puesto nos dixo, que el Príncipe Alexo venia sobre Constantinopla con una armada formidable. Entonces conté al Emperador lo que con Alexo habia pasado en Silesia, y con el Dux y caballeros Franceses en Zara, dándole yo el parabien de la esperanza de su libertad; y casi salió de sí con el gozo y alegria.

31. Ya se oyen por toda la ciudad los tambores tocando á rebato, suenan trompetas, clarines y timbales: marcha la caballería á galope desempedrando las calles: va la infantería corriendo á las murallas: en la ciudad anda el pueblo presuroso y despavorido; y como corrian todos sin órden, se tropiezan unos con otros. Solo se oyen gritos de la plebe, alaridos de las mugeres, y llantos de los niños: cada uno cierra de golpe su puerta atran-

cándola por dentro; ninguno se da por seguro, ni sabe que hacerse: *enemigos*, *enemigos*, se decian unos á otros, sin esperar mas respuesta. Los afectos de los principales de la Corte eran encontrados: unos estaban llenos de temor, y otros de alborozo, segun vivian contentos ó descontentos del actual Gobierno.

32. Isaac Lange impaciente pide, ruega, insta y promete recompensa á la única centinela que nos quedaba, para que nos dexase subir á lo mas alto de la fortaleza, supuesto que las últimas puertas de hierro respondian de nuestras personas. A las promesas añadió ciertas dádivas: esta llave de oro primero, y las de hierro despues, nos franqueáron las puertas, y ambos subimos á lo mas alto acompañados de la centinela.

33. Ya se venian acercando las galeras: las filas de remos batiendo con apresurado compás las olas, me parecian alas de aves quando éstas vuelan ligeras. Estaba todo el mar cubierto de embarcaciones que

se me representaban como un enxambre de abejas al rededor de una colmena: presto abordan las galeras á la playa distante de la ciudad, saltan en tierra los soldados, y se forma el exército.

34. Eran seis mil Franceses, y ocho mil Venecianos, con pocos mas extrangeros, los que venian á embestir á una ciudad guarnecida de doscientos mil Griegos (1). Militaban los sitiadores en tierra agena, y sin otro socorro que el de su valor: combatian los sitiados en su propia casa, y el amor de la patria, el de sus hijos y mugeres junto al de los propios intereses multiplicaban el ánimo en unos pechos que no estaban rendidos del hambre. Mas al ver sus movimientos parecia que unos adivinaban su victoria, y otros su ruina.

35. Yo estaba viendo como corria el tirano en persona por todos los puestos de la ciudad exhortando á los cabos, amenazando

(1) Abate Vertot, hist. de Malta.

á los soldados, pero intimidando á todos; porque trayendo impresos en el semblante el miedo y el delito, en vez de animarlos, les comunicaba la propia pusilanimidad. Ya se valia del rigor, ya de la vil adulacion y baxeza, sin poder acertar con el justo medio que debe guardar una Magestad benévola. No obstante, volaba tan ligero de una parte á otra, como un relámpago que á un mismo tiempo se dexa ver en los quatro puntos del horizonte. Todo era bulla, órdenes y desórdenes. Por una parte se acercaban á los muros carros llenos de pez, resina y azufre, ó de otros materiales para el fuego: por otra traian enormes piedras, éstas para arruinar; aquellos para quemar las máquinas que se acercasen á las murallas ó á las puertas: no se veian sino dardos, flechas y arcos, con armas para acometer: unos arrojaban á los fosos haces de leña y sarmientos, materia fácilmente inflamable: otros llevaban sacos de lána, arena y tierra, para inuti-

lizar los golpes del ariete, ó para apagar el fuego quando no fuese oportuno. Aquí cortaban los puentes, allí minaban los muros para hacer ó impedir las estradas cubiertas: parecia el pueblo un hormiguero: unos estorbaban á otros, y la misma multitud mútuamente se impedia.

36. En el campo de los Latinos sucedia lo contrario, todo era órden, alegría y valor. Marchaban los caballeros de la Cruzada con tan fiero, noble y despejado continente, como si no fuesen al combate, sino al triunfo. Entre todos sobresalia el famoso Enrique Dandol, Dux de Venecia: las canas que por debaxo del capacete se veian, causaban mas respeto que los emplumados yelmos de los otros capitanes. A pesar de su edad avanzada, era el que daba las órdenes, y el que venia á la frente de todas las tropas reunidas. Traia á su lado al Príncipe Alexo, que montaba un brioso caballo, ricamente enjaezado, mostrando al mismo tiempo

en lo precioso de los arneses y las armas, que era un Príncipe rico, y en el ánimo y esfuerzo, que era un conquistador valeroso. Mandaban diferentes cuerpos, entre otros capitanes que yo no conocia, el gran Montmorenci, el Marqués de Montferrato, y el Conde de Flandes, que despues se intituló *Balduino primero.* Pocas esperanzas tenia entónces este caballero de la corona de Constantinopla, que le preparaba la fortuna, y menos temor de la infelicidad á que esta misma fortuna le llevaba.

37. De todo iba yo informando al Emperador ciego: quando le nombré su hijo, se enterneció tanto aquel paterno corazon, que aun yo me ví precisado á dexar correr las lágrimas. Si tú llegas á reynar, decia él, si tú llegas á reynar, querido hijo, acabaré mis dias gustoso, y creo que el mismo gusto hará que los acabe de repente por no poder resistir á tanta alegría. Pero llegue yo á colocarte en el trono á mi lado, aunque al punto me lle-

ven al sepulcro. Mas no permite este contento mi desgracia: no seré yo tan feliz que te vea victorioso. ¡Hado cruel! ¿por qué me has conservado la vida hasta un tan peligroso momento? De este modo yo le veia ya fuera de sí con el júbilo, y ya abatido con la tristeza: tímido en los deseos, asustado en las esperanzas, y siempre atormentado en sus afectos. Le iba diciendo yo lo que sucedia; y la centinela me informaba á mí de quienes eran los Griegos, que yo jamas habia visto.

38. Llegáron por último los Latinos á las murallas de la ciudad quando ya les iba á faltar la luz del Sol. Sucedió la noche, imponiendo á los mortales las leyes del silencio y del descanso: obedeciéron á la primera, pero despreciáron la segunda; porque cada uno se prometia sorprehender á su contrario al siguiente dia con los trabajos adelantados en las tinieblas; pero al amanecer se halláron engañados unos y otros, porque ámbos pretendian engañar.

39. Ya estaban dispuestas las formidables máquinas para escalar los muros, y derribar las puertas. Por todas partes al rededor de la ciudad discurrian ingenieros para ver por donde se debia formar el ataque. En esto estaban ocupados los principales xefes, quando hizo repentina salida un destacamento de caballería para estorbarlos. No se sueltan con tanta furia los vientos, quando rompiendo las cadenas que los detienen, van por los valles y los montes destruyendo quanto encuentran, como salian allí los Griegos. Hallábase el tirano en la escaramuza, pero disfrazado: era temerario igualmente que medroso, y degeneraba con alternacion en los dos contrarios excesos; efecto propio del gobierno de la pasión que no consulta al entendimiento. Lo llegó á conocer el Príncipe Alexo, que no tenia á su lado mas que al Dux, y otros pocos capitanes. Quiso, mas no pudo, reprimir la cólera, y fué corriendo como un rayo con la lanza en ristre contra el

tio: no conoció el tirano el peligro á tiempo de evitarle, y picando el caballo acometió al sobrino. Rómpense las lanzas, y pasan los brutos adelante. Alexo perdió el capacete, el tirano la silla, echó el Príncipe mano al alfange, revuelve el caballo con destreza sobre el tirano, que ya se iba cayendo: le vió, pero dominando su ira le dió la mano, detuvo al bruto, volvió á sentarle, y le dixo con bizarría: *desenvaynad la espada para defender, si podeis, la vida que os acabo de dar.* De una y otra parte se descargan golpes formidables que se oian y resonaban á larga distancia. El Príncipe estaba cubierto con solo el escudo: el tirano con cota de malla, visera y capacete de finísimo acero. Acuden de una y otra parte los que miraban por la seguridad de tan ilustres personas, y se traba la pendencia con indecible calor, quando una saeta desconocida hiere los ojos del caballo del Príncipe: el bruto desesperado pierde el gobierno con la vehe-

mencia del dolor, y dando furiosos saltos rebienta las cinchas, y el caballero iba á caer entre los enemigos, y á los pies del tirano. Este, ingrato á la generosidad del sobrino, levantó el brazo, y quando iba á clavarle con la tierra con un dardo, se salvó el Príncipe por debaxo del caballo del tirano, dexando de paso al bruto herido de muerte. En este punto un page del Dux tomó en sus brazos al Príncipe, y en la gurupa de su caballo le arrancó del peligro. Conoció el tirano que su caballo bañado en sangre iba á caer, y montó en el de Constantino su valido, el que abrazado con él murió atravesado de un dardo que le habia tirado el Dux. Huyó desanimado el tirano, quiso el sobrino seguirle, cogióle por el brazo el Dux, y con la autoridad de su cargo y de sus años le contuvo inmoble, reprehendiéndole su temeridad, aunque disculpable y gloriosa.

40. Entretanto se hacia un vigoroso ataque por la parte del mar

á las órdenes de Balduino, y mientras se armaba un formidable ariete para batir una puerta de la ciudad, los honderos con piedras, y los demas con saetas, retiraban á los que se asomaban á la muralla para impedir el trabajo. Acude á esta parte la mayor fuerza de los Griegos, temerosos del peligro, y para abrasar la máquina, que ya empezaba á trabajar con grande efecto, arrojan sobre ella muchos haces mezclados con pez y resina, y tanto menudeaban que parecia llover fuego del cielo. Manda Balduino apartar con toda priesa la máquina, y preparar lo preciso para formar nuevo puente, con el fin de que todo el fuego cayese sobre el que habia, para que éste y la puerta se quemasen: era el viento favorable, y de tal modo llevaba el humo y las llamas á los muros y á la puerta, que ésta se incendió á pesar de las diligencias que los sitiados hacian. Parecia el sitio un infierno: cae el puente, y ardiendo las maderas

en el foso aumentaban las llamaradas que abrasaban la puerta. El calor, el humo y las llamas no permitian que ninguno se asomase en grande distancia á los muros. Advirtió Balduino que corria el fuego por todo lo largo del puente, y que las nuevas vigas serian cortas para suplir por las que caian: él mismo echó pie á tierra, y tomó una hacha para atajar el incendio; pero dos intrépidos soldados se la quitáron de las manos, y se metiéron casi hasta enmedio de las llamaradas á poner término al incendio, y decirle: *no pases de aquí.* Obedece el elemento indómito, se aprestan las tropas para entrar con espada en mano en quanto la puerta y las llamas permitiesen la empresa.

41. En este mismo tiempo el gran Montmorenci, con cinco mil Venecianos, y dos mil Franceses se preparaba á escalar por la parte del puente, donde eran mas baxos los muros: ya estaban puestas las escalas, y se disputaban los solda-

dos el honor de la primacía. Pero el Dux fingió sagaz que habia perdido la esperanza de este puesto, y mandó retirar de repente quatro mil Venecianos y mil Franceses, que á las órdenes del Marqués de Montferrato fuéron á atacar otro puesto, que parecia mas oportuno. Queria hacer diversion á sus propias tropas, y con esto engañar á los enemigos á su vista; y para confirmarlos mas en el engaño, todavía llevó consigo poco despues mil y ochocientos hombres, dexando solamente doscientos soldados á las órdenes de Montmorenci, que estaba bien instruido en este estratagema.

42. Quando los Griegos viéron que los sitiadores abandonaban el sitio, acudiéron á sostener el que juzgaban mas peligroso. Ardia entónces con mayor fuerza la puerta del mar, dando Balduino calor á su empresa. No desesperaba Montferrato de ser el primero que entrase en la ciudad, y trabajaba con grande faena y estruendo. Ya la noche habia tendido su tenebroso

manto sobre Constantinopla, pero brillaban las murallas con el fuego marcial que encendian los sitiados para arrojarle sobre los sitiadores, y sus formidables máquinas: servia esta iluminacion para su ruina, porque los Latinos tiraban las saetas con puntería segura, y los Griegos á ciegas.

43. Entretanto los marineros hacian varias maniobras, forzando los remos con grande impulso; y con las voces de alborozo y contento hiciéron creer que les habia llegado nuevo socorro. Siempre es el miedo muy crédulo, y siempre las tinieblas apadrináron al engaño; y así todas las industrias del Dux le salian como lo habia premeditado.

44. Entónces viendo el Príncipe Alexo que estaba casi abandonada de los Griegos la parte del muro que Montmorenci atacaba, envió aviso al Dux, é intentó escalarla El fué el què gloriosamente subió valeroso el primero, y puso la mano sobre el muro; pero al

montarle le faltó un pie y cayó; mas en la caida tuvo la felicidad de encontrar dos soldados que le seguian, y por haberse precipitado juntos todos tres fué el golpe del Príncipe menos funesto. Desde abaxo estaba animando á los que iban subiendo, envidiosos de su suerte, quando vió que vino una piedra enorme de lo alto de la muralla, y quebró la escala por donde subian, quedando dos muertos, y algunos estropeados. Mas glorioso, aunque mas funesto, fué el suceso del grande Montmorenci; porque subiendo felizmente por entre una lluvia de saetas rebatidas con su escudo, al llegar á lo alto del muro le atravesó el pecho una lanza, y le envió coronado de laurel al templo de la Fama. Ya en este tiempo habian acudido el Dux y Montferrato con la fuerza de sus tropas, dexando en los lugares que atacaban los pífanos, tambores é instrumentos músicos; los que sonando, como si allí estuviesen los soldados, ocultaban á los sitiados su ausencia. No

estaban prevenidos los Griegos para tan valeroso combate en aquel sitio que tenian por abandonado, y por esto ya se peleaba pecho á pecho en la muralla. Hasta quince soldados franceses llegáron á montarla; mas ninguno escapó con la vida, bien que tres de ellos ántes de perderla habian conseguido entrar en la ciudad, y la vengáron gloriosamente. Vió el Dux que era tanta la multitud de Griegos que habia acudido á aquella parte del muro, que á cada caballero le correspondian millares: fundando grande esperanza en la empresa de Balduino, mandó tocar á recoger para conservar soldados y fuerzas.

45. Conociendo esto Isaac Lange, baxó desalentado de la garita, en donde estabamos temiendo el suceso funesto de tan peligrosa empresa. Yo le alentaba con esperanza, pero sin pasar los límites de la prudente incertidumbre, y le exponia algunas razones con que en Zara habia animado á los caballeros para entrar en aquella empresa.

No sabia el Emperador cómo expresar su agradecimiento, y me dixo: si llego á salir de esta cárcel, juro por lo mas sagrado que hay en el cielo y en la tierra, que no tomará alimento mi cuerpo, ni descanso mi cabeza sin que esteis á mi lado. Vos sereis el báculo de mi vejez, la luz de mis ojos, el consuelo de mi alma, el gobierno de mis pasos, y el consejo en todas mis resoluciones. Sereis el que guie y consuele á Alexo en el trono, así como le gobernásteis en el destierro: la mitad de la corona será vuestra, porque se os debe toda; y si por cúmulo de mi desgracia pereciere mi hijo en el combate, sereis el regente de mi cetro hasta que mis nietos le puedan empuñar. Tómo por testigo á Dios, y le pido que descargue sobre mí todo el furor de su justa venganza, si me olvidare de lo que en su presencia prometo. Falten á mis brazos los nervios, á mi lengua la fuerza, y la luz á mi entendimiento: olvídense de mí mis vasallos, si Isaac Lan-

ge se olvidare de Miseno. Mas queria decir, pero le atajé con cortesía al ver que se acaloraba, y solamente le dixe:

46. Nada, Señor, merezco, y nada espero quando obro principalmente por mí. El satisfacer á las obligaciones de la humanidad, del honor y de mi carácter, es lo que me inclina á favorecer á qualquiera afligido, ¿quánto mas me animará á servir á un Príncipe desterrado, y á un Emperador preso? Yo en la dulce satisfaccion de mi genio, tengo en esta vida el premio suficiente, y así, si llego á lograr el gusto de ver por medio de esta empresa restituidos á vos y al Príncipe á la libertad y al trono, no habrá en el mundo recompensa que mas satisfaga al corazon humano, que poder decirme á mí mismo con verdad: *he sacado del abismo de la desgracia á dos Príncipes beneméritos, que sin mí naturalmente hubieran perecido en ella.* No ocupeis, Señor, vuestro entendimiento en la idea de la paga de

mis servicios, porque si me diereis vuestra misma corona no me podriais dar tan noble y generoso premio, como el que yo puedo tener, aunque me quede en esta carcel. Os parecerá extraña mi filosofia, pues sabed que ha mucho tiempo que deseo hacer bien por sola la satisfaccion de haberle hecho. Con esto le dexé descansar el breve tiempo que el sueño le ocupó los sentidos; y yo me puse en centinela á la puerta de mi corazon para que de ningun hombre esperase el premio, por ser esta esperanza el ordinario camino por donde entran las inquietudes. El que confia en los hombres, por lo comun se halla engañado, y nada aflige tanto á un corazon sensible como ver frustradas las esperanzas justas: sucede lo que al que se precipità en un camino tenebroso por haber sentado el pie con toda confianza, pero en falso. Despues vereis que mi corazon adivinó.

47. Amaneció el siguiente dia, y no bien se distinguia la aurora

en el horizonte, quando empezaron en el campo á oirse los bélicos instrumentos, y los preparativos del terrible asalto. Poco á poco iba el dia aclarando, y parecia que se desentrañaba la tierra en gente: el murmullo del pueblo multiplicado por los habitantes y sitiadores era semejante al ruido del mar quando se estrella contra las rocas. En toda la noche habia cesado el Conde de Flandes de disponer un puente nuevo para echarle á la puerta que las llamas abrieron: á los primeros rayos del sol, ya estaba colocado el puente y abierta la puerta: iba Alexo á la cabeza de todas las tropas. Impacientes estaban los ánimos de los sitiadores, y hasta los mismos caballos. Sonaban las trompetas y timbales, mas todavía no era la señal para entrar en la ciudad: mordian los frenos, y caía á pedazos la espuma que su braveza formaba: batian la tierra, y temblaba ésta baxo los pies de los brutos: los relinchos y saltos desconcertaban las filas. Dóblase la impa-

ciencia de la caballería al sonar la señal de que la infantería marchase a paso apresurado. Mas de cien mil Griegos defendian la puerta; y todo el resto sostenia los otros puestos peligrosos. Confiados en su excesivo número repartian ya los despojos antes de entrar en la batalla, y en sus ideas estaban destinando para víctimas de su furor y venganza á quantos caballeros veian. Teófilo y Parmenas eran los dos Generales que allí mandaban las tropas: todos esperaban á pie firme á los sitiadores para que encerrándolos en la ciudad, y cogiéndolos por la espalda, ninguno escapase con vida del furor de sus espadas.

48. Al llegar á los muros se disparó al mismo tiempo tan espesa lluvia de saetas que unas con otras se encontraban en el ayre, y se perdian muchos tiros. Caen por uno y otro lado muertos los compañeros, y cada qual heredaba de los difuntos en el mismo instante el ánimo, el ardor, y el deseo de

la venganza. Ábrese en dos columnas la infantería al llegar al puente, y entra la caballería á galope franqueando el paso á la infantería. Se trava la pendencia, y todo en la ciudad es mortandad y horror. Como un lobo voraz en medio de un rebaño andaba la muerte con su funesta guadaña envolviendo en su ira valerosos y flacos, Latinos y Griegos, caballeros y soldados rasos. Se distinguia entre los Griegos Timoteo, jóven de grande valor, que se habia criado con el Príncipe, y habian tenido íntima amistad; pero entonces por la obligacion de su empleo hacia prodigios, y era su brazo el mas formidable, que los Latinos debian temer: dirigióse á él Alexo sin conocerle, le acomete con un harpon, y le arroja á sus pies. He aquí que en el momento de esta victoria particular suspenden los Griegos las armas, aunque por la mayor parte iban victoriosos: desmayan los brazos lánguidos y frios, y ni se atreven á avanzar, ni tienen fuer-

zas para huir. Temió el Dux alguna grande emboscada por no saber el motivo de esta novedad, y detuvo tambien á los suyos: hicieron un prisionero, que confesó el motivo, diciendo así: huyó esta noche el Emperador Alexo en una barca con su esposa, su familia y los tesoros. Apenas tuvo esta noticia el Príncipe Alexo, quando de repente mudó de ánimo y de semblante: empezó á mirar á los Griegos como á hijos, y á los Latinos como á extrangeros, bien que amigos; y mientras el gran Dux daba las órdenes correspondientes á esta novedad, reconoce Alexo la sangre de Timoteo, que saliendo á borbotones del pecho, le enternece; y advierte que ha quitado la vida á su amigo. Aun no habia este espirado, y pudo oir que su Soberano era el Príncipe; y con los ojos moribundos, y la mano pálida y lánguida, se explicaba, aunque no tenia fuerzas para esto; porque en el amor hay arte para todo. Entonces le abrazó Alexo: quiso, pero

temió arrancarle el harpon con que le habia atravesado. ¡ Ay amigo ! le dixo ; y él por señas respondió ¡ay Príncipe mio! Entonces ya era para los ojos de Alexo heroyca virtud lo que un instante antes era motivo de furor y de venganza : reviven en la memoria los dulces entretenimientos de los años juveniles, quando la distancia del cetro abre mayor campo á la amistad. Llora enternecido el corazon, mezclando sus lágrimas con la sangre del amigo, que él mismo habia derramado : arranca afligido el hierro, y sin advertirlo hace mayor la herida : de este modo vino el amor á completar el homicidio, que el furor habia empezado : ya solo palpita el corazon de Timoteo con los alientos del amor, y presintiendo la última respiracion se esfuerza, toma la mano de Alexo, y al llegarla á sus frios labios espira.

49. Ya el Dux, Balduino, Montferrato, y todos los xefes, rodean

á Alexo : él los recibe con los ojos llenos de lágrimas ; pero las enxugó facilmente quando le cercaron los Señores Griegos. No sabe á quien abrazar primero, si á los enemigos que ya no lo eran, ó á los amigos que todavía conservaban su amistad. Llora la sangre Griega, porque era de sus hijos: siente y agradece la que habian derramado los Latinos. Le llevan todos en triunfo sin haber habido victoria, y van camino de la carcel á sacar de ella á Isaac Lange.

50. Los dos estabamos pasmados con la repentina suspension de armas. ¡Ay de mí! que mi hijo es muerto, decia Isaac Lange : mi hijo es muerto, y cesó el derecho con su vida : se suspendieron las armas, porque ninguno las toma por mí, ciego, encarcelado, y casi sin vida. Entonces el centinela viendo que venian á la fortaleza, nos hizo baxar apresuradamente, porque pensó que el tirano queria reforzar las guardias para asegurar-

se de los presos : nos metió en calabozos separados, duplicando las cadenas y las llaves. Mas apenas me habian aherrojado, quando oigo en el encierro vecino vivas, adoraciones y parabienes : todo en agradable confusion. Oí la voz de Alexo, la del Dux, y la de los principales xefes que habia conocido en Zara. Oí que los Griegos daban, postrados en tierra, adoraciones de Emperador á Isaac Lange ; y que en compañía de Alexo desde las cadenas le llevaban al trono, y al templo de Santa Sofía, para declararle por su hijo y compañero en el cetro (1). En este grande alborozo nadie se acordó de Miseno : quedó Miseno encerrado en la carcel y olvidado ; pero estudiando en el libro de la experiencia lo que vale la palabra de un hombre quando muda de fortuna, y quan grande locura es obrar bien por so-

(1) Abate Bertot, historia de Malta.

la la esperanza del humano reconocimiento. Esta doctrina me valió mas que todos los cetros del mundo.



EL FELIZ.

LIBRO SEPTIMO.

SUMARIO

DEL LIBRO SEPTIMO.

Isaac Lange y su hijo tratan á Miseno con la mayor ingratitud por motivos políticos. Llevan al héroe cargado de prisiones á otra carcel muy distante. Reflexiones que hace para sosegar su corazon. Canta Miseno en la mazmorra; y Hermila, hija del Gobernador del Castillo, le hace una visita. Lamenta esta dama las desgracias que en adelante le sobrevendrian, y Miseno responde con ánimo heroyco. Queda Hermila admirada y suspensa al oir la filosofía de Miseno; pero éste la explica en la parábola de los quadros que habia visto pintados por las dos caras opuestas. Hermila le da á entender que le quitarán la vida, y él la da una respuesta heroyca. Quedándose solo siente que las pasiones se irritan en su pecho; pero el Angel protector de Polonia le consuela. Llega órden de quitar la vida á Miseno: resuelve Hermila librarle: para esto se finge executora de la sentencia, y le saca de la carcel por un medio extraordinario. Viendose Miseno en libertad determina pasar incógnito á Polonia.





Miseno condenado a muerte se escapa de la prision por una gruta, con el auxilio de Hermila.

J. G. Navia sc.

LIBRO VII.

1. Al oir la ingratitud de Alexo, y de su padre Lange, no pudo la Princesa contener su admiracion y espanto. Saltaba el Conde de impaciente con la relacion de semejantes sucesos: uno y otro descargaban sin piedad golpes de justa condenacion sobre aquellos ingratos: cada uno aplicaba el mas vivo colorido, y le realzaba con las mas negras sombras, para que sobresaliese la fealdad de los retratos que uno y otro hacian. Miseno sin alterarse los tranquilizaba, diciendo, que no se admirasen, pues no tenian motivo para tanto. No cae, les decia, no cae bien el espanto quando los sucesos no son raros, y en el mundo no hay cosa mas freqüente que la ingratitud. Los mismos que declaman con mas horror contra este monstruoso vicio, le adoptan muchas veces como á hijo

regalado, porque solamente es feo por la cara que mira al bienhechor; pero es muy agradable por la que presenta á los ingratos, y la razon es, porque los dispensa de la obligacion del agradecimiento que siempre sujeta y oprime: quanto mayor es el beneficio recibido, mayor es la esclavitud que sienten; y por ser muy pocos los que gustan de arrastrar estas cadenas, con solo olvidarse del beneficio se ponen en libertad. Amigos mios, trabajo tendrá el que vive en el mundo sino quiere vivir con ingratos. Infeliz será el hombre que no recibiere ingratitudes, porque es señal de que ha hecho poco bien á otros: yo por el contrario, quantos mas ingratos hiciere, tanto mas noble fin tendré para obrar bien. La disposicion del corazon humano es esta: si halla correspondencia, insensiblemente la pretende, y entonces ya pone en ella los ojos; pero quando no la halla, obra con ánimo mas noble y heroyco, há-

ciendo bien por solo hacerle, sin otro fin, ni motivo que fomente el interes ó disminuya el valor. Hacer bien á solo los agradecidos es comercio; pero hacerle á los ingratos es obra de pura liberalidad. El uno siembra los beneficios, el otro los derrama: el uno obra como hombre, y el otro se asemeja á Dios, y siempre le queda el delicadísimo consuelo de haber obrado bien, que es el gusto mas fino que puede sentir el paladar de un alma bien formada.

2. Esto era lo que me consolaba en la carcel: es verdad que de quando en quando gemia la naturaleza: mi sensibilidad hacía su efecto, y me decia yo á mí lo mismo que me habeis dicho. A lo que tambien me incitaba el centinela que tuvimos el dia de la batalla, el qual siempre se inclinó á mí, y quando le tocaba estar de guardia me daba conversacion, contándome lo que pasaba acerca de mi persona.

3. Isaac Lange queria sacarme

de la prision, y hablaba de mí con grandes elogios á su hijo; pero éste viendose árbitro despótico del cetro, que ya su padre no podia sostener en sus caducas manos, ni gobernar sin vista, de ningun modo permitia á su lado quien le ayudase á sostenerle y manejarle. No queria su fogoso ímpetu, que la prudencia agena le reprimiese: quanto mas Isaac me elogiaba, tanto mas Alexo me temia. Se acordaba de los discursos que habiamos tenido en la Silesia; pero esta memoria le confirmaba mas en el pensamiento de que no le convenia que su padre me tuviese á su lado. Para salir de sustos le dixo que yo habia muerto, y me envió de noche con toda cautela á una fortaleza situada sobre el Esker, que está casi en la raya de Bulgaria (1).

4. Ya me ví de nuevo preso,

(1) El Esker es un rio pequeño que dirigiendo su curso ácia el Norte, va á desembocar en el Danubio, ocho leguas al poniente de Nicópolis.

maniatádo, con cadenas á los pies, esposas en las manos, y argolla de hierro al cuello: por los dos lados del carruage en que iba me acompañaban soldados. Quando Miseno referia el suceso, le interrumpió el Conde, diciendo entre impaciente y admirado: que ó era su corazon de otra naturaleza, ó con algun encanto superior se habia hecho insensible su alma. A lo que Miseno respondió, confesando que fluctuaba su corazon por entónces, sumergido unas veces con la opresion de tantas injusticias, y sostenido otras con sus precedentes resoluciones. Si yo tuviera delito, decia Miseno, la buena razon pedia que abrazase resignado el castigo; pero mas fuerte razon me dicta que le sufra con gusto padeciendo inocente, porque el que está inocente solo padece la mitad de la pena. Quando hay delito, el aguijon del remordimiento causa mas vivo dolor con sus importunas y repetidas punzadas, que todo quanto aflige al cuerpo. El horror del delito que cono-

cemos haber cometido nos hace detestables á nosotros mismos, y como le estamos viendo, es continuo nuestro padecer. Pero quando el hombre está inocente se halla el alma en una paz, reposo y satisfaccion inexplicable: contenta de sí, no se aflige, no teme, no rezela, ni se confunde. Siempre se está diciendo el injustamente afligido: *si me veo perseguido en el pais de la mentira, seré feliz y estimado en la region de la verdad.* Tenia yo muy presente la doctrina de Grafton, y el pensamiento tranquilo me decia como en secreto: *eso que parece ser tu ruina servirá para tu bien*; y con efecto fué así.

5. No me detengais el gusto, dixo la Princesa, de saber cómo salisteis de tan protervo enemigo como ese monstruo de Alexo. Miseno satisfizo diciendo: cerrado en un calabozo, que no era mejor que el primero, sin mas compañía que las cadenas, ni mas consuelo que el de Dios, estaba yo una noche

resistiendo á los importunos ataques de la melancolía; y para distraerme cantaba al son de mis prisiones esta copla:

Si el valor de un bien se mide
por el precio á que le dan,
grande bien se me concede,
pues padezco tanto mal.

Concluida la copla advertí que me habian escuchado, y á poco tiempo veo abrir la puerta de la cárcel, y entrar una doncella que me admiró mas con su modesta hermosura, que con la novedad de la visita. En mi vida habia visto persona tan bella; y al mismo tiempo su modestia, decencia y virginal pudor me admiraban: era esta Hermila, hija del Gobernador de la fortaleza, á cuyas llaves y secreto me habian encomendado. La habia Dios favorecido con un juicio vivo, y ella le cultivaba con la leccion de Homero y otros excelentes Poetas que inflamaban su corazon, naturalmente noble, y que estimaba la virtud he-

royca. Notó mi admiracion, y aunque quiso hablar, no pudo explicarse con palabras: veia yo que la temblaban los labios, y que la subia á las mexillas un admirable carmin, y que poco despues se las salpicáron algunas perlas de sus abundantes lágrimas: se hacia fuerza por detenerlas, mas era diligencia inútil: rotos los diques era indispensable la inundacion por el rostro. Yo fuí el primero que hablé, y despues de las expresiones que me dictáron la cortesía y la compasion, conseguí que me declarase el motivo de su visita, y la causa de sus lágrimas; y sosegándose un poco me dixo:

6. Nunca imaginé que pudiera mi infelicidad ser tan grande como ahora; y paró. A instancias mias continuó diciendo: veo que la ilustre sangre, y las heroycas acciones de los antepasados eleváron á mi padre al puesto que hoy tiene en la guerra, y á la amistad del Príncipe, y por consiguiente al desgraciado empleo de Gobernador

de esta fortaleza en que os han encerrado. ¡Ay de mí, en qué estrella nací yo para ser instrumento de vuestra afliccion, y tal vez verdugo de vuestra muerte, pues es imposible que resistais á una prision tan penosa! Quisiera no haber nacido, ó á lo menos no haberos conocido, ni oido vuestra voz, ni los discursos que hablando solo habeis hecho. Quisiera, Díos mio, haber muerto antes que ver lo que estoy viendo, sentir lo que siento, y temer lo que temo. Vuestra heroycidad me admira, tanta paciencia me encanta, tanta virtud me saca de mí, y quanto mas me admiro, mas os estimo y os respeto; pero mas fuerte garrote todavía es el que atormenta á mi alma, si miro por entre las sombras de lo futuro.... Mas no puedo proferir lo que sospecho. Aquí la faltáron palabras por la abundancia de sus lágrimas.

7. Poco sabeis, amigos, de la impresion que me hizo esta conversacion. Entónces sí que manifestó

mi alma enternecida toda su sensibilidad: veia en la doncella un carácter tan liso, sincero, y tan lleno de verdad, que todo quanto tenia en su corazon lo conocí como si lo viera con los ojos: el puro cristal de su semblante, semejante á un transparente vaso, mas servia de mostrar que de encubrir su ánimo lastimado y generoso. Entónces procuré curar con el mismo bálsamo su herida y la mia, comunicándola las razones que me consolaban en mis infelicidades, para que no se mortificase por mis trabajos.

8. Venga lo que viniere, la dixe, venga lo que viniere en adelante, pues nada puede sucederme si me dexo gobernar de Dios, que no sea para mi bien. Desde que este mundo en que vivimos salió del caos insondable de la nada, sabed, Señora, que ni los bienes quedáron puros, ni hay males que no tengan alguna mezcla de bien. Todo tiene dos caras: si la una es fea y horrible, la otra es bella y hermosa. Pero

Dios, cuyo entendimiento es tan superior á los sucesos como su excelso trono á los lugares todos de la tierra, todo lo ve, todo lo combina, á todo atiende. El mismo suceso que visto por la cara que mira ácia nosotros parece conveniente, visto por la parte superior que se presenta á la inteligencia eterna, suele ser muy pernicioso y terrible; y otro que nos llena de horror, y nos hiela la sangre en las venas, visto con los ojos de la eterna verdad será felicísimo, y fuente de todo nuestro bien. No es Dios como los hombres que obran sin discurso, y discurren sin pesar las cosas, ó las pesan en balanza falsa. Dios, mirándolo todo con ayre magestuoso y despejado, todo lo conoce con una simple mirada: compensa los fines y los medios, los efectos y las causas, las dificultades y el modo de vencerlas, y esto con tal prontitud que no bien mira, quando ya ve quantas utilidades se pueden sacar de un mal, y las nocivas conseqüencias que pueden salir de un bien.

Dios por la esencial rectitud de su ánimo justo no puede hacer sino lo que sea bueno, ni consentir sino en lo que de algun modo sea útil; y así en qualquier suceso siempre hay una cara que merece la aprobacion divina, por ser bueno, ó el consentimiento por ser útil. ¿Seré yo mas entendido que Dios para reprobar lo que él aprueba, ó mas delicado en mi juicio para no poder sufrir la enormidad que la divina razon consiente?

9. Sentado este principio, siempre considero lo que me sucede, no por el lado horroroso, sino por la cara hermosa y agradable. En la mesa de este convite universal, en que los sucesos son las viandas que se sirven, hallo infinita variedad de alimentos; pero si tengo regalos saludables que me recrean el ánimo, ¿por qué he de echar mano del amargo veneno con que otros rebientan? Todo, Señora, lo debemos mirar por la cara que es buena, y así viviremos siempre alegres.

10. Quedó Hermila suspensa con esta filosofia que jamas habia oido, y me dixo: vos, Señor, sois como las abejas que industriosas sacan deliciosa miel, aun de los ásperos cardos, quando yo, como las feas arañas, aun de las rosas suaves no sé sacar sino veneno mortífero. Tengo tal corazon, que siento todos los agenos males, y los padezco como propios. ¡Si supierais quántas lágrimas he vertido por ver oprimida la virtud, y que no os puedo valer! Yo soy infeliz, y los hados por la suerte mas cruel me destinaron para participar de todas las desgracias de los otros. Quisiera tener un corazon duro; pero no, no le quisiera tener, porque entónces seria un monstruo: padezco infinito por tener este corazon, mas no quisiera dexar de sufrir á costa de cambiarle.

11. Debeis, Señora, hacer con los otros lo que yo conmigo mismo; y para imprimirla bien esta doctrina, la pedí su licencia para contar un suceso galante. Pasando

yo por Mariemburgo (1) me recibió un caballero Prusiano en su casa de campo: la habia adornado con grande riqueza, y gusto exquisito, pero extravagante. Tenia entre otros gabinetes uno con muchas pinturas del mas exâcto dibuxo, bello colorido, y feliz invencion. Parecia que la naturaleza se habia reproducido en los quadros: tanta era la propiedad de las imágenes que representaban; pero todos tenian la particularidad de estar pintados por ambas caras con imágenes contrapuestas.

12. En uno se veia la risueña primavera en la figura de una ayrosa niña coronada de flores, que por la extremidad de la ropa venia conduciendo al calmado estío, mancebo robusto: éste fatigado y sudando preparaba las frutas para entregarlas al pródigo otoño, hom-

(1) Mariemburgo es capital del Palatinado de este nombre en la Prusia Polaca: está situada cerca del nacimiento del rio Vístula, poco distante de Dantzick á la parte del Sur.

bre ya maduro; el qual las recibia con una mano, y las dexaba caer en el suelo con la otra. Tan propios estaban los frutos, y tan natural era la accion de cada figura, que encantaban la vista. Pero por la cara opuesta estaba dibuxado con triste y sombrío color el hórrido invierno en figura de un anciano ya caduco, que sentado en una piedra se calentaba á la lumbre, puestas ambas manos trémulas casi sobre las ascuas. Estaba éste tiritando de frio, retirado á un ángulo del quadro con los vestidos empapados en agua, la cabeza cubierta de nieve, los cabellos duros y mal peynados, el semblante feo y triste, el cuerpo seco, flaco y consumido. En lugar de árboles se veian sus esqueletos. El fondo del quadro representaba las negras nubes de una funesta tronada, las que se abrian en rayos que saliendo de aquí, ó de allí, daban horror: todo el campo se veia solitario, agreste y triste, y así se quedaba tambien el que observaba la pintura.

13. Por el mismo estilo se veia en otro quadro la bella aurora en su carro de brillante azul con ráfagas de oro, tirado por una infinita multitud de paxarillos. Con la mano izquierda hacia señal á los planetas para que se retirasen: con la derecha apuntaba al lugar por donde habia de salir el Sol, y allí se empezaban á ver los fogosos caballos que iban á saltar las trincheras del horizonte. Por la cara opuesta estaba pintada la melancólica noche representada en una feísima negra, sentada en un carro sombrío, tirado de lechuzas, buhos y murciélagos. Venia extendiendo un grande y funesto manto, con el que cubria la faz de la tierra de tinieblas: aquí naufragaba un navío, allí se precipitaba un caminante, mas allá se hacian muertes y robos: por una parte se impacientaban los enfermos, por otra venian volando por los ayres los varios delitos, que como hijos de la noche en horribles figuras la seguian.

14. De este modo tenian todos los quadros una cara agradable, y otra melancólica. Entre los que me hiciéron mayor impresion habia uno que representaba por una cara las quatro edades de la vida con colorido é invencion admirable y hermosa; pero en la opuesta estaba la hórrida muerte con la mas fúnebre idea. Se veia un esqueleto de gigante, que con su corva guadaña en la mano iba igualmente pisando tronos y cabañas. Aquí caian degolladas delicadas doncellas: allá niñas inocentes: por aquí héroes famosos: por allí padres de familias, muy necesarios en su casa. A lo léjos se veian los varios géneros de muertes. Aquí estaba un moribundo entre la violencia de los dolores: allí un malhechor colgado de la horca, y haciendo horribles movimientos. Por esta parte estaba un infeliz asesinado en la obscuridad de la noche: por otra muchos que se ahogaban entre las olas: en el medio, para causar mayor horror, se veia un tigre despe-

dazando á una pobre muger, y cebando su natural crueldad en las entrañas palpitantes.

15. Siempre que yo entraba en este gabinete, volvia los quadros de modo que las pinturas tristes que me afligian mirasen á la pared, y las bellas que me recreaban se presentasen á mis ojos; pero observé que, quando volvia el dia siguiente, todo lo hallaba al contrario. Esta era manía del dueño de la casa, que solo queria ver imágenes tristes, retirando á propósito sus ojos de las hermosas y agradables. ¿Qué os parece, Hermila, de este depravado gusto del caballero Prusiano?

16. No puedo, me dixo, acabar de creer que hubiese genio tan mal formado, ni pasion tan melancólica. Podeis creerlo, repliqué, y puede ser que en vos misma halleis la conviccion de que todo lo que os he contado es verdad. Aquí se duplicó su admiracion, porque no sospechó que yo hablaba por figura, y se la declaré diciendo:

que todo hombre era muy poco racional, quando pudiendo considerar las cosas por la cara agradable que tienen, las presenta á los ojos de su imaginacion por la melancólica y triste. Señora, continué muy sobre mí, creed que nada me puede hacer infeliz sino el obrar mal. A mí mismo me temo, no temo á ninguno de este mundo: quantos trabajos invente Alexo con su malicia podrán ser buenos para mí. Un baxel furiosamente impelido de los vientos, agitado por los mares, desmantelado con la tempestad, irá tal vez sin saberlo acercándose al puerto conveniente, del que estaba muy distante: esto me sucede á mí. ¿Quién sabe los designios de Dios acerca de mi persona, y si quando Alexo pretende hacerme el mayor daño posible, estará sin pensarlo trabajando en mi felicidad?

17. Y si la muerte... (dixo Hermila). Apénas pronunció esta palabra advertí que se arrepintió, y que quisiera recogerla; mas ya era

tarde, y tuvo que explicar su pensamiento. Si la muerte cortase vuestros dias, ¿qué felicidad podeis esperar? La que esperan los héroes, respondí prontamente: ¿No sabeis que es la muerte el premio que comunmente han dado los hombres á los mas beneméritos? No muere el alma de los héroes, porque seria Dios injusto, y esta máquina del mundo seria la obra mas imperfecta: no seria Dios quien es si la muerte impidiese la felicidad del que siempre obra como debe. No, Señora, estoy bien cierto de que si obro siempre bien, seré mas feliz que Alexo: podeis francamente declarar vuestros temores, porque si hay órden de que me quiten la vida, con la misma serenidad me vereis entrar en las sombras de la muerte para salir á la region de la verdad, que entré en este castillo, tal vez para no salir de él.

18. Pasmada quedó Hermila con mi respuesta, y al ver mi sosiego empezó ella tambien á serenarse, y me dixo: que regularmente envia-

ban á aquella fortaleza los presos de Estado, á quienes querian dar muerte oculta, sin estrépito, ni formalidad de justicia, ó dexarlos en tal olvido que nunca mas los viesen; y que este era el motivo que la obligaba á derramar lágrimas compasivas y desinteresadas.

19. Entonces la consolé persuadiéndola que no habia dexado Dios á los hombres el absoluto gobierno de este mundo, sino que eran como un simple instrumento de que se vale la Providencia divina para la execucion de sus profundos designios: que yo creia firmemente que no me sucederia mal alguno que no fuese útil para mi verdadero bien; pues sin perturbar la mano del Señor, la dexaba delinear á su gusto todo el plan de mi felicidad.

20. En este instante oyó Hermila ruido, y temiendo que las guardias advirtiesen su visita, se retiró apresurada sin acabar de decir á lo que habia venido.

21. Yo empecé á revolver en

mis pensamientos quanto me habia dicho, y este momento fue para mí muy terrible. Me representaba la memoria lo que habia executado por los dos ingratos Emperadores: formaba mi entendimiento mil discursos tristes, y me pintaba la imaginacion la ingratitud con unas sombras tan negras y cargadas, que me daba horror. Empezó á ofuscarse la razon, no me cabia el corazon en el pecho, y presagiando lo futuro, me parecia ver á lo lejos espectros formidables y figuras espantosas. El espíritu del error me ponia una benda á los ojos para que nada viese, de lo que hasta entonces veía: se me barrieron de la memoria todas las razones de consuelo, y me hallaba sumergido en un piélago sin fondo de amargura y de tristeza: todas las pasiones salieron de mi interior, como lo harian las Harpias del Cocito si las soltaran de los infernales calabozos: tan de improviso me asaltaron, que ya Miseno no era Miseno; yo mismo no me conocia.

22. Suspiraba con afliccion inexplicable, porque á un tiempo se me presentaban las ideas de lo pasado, presente y futuro; los bienes y los males, los trabajos y las felicidades, la muerte y la vida; los amigos y enemigos, las dichas y las desgracias: por último todo se me representaba en tal laberinto, tumulto y confusion, que yo mismo no sabia lo que pensaba. Ya se resentia el cuerpo de la enfermedad del alma, se estrechaba el pecho, se me caían los brazos, la sangre se me iba helando en las venas, y todo mi cuerpo desfallecia.

23. He aquí que aparece de repente una luz del Cielo, que iluminó toda la carcel: yo pensaria que habia sido ficcion de mi recalentada fantasía, si despues no me hubiera el suceso convencido de la realidad. Ví un gentil mancebo, que despidiendo de su rostro mas suaves y bellos rayos que los del Sol, me dexaba encantada la vista sin cegarme: el cabello de oro, suel-

to con gracioso descuido aumentaba su hermosura : en las dos alas de nieve se veían contornos de oro, sus ropas eran de un carmin tan vivo , como el del horizonte quando le hiere el sol. Hacía el todo la mas agradable vista qué jamas mis ojos habian gozado. Apenas entró en el calabozo , me levantó del suelo en que yacia amortecido , y me dixo así : Uladislao , no te dexes vencer de esa pusilanimidad. Dios , en cuya providencia descansas, cuida de tí , y tu propio amor no podria mirar por tí con mayor vigilancia : aun es mayor su bondad para contigo de lo que tú piensas. Sabe que dentro de pocos dias te verás en el trono ; pero ésta no será tu mayor dicha , porque si fueres constante, te espera otra mucho mayor. Dixo , y batiendo las alas con un movimiento al mismo tiempo plácido y ligero , noble y agraciado , ví que iba penetrando las nubes, dexando en la carcel una fragrancia mas suave que quantas habian percibido los sentidos.

24. Quedé suspenso con esta novedad, pero el sosiego de mi alma era igual á mi extremada admiracion: me veía en una carcel casi condenado á muerte, y me hablaban de tronos; pero lo que mas alegria me causó fue la seguridad de que estaba protegido de la suprema Providencia. No sabia yo entonces que en aquel mismo dia habia subido mi padre por tercera vez al trono de Polonia, y que el Angel tutelar de este reyno era el que por órden soberana habia venido á animarme.

25. Al mismo tiempo se hallaba Hermila en la mayor afliccion que jamas tuvo corazon femenil. Al retirarse de la carcel la mostró su padre Teócrito la órden de la Corte, para que prontamente y con inviolable secreto me quitasen la vida: sospechaba él de mí tales delitos que yo le daba horror, como enemigo del Estado. Lee Hermila la órden. Ve que no admitia réplica, ni sufria demora. Se la quedaron las lágrimas suspensas con

la fuerza del dolor: su alma inmoble no sabia qué camino tomar, y se hallaba como un caminante que perdido en una noche obscura entre confusas breñas oye el bramido de las fieras sin saber en dónde está su vida ó su muerte. Un ímpetu de furor contra Alexo la sube al corazon, y empieza á hablar con fogosidad; mas advirtiendo el peligro, vuelve contra mí con disimulo y fingimiento todo su aparente odio. Serénase con esto el padre, que ya estaba admirado de la afliccion que habia conocido en el semblante de su hija; y consultan entre los dos quál seria el mejor medio para executar la órden imperial en quanto á la muerte y en quanto al secreto. Persuade Hermila que me dexen morir de hambre, deseosa de ganar tiempo para socorrerme: ya desde aquel momento no admitia su compasion otra idea, y se obstinó en el pensamiento de darme libertad. La empresa era tan dificil que tocaba los términos de lo imposible; pero la

misma dificultad encendia su deseo: capricho propio del corazon de una muger que no se contenta con lo fácil. El fuego con que gobernaba un Emperador mozo, y el empeño con que venia la órden, la hacian temer la última desgracia para su padre, ó para sí misma, si llegaba á sospecharse el delito; pero de qualquiera modo que discurriese, siempre remataban sus discursos en que me habia de dar libertad. Este era el centro del laberinto en que se hallaba, y á donde su generosidad la conducia.

26. Pierde el sueño y el apetito de comer, la cansa toda conversacion ó divertimiento, anda solitaria y pensativa: parecia que iba consultando á los árboles, á las peñas y á las paredes. Un dia que estaba de pechos sobre el parapeto de la fortaleza, mezclando con las aguas del rio las lágrimas de sus ojos, advirtió que por debaxo de la carcel habia una gruta subterránea que se comunicaba con la corriente, y se acordó de haber

oído que la carcel tenia un oculto sumidero por donde antiguamente arrojaban al agua y á la muerte algunos prisioneros: se la ocurrió, pues, un arbitrio para salvarme, y fue que podia darme la vida por aquella puerta de la muerte. Quando todo lo tenia dispuesto, segun su idea, dixo á su padre que el medio mas conveniente seria arrojar al preso en el sumidero para responder prontamente á la impaciencia de Alexo. Aprobó el ódio de Teócrito el consejo que habia pensado la amistad; y sin detencion determinó ser él mismo mi verdugo, para no fiar de otro el secreto. Hermila quiso, mas no pudo, persuadirle á que dilatase la execucion hasta el dia siguiente. Necesitaba hablarme ella primero para salir bien con su empresa, y como no habia tiempo, sentia haber sido el verdugo mas cruel de quien tanto estimaba: arrepentida del consejo ahogaba en su corazon el dolor mas desesperado. Ya veo entrar resuelto á Teócrito en el ca-

labozo. ¡ O mi Dios! ¡ qué admiracion fue la mia, quando me leyó la órden imperial! Todas las esperanzas, que á pesar de mi cautela habia concebido mi corazon, se desvanecieron de repente. ¿Este, me decia yo, es el trono? ¿esta es mi felicidad? Pero al punto, como si hubiera pasado ya una nube, me vino la luz de la razon, y agarrándome fuertemente á la idea que yo formaba de la Providencia suprema, y de los bienes y males del mundo, me tranquilicé, y respondí á Teócrito, el qual me daba mil satisfacciones. Justo es, amigo, que obedezcais á vuestro Soberano: en nada me ofendeis, y nada tengo que oponeros: como vos no sois el juez, inútilmente os alegaría mi inocencia; mas quiero suplicaros que quando deis parte al Emperador de la fiel execucion de sus órdenes, le escribais, que aquel mismo Miseno, á quien en los bosques de Silesia dió la mano de amigo: aquel Miseno á cuyas diligencias debe la corona que los ca-

balleros de la Cruzada acababan de ponerle en la cabeza: aquel Miseno, á quien el Emperador su padre juró perpetua amistad por lo mas sagrado del cielo y de la tierra, es el mismo que ahora no se aflige con ver la recompensa que de ellos recibe. Decidle de mi parte lo que yo dixe muchas veces á su padre, quando preso por su causa le consolaba en la carcel, *que solo el que obra mal es infeliz*; y así, que ni él, con todo su poder y tiranía, ni la muerte con todo su horror, me podrán quitar la verdadera felicidad que espero: que aunque me condena el mismo que me debe el trono, no me arrepiento de los beneficios que me debe, pues jamas me ha pesado de hacer bien: decidle que le agradezco que me haya dado ocasion de exercitar con mérito esta heroicidad, y que sepa, que ningun amigo pudiera hacerme tanto bien como ahora él me hace siendo mi enemigo; porque me da ocasion de executar la accion mas heróyca que

puede hacer un hombre, y es la de perdonar semejante ingratitud. Esto dixe, y me quedé tan sereno como ahora estoy; tanto que me admiraba de mí mismo. Considerad qual seria la admiracion de Teócrito. Perdió el color del rostro, se le cayeron los brazos, le temblaba todo el cuerpo, quiso hablar, y no pudo: al fin se retiró confuso.

27. Hermila, que habia oido la conversacion, viendo á su padre aturdido, y que ni se atrevia á executar la órden ni á resistirla, se revistió con artificio del deseo de executarla por sí misma, pues no repugnando el reo, la seria menos penoso. Alegaba que nadie se podia librar del furor de Alexo, y que pues llegaba á manchar sus reales manos en la sangre de un amigo inocente, mas bien las teñiría en la de un vasallo culpado que intentase eludir sus órdenes; y así que queria discurrir el medio mas á propósito, y que en la noche siguiente me persuadiría á que yo

mismo, pues no me resistia, entrase en el sumidero. Consintió Teócrito, y ya Hermila, que todo lo tenia preparado, fue con resolucion á la carcel, y me declaró el secreto de su generosa amistad: díxome, que debaxo del sumidero hallaria una pequeña barca, que ella habia mandado poner allí, por medio de un pescador, á quien habia cegado con oro, y que una cuerda atada á la misma barca me guiaria para salir de la caverna: que ella me esperaría en la playa para darme el preciso socorro. No me dió tiempo para responder, porque eran muy preciosos los momentos de la noche, y agarrándome del brazo me hizo baxar al precipicio.

28. ¡Ah, si hubierais visto aquella alma luchando entre la ternura y el valor, entre los peligros de la muerte, y el deseo de darme la vida, entre el delito y el miedo: en una palabra, entre los deseos de su corazon, y los involuntarios movimientos del semblante! Retiraba de mí su rostro bañado en lágrimas,

y sosteniéndome con las manos trémulas, me dexó al fin caer en el profundo.

29. La caida me sumergió del todo en las aguas; pero subí braceando, y hallé la barca preparada: poco despues sentí que tiraban de mí, guiándome entre aquellos subterráneos horrores. Salgo al rio surgiendo de la caverna, como si resucitara de un sepulcro: poco despues veo á mi bienhechora, que me habia preparado lumbre en la concavidad de dos peñas para que me calentase, y vestidos con que mudarme. Miéntras yo cobraba calor, y me reparaba del susto, me dixo así:

30. Por último, caballero honrado, ya estais libre, os doy el parabien, y me le doy á mí misma por haber sido instrumento de vuestra libertad. No he tenido mayor gusto, y doy mil gracias al cielo que me dió este pensamiento, y fuerzas para executarle. Alabo al cielo mil veces porque esta es una accion en que no me conozco á mí

misma. No es Hermila la que os ha conservado la vida, sino la Providencia suprema, en cuya proteccion descansais. Ahora huid, y retiraos antes que amanezca, y siguiendo la corriente del rio, pasaos al punto á Bulgaria, para que ninguno sepa mi delito, pues de lo contrario estamos perdidos así yo, como mi padre, que todo esto ignora. ¡Ah...! ¡si supierais á qué riesgo me expongo por libraros! Mas no, no importa: he protegido la virtud, y esto es lo que me consuela, pero no quisiera yo que el cielo me hubiera visto: rezelo de esas nubes que nos observan, y de esas aguas que murmuran: temo hasta de las mudas rocas, y aun de mí misma temo, porque tal vez pudiera descubrirme el corazon retratado en el semblante. Quisiera yo ignorar lo que hice, y que ni aun vos lo supieseis: quisiera que me olvidaseis del todo, y que me fueseis ingrato: ved á qué exceso extravagante llega mi afligido corazon. Caballero, borrad de la me-

moria lo que veis: no sea que agradecido pronuncieis mi nombre sin querer. Mientras os miro me palpita el corazon, y me da garrote el susto. A Dios, caballero, á Dios para siempre, pues no pienso veros jamas. ¡O triste suerte! ¿por qué quisisteis que yo conociese persona tan benemérita? Pero me alegro. A Dios: acordaos siempre de mí; mas no.... Olvidadme: no sé lo que me digo. Ese es el camino, retiraos.

31. Ya me retiro, la dixe, para enterrarme en una gruta, en donde moriré sin exponeros al peligro, porque á sospechar que corriais el menor riesgo, de ningun modo hubiera aceptado vuestro favor; porque no es justo comprar á tanta costa mi vida y libertad. ¿Habia yo de poner en balanza vuestra inocente vida con el miserable resto de mis dias, que serán llenos de tribulacion? Aun quando mi vida llegase á ser deliciosa y dilatada, ¿cómo podria tener gusto sabiendo que vos, y vuestro

padre estaban por mí en peligro de perderla? No por cierto. Tengo valor para sufrir la mas horrorosa muerte: mas no le tengo para vivir con semejante disgusto. ¿Pero qué vil flaqueza es la que me habeis aconsejado? Veo venir sobre mí desde lo alto un inmenso peso de trabajos, y ahora que llega el terrible punto de quedar oprimido, ¿hurtaré medroso el cuerpo para que caigan sobre vos, que sois una inocente? ¿Sobre vos para quien no los destina el cielo? ¿Sobre vos, que quedareis absolutamente perdida? No será así: primero se caerán los cielos, faltará la tierra, y se trastornarán los montes y los valles, que haga yo tan grande injuria á la inocencia, tal oprobrio á la virtud, y tal afrenta á mí mismo. No: perezca mil veces Miseno, ya que el cielo así lo quiere, y no sea causa de que perezca la inocencia. Dicho esto, me arrojé sin saber lo que hacia á buscar la gruta de donde habia salido.

32. ¿A dónde vais ingrato?

(dixo Hermila con una exclamacion). ¿Quereis, ingrato, acabar de perderme?

33. Este nombre de *ingrato*, me penetró como un rayo: páro, vuelvo, y veo á Hermila, tan ahogada en sollozos y lágrimas que la sofocaban. Decia con un furor extraño: ¡qué nueva especie de cortesía es esta, de despreciar un beneficio que tanto me ha costado, pisarle y arrojármele á la cara! Si no apreciais la vida por sí misma, estimadla por ser dádiva mia. No podria el infierno sugeriros medio mas propio para matarme, y hacerme rebentar de pena. Si sois caballero, no ignorais los fueros que el sexô me dá; y si despreciais los ruegos, obedeced á los preceptos: quiero, y os mando que acepteis el favor que os hago. ¿Fiais tanto de la Providencia en todo lo que á vos toca, y confiais tan poco respecto de mí? ¿Por ventura no tengo yo tambien el mismo Dios? ¿ó pensais que solo para mí ha de ser un Dios discuidado? No hicisteis

resistencia quando el Señor os puso en la carcel por medio de una criatura, ¿y ahora que os saca libre por medio de otra le resistis? ¿No será mi mano digno instrumento de Dios, habiéndolo sido la del tirano Alexo? ¿Qué es lo que quereis hacer? ¿Así quereis quitaros la vida? ¿Y en donde hallais religion que os lo permita, ó ley del capricho y del honor que lo sufra? ¿A quien, decidme, pretendeis agradar con esa accion tan bárbara? ¿á Dios que la prohibe y la detesta, al mundo que la ignora, ó á mí, á quien haceis en eso la mayor injuria y afrenta? Yo quedé asombrado con estas razones que mezclaba con sus lágrimas, y dichas con una eloqüencia de que no son capaces los hombres. Quise responderla agradecido; pero atajando mis discursos me dixo con ayre señoril, pero muy seco: os tendré por agradecido quando os vea obediente: partid, y si quereis evitar el delito de ingrato, retiraos luego, luego.

34. Me pareció que no debia resistir á la Providencia, y empecé á navegar por la corriente del Esker; y dexando á la izquierda la ciudad de Sofia entré en la Bulgaria, en donde ya estaba libre del poder de Alexo. Empezaba la aurora á dorar las cumbres de los montes: ya baxaban los zagales llevando al pasto las ovejas: yo postrado en tierra adoraba la suprema Providencia: una mano no conocida me guiaba, porque iba caminando sin saber á dónde. Pasaban al mismo tiempo por la Bulgaria dos Ungaros que me habian visto en Zara poco despues que los caballeros de la Cruzada se la habian quitado á su Soberano. Conociendo estos que yo era Polaco, me ofreciéron con mucha atencion su compañía en un barco que por el Esker los llevaba al Danubio, por el qual tenian que baxar hasta Buda. El mas mozo de ellos estaba nombrado por Embaxador para felicitar de parte de su Soberano á mi padre, que por la tercera vez ha-

bia subido al trono de Polonia (1). El otro se llamaba Andres Brankan, que era un caballero anciano y experimentado: yo acepté la oferta viendo que no conocian mi nacimiento; y seguimos el viage.

35. El Embaxador me dió noticia de que la Regente, muger de Casimiro, á persuasiones de Nicolao, Palatino de Cracovia, habia conocido que eran fabulosos los delitos porque habian depuesto á Mieceslao, y que sus manos, aunque ya caducas por los años, eran el mejor depósito para guardar el cetro, que á su tiempo queria poner en las manos de su hijo Lesko.

36. Ahora, me decia él, no tiene la Reyna susto alguno, porque Lesko no tiene ya competidor en los hijos de Mieceslao: el mayor murió en una batalla, y de Uladislao, que era el segundo, nada se sabe; y no habiendo competidores, ¿quién duda que Mieceslao cumplirá su palabra de adoptar al sobri-

(1) Año de 1203.

no? Entonces pasará sin duda el cetro á Lesko, hijo de Casimiro por la sangre, y de Mieceslao por la adopcion: de este modo hereda el trono por dos diferentes títulos. Pero si se presenta Uladislao se preparan grandes guerras, porque los dos primos tienen muy fuerte derecho; y como los Soberanos, por desgracia, no tienen en sus pleytos mas juez que la fuerza, la sangre de los pobres vasallos es la que decide la disputa.

37. Toda esta conversacion fue para mí tan extraña, como si jamas hubiera vivido en las Cortes. Mi sangre sosegada, mi corazon inmoble, y mi espíritu descansado, nada se alteraban oyendo disputar á mi presencia sobre mi propio derecho á la corona: tan diferente me hallaba entrando en Polonia, de lo que era quando salí de ella, que detestaba ya lo mismo que habia apetecido con desesperacion: me veía semejante á una águila real que volando largo tiempo mira con desprecio debaxo de sí las mismas

nubes y vapores viles que ántes de levantar el vuelo admiraba como cosa celestial.

38. Temia empeñarme en esta conversacion rezeloso de ser conocido por alguna palabra; mas para que mi silencio no pareciese misterioso, dixe lo que entendia, aprobando la resolucion de la Reyna: añadiendo, que aunque pareciese Uladislao, no tendria derecho alguno, por ser Lesko hijo del último Rey que en su nombre habia reynado: que Lesko representaba á su padre Casimiro, y que habiendo sido éste preferido á Mieceslao para el trono, se debia observar la misma preferencia en los hijos. Dixe tambien que Mieceslao solo habia subido al trono en virtud de cesion que en él habia hecho la Reyna como Regente, y la regencia de un reyno no puede dar derecho contra el pupilo: que bien notorias eran las desgracias de los Griegos desde que Andrónico, Regente del imperio por la menor edad del sobrino, le usurpó la co-

rona, y que sucederian las mismas desgracias en Polonia, si pretendiese Uladislao invadir el trono.

39. En quanto al derecho convenia el Embaxador conmigo; pero añadia que siempre que se presentase Uladislao, habria guerras, porque los Soberanos hallan derecho para disputar el cetro quando tienen fuerzas para conservarle. Como no sabia con quien hablaba, me referia lo que habian hecho mis abuelos. ¿Qué derecho tenia, dixo, Poplier II. para quitar la vida á sus tios, porque reprehendian sus excesos, y su vida escandalosa? ¿Qué derecho tenia Uladislao I. quando por muerte de su hermano Boleslao subió al trono, para dar veneno á su sobrino Mieceslao, heredero legítimo de la corona? ¿Qué derecho tenia Uladislao II. para quitar á sus hermanos Boleslao, Mieceslao, que es el que ahora reyna, y á Enrique las legítimas que les habia dexado su padre Boleslao III?

40. No es necesario ir mas lejos para ver que el trono infeliz de

Polonia es el teatro de mil injusticias : actualmente lo vemos. ¿Qué derecho tenia Casimiro para quitar el trono á su hermano mayor Mieceslao, quando por el silencio de su padre que repartió sus Estados entre los quatro hijos primeros se excluia á Casimiro? ¿Qué mucho seria pues que el Príncipe Uladislao, que anda oculto, siguiese el exemplo de los otros dos, y excluyese á Lesko del trono con la fuerza de las armas, vengando un hijo en otro la injuria que los padres hicieron? Sobre todo, si Mieceslao se hizo indigno de la corona por sus delitos verdaderos ó supuestos : si sus vicios no han pasado al hijo, ninguno podrá negarle el cetro. Dios libre á la Polonia de que se presente Uladislao, porque no podrá menos de ser disputada la corona con las armas. Yo callé, porque no me convenia hablar; pero Brankán con el juicio y madurez correspondiente á su edad, ponderaba el desórden de estas disputas. ¡Qué locura, dixo, comprar con la san-

gre de los propios hijos la vanidad, la afliccion y la suerte mas infeliz que hay en el mundo! Admiróse el Embaxador de oir esta proposicion; pero acalorándose Brankán mas de lo que prometian sus años, empezó á discurrir por tales términos, que si hasta entonces me hallaba indiferente para el cetro, despues le he cobrado horror.

41. El verdadero filósofo, decia Brankán, no estima las cosas por el nombre ni en lo que el ciego vulgo las valúa, sino que sentado el principio ó esencia de la felicidad de la vida, á éste, como á piedra de toque, aplica todo quanto le ofrecen: así conoce primero los quilates de bondad que cada cosa tiene, para ver si merece el precio que por ella le piden.

42. Al punto que oí este principio, dixe para mí: éste sí que se puede llamar hombre, porque discurre con solidez; y así, con mis palabras y preguntas le hice proseguir en la conversacion, y sin duda me sirvió mucho para con-

firmarme en las máxîmas que yo tenia por ciertas, y para conocer otras de nuevo. Exâminemos, dixo, todo lo bueno que puede hallarse en el trono para poder disculpar la ambicion con que le pretenden. Siento primeramente, que la basa de su gloria es la independencia; ¿pero quién es mas esclavo que el Príncipe soberano? Las leyes del trono le aprisionan de suerte que no puede moverse de un lugar á otro, sin arrastrar consigo media ciudad ó medio reyno. ¿Qué mas pudiera suceder á un esclavo amarrado á un cepo? Pues si todas sus acciones han de ser vistas y publicadas, ¿qué mas pudiera suceder á un preso con centinelas de vista? Todos se atreven á exâminar hasta sus palabras y pensamientos: el corrillo de la gente mas indigna de la plebe se autoriza para juzgar al Monarca, y acusarle en ausencia sin exámen, y condenarle sin réplica: unos le notan de injusto, otros de cruel, otros de avaro. ¿Se veria mas infeliz un reo que ar-

rastrado de tribunal en tribunal no se pudiese defender? ¿Qué aflicciones no trae consigo el encanto de la corona? ¿Quántas espinas hay en aquellos colchones de pluma, que no le dexan cerrar los ojos con la inquietud y los cuidados? Tiene el Príncipe que revolver en su pensamiento los acontecimientos mas peligrosos, y al mismo tiempo conservar sereno el rostro: aunque su corazon esté oprimido con la mas aguda pena, ó con el disgusto mas cruel y el susto mas bien fundado, antes ha de rebentar que darlo á entender, por no dar que hablar, y porque no digan los papeles públicos que el Príncipe está afligido: como si fuera deshonra del corazon real, dexarse vencer de los afectos que siente la ínfima plebe. ¿Quién ha visto prision mas cruel, ni estado mas infeliz que el no ser dueño de su corazon, de su semblante, ni de su alma? En estos y otros discursos fuimos conversando, disputando unas veces, y concordando otras, hasta que cerca de Belgrado

nos separamos; y siguiendo ellos el Danubio para ir á Buda, yo tomé el *Teysse*, que corta derecho á Polonia. Entré despues en el rio *Tarcza*, y llegué á los famosos montes *Carpacios*, que dividen la Polonia de la Ungría: viví en ellos con los pastores por algunos dias como uno de tantos. Supe que mi padre se hallaba muy débil y enfermo, y aunque quise sofocar el amor paterno por temor de las incomodidades de la Corte, la noticia de que de dia y de noche no cesaba de suspirar por su hijo Uladislao, excitó en mí un ímpetu que no pude dominar, y me llevó volando *incógnito* á sus brazos.



EL FELIZ.

LIBRO OCTAVO.

SUMARIO

DEL LIBRO OCTAVO.

Entra Miseno en Cracovia incógnito, sabiendo que su padre estaba para morir, y que suspiraba por verle: va á Palacio, y postrado á sus pies le abraza tiernamente. Descríbese la perturbacion que hubo en la Corte quando se dió á conocer. Muerto Mieceslao, pasan grandes cumplimientos entre Lesko y Miseno sobre ceder cada uno el cetro á favor del otro. Razonamiento del Conde Skrins en nombre del pueblo, que siente que no se aprecie mas un trono tan deseable. Responde Lesko al pueblo, y consigue que Miseno acepte la corona. Pintura de un Monarca que acaba de subir al trono. Gana Lesko una batalla: Miseno, por evitar una guerra civil, le sale al encuentro, y le entrega la corona. Admiran Sofía y el Conde su desinteres, y el héroe describe las ventajas que hacia la roca en donde habitaba al mejor trono del mundo.



Lesko manda á Miseno sentarse en el trono de Polonia y el mismo le pone la corona.

LIBRO VIII.

1. Segun iba contando Miseno sus sucesos, crecia en la Princesa y el Conde el deseo de saber el éxito que habian tenido; y así le oían con suma atencion sin pestañear, ni distraerse. Miseno, separando todo lo que era inútil, solo atendia á darles, baxo el agradable aspecto de su historia, la saludable doctrina que necesitaban; y llegando al punto mas crítico de toda su vida, les previno que contaria solamente lo que fuese útil al intento de su filosofia; y continuó así:

2. Entré en Cracovia desconocido, favoreciendo á mi disfraz el trage, el lenguage y la figura. Estaba mi padre sumergido en la mas profunda tristeza, y lamentando mi muerte, creyendo que solo ésta pudiera haberme ocultado en su elevacion al trono. Sin cesar traía en la boca mi nombre, y miraba á mi re-

trato. Todas aquellas bóvedas, segun me contaban, repetian en ecos las palabras del afligido anciano, diciendo: *hijo mio Uladislao, mi querido Uladislao.* Con estas noticias entré de repente en palacio, y postrado á sus pies le abracé. Al principio se asusta, temiendo algun insulto: poco despues extraña el afecto con que tiernamente le abrazan: no me conocia, porque no podia ver mi rostro, por tenerle yo profundamente inclinado ácia la tierra. Ya no pude reprimir las lágrimas, porque la filosofia no me habia quitado la naturaleza, bien que la habia corregido; y entre los sollozos se me escapó esta palabra: ¡*padre mio*!

3. ¡Ay de mí! Veriais aquel afligido anciano acometido de un torrente de júbilo, que ya no estaba capaz de sostener. Hijo mio, me dixo echándome los brazos, y apenas lo dixo, le empieza á temblar la voz, y no pudiendo soportar la fuerza del contento, cayó

en mis brazos desmayado. Acudiéron los caballeros que le asistian: todos los que vieron este nuevo espectáculo se pararon entre el susto, el júbilo, y la pena. Yo estaba mas embargado que todos, teniendo en el objeto único que miraba motivos para contrarios afectos, porque el estado de mi padre no me permitia el júbilo de verle, y el gusto con que le abrazaba no me dexaba sentir su desmayo y flaqueza.

4. Entónces ví que me guiaba la Providencia con su sabia mano á la escuela en donde aprendiese á conocer las cosas como ellas son en sí mismas: el palacio, como un teatro de engaños y mentiras, fué para mí la mejor escuela del desengaño. ¿Veis un enxambre de abejas quando se introduce en la colmena algun insecto no esperado, que todas se inquietan y amotinan, entrando y saliendo, zumbando y murmurando, y encontrándose unas con otras, sin saber á donde van, porque todas se hallan con el mismo susto é inquietud? Pues así veia

yo el palacio. El Rey, que habia vuelto de su desmayo, no cesaba de estrecharme en sus brazos: sentia yo caer en mi rostro sus ardientes lágrimas de gusto y de pena: el gusto era de verme, y la pena de haberme privado de la corona por la adopcion que habia hecho de Lesko.

5. La Reyna penetraba lo interior del corazon del Rey, y yo estaba viendo en el agrado violento de sus cariñosas palabras el susto interno que la ocupaba: sus ojos inquietos manifestaban bien la turbacion y la inquietud de su ánimo. Habia en la Corte un cisma terrible, y segun los varios intereses, unos se inclinaban á Lesko, y otros se retiraban de él. Tenia Lesko un privado y verdadero amigo, con quien habia repartido el alma y el corazon. Aunque Lesko y Goworek eran dos en la apariencia, no hacian mas que una persona. Merecia este valído toda la atencion del Príncipe por sus virtudes sólidas y constantes: no entendia el

lenguage vil de la adulacion y la mentira: reprehendia los mas leves defectos al Príncipe; pero con tal amistad, cariño y prudencia, que sus reprehensiones debian mas bien desearse que temerse. Era de juicio sano, corazon grande, y ánimo intrépido; y lo pesaba todo en la balanza mas justa y delicada. Nunca veia el bien sin pesar el mal que suele acompañarle. Tan léjos estaba de mirar los bienes y los males, como la caterva de arbitristas que se fingen las cosas en su imaginacion falsa y venal como mejor les conviene. Todo lo ponderaba Goworek, como suele suceder en realidad, esto es, los males con los bienes que los acompañan, y los bienes con los males que andan mezclados con ellos. Hablaba del hombre como es en sí, y como siempre ha sido. No espereis hacer, decia á Lesko, lo que Dios no ha hecho, esto es, que los hombres sean absolutamente perfectos: no espereis establecer en vuestros Estados la República de Platon;

procurad solamente en el nuevo plan de gobierno que quereis formar, disminuir los defectos generales, y establecer la pública felicidad. Procurad cultivar la Religion y la sólida filosofia: para todo esto conviene hacerse señor de los corazones de los pueblos, gobernándolos como á hijos, y como á miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza habeis de ser. Así se lo oí decir muchas veces á mi primo: en mi vida conocí hombre mas digno de estar al lado de un Príncipe que Goworek; mas por lo mismo era detestado de todos los que pensaban en introducirse con Lesko. Yo todo lo observaba, y todo lo iba guardando.

6. Entretanto mi padre se accercaba con apresurados pasos al sepulcro, y era increible la negligencia con que le servian en su enfermedad. Todos se volvian á adorar al Sol que nacia, volviendo las espaldas al que ya estaba en el ocaso: allí aprendí á conocer lo que era la corona, porque la veia por

ambos lados, y con un ánimo tan indiferente como si yo fuera un extraño. Salió por último de esta vida aquel héroe, que en ella habia padecido grandes disgustos; siempre superior á los hados, constante en las adversidades, é igual á sí mismo. Fué el primer Monarca que supo, con pasos imperturbables y serenos, subir al trono muchas veces, y baxar de él otras tantas, sin desvanecerse con el alborozo, ni abatirse con las injurias. Acabó por último mi Rey, mi padre, y mi maestro, que aun despues de muerto me enseñó el medio de ser feliz en esta vida.

7. No pudo aquí Miseno contener las lágrimas que la ternura llevó á sus ojos; y pasado un breve rato, en que pagó el tributo al amor filial, continuó diciendo: habiendo satisfecho á las ceremonias del regio funeral, yo fuí el primero que rindió vasallage á Lesko en presencia de la Reyna madre y de toda la Corte: se quedáron todos atónitos por haber creido que mi ve-

nida á la Corte habia sido para disputar á Lesko la corona que habia ceñido la cabeza de su padre y del mio. Pero se admiráron mas quando viéron que Lesko se resistia á mis reverentes ceremonias, y que echándome los brazos me decia: no soy yo (primo mio Uladislao) no soy yo el sucesor del trono que acaba vuestro padre de dexar. Todo el derecho que pueda yo tener os le cedo; porque vos podeis gobernar por vuestra misma persona, y yo necesito del socorro de agenas manos para sostener el cetro: esta es una circunstancia que no agrada á los pueblos; y así para evitar el descontento de los vasallos, y el temor de manchar mi conciencia, quiero que el cetro pase de las manos del padre á las de su hijo. Lo oí, me asombré, y resistí hasta que mi excusa llegaba casi á violencia; mas Lesko insistia en lo mismo: no viéron jamas los siglos semejante contienda. Al fin pidiendo licencia al público hablé á Lesko, y le dixe:

8. Señor, siendo vos un Príncipe justo, no debeis empezar vuestro reynado por una injusticia manifiesta. Por mas noble y generoso que sea vuestro corazon, no debeis negar su derecho á los pueblos, su justicia á las leyes, su autoridad á los Soberanos, ni á vuestra sangre la gloria, ni al mérito la recompensa que los cielos le destináron. Casimiro, vuestro padre, fué preferido al mio por la general determinacion de los pueblos: de las manos de Mieceslao pasó el cetro á las suyas, y si últimamente le tuvo mi padre, fué como Regente en vuestra menor edad. No habiendo pues en vos culpa, ni defectos, ¿quién sufrirá la injusticia de que os priven del trono que vuestro mismo padre honró, y os le dexó por herencia? La misma alma de Mieceslao, desde el supremo solio en que la considero, arrojaria contra mí el formidable rayo de su indignacion, si yo contradixese á su voluntad. El os adoptó por hijo prefiriéndoos á mí, aun-

que me engendró: tanta fué su rectitud, y tan superior es al mio vuestro mérito y derecho. Hariais pues injuria á Casimiro que os nombró heredero de la corona, injuria á Mięceslao que os adoptó por hijo, injuria á la Reyna vuestra madre que es testigo y buen intérprete de la voluntad absoluta de los dos Soberanos, injuria á los pueblos que ya os dierón el derecho en la persona de vuestro padre, injuria al cielo que os dotó de unas virtudes dignas del trono: á vos mismo hariais injuria executando lo que no debeis. Y así no os admire que siendo yo vuestro vasallo, y debiendo postrarme ante vuestro trono, me resista abiertamente. Esto haré mientras insistais en contradecir al cielo, á la tierra, á los pueblos, á la razon, y aun á la naturaleza.

9. No se muda tan presto el semblante de la misma noche quando se descubre la luna llena en el horizonte, como se serenó el rostro perturbado de la Reyna. La alegría de su alma se derramaba por los

ojos, y bañaba el risueño semblante; y volviéndose á mí con el mayor agrado, iba á confirmar mi representacion, quando Lesko, respetándola como á Reyna, y honrándola como á madre, la pidió licencia para hablar. Toda la Corte suspensa asistia á este no esperado combate, y el Príncipe dixo estas palabras:

10. Quando el mundo, amado primo, no tuviera la noticia que yo de vuestras virtudes, bastaria este solo lance para darlas á conocer: no quiero que estrive mi resolucion en un fundamento que vuestra modestia nos oculta; otro motivo tengo mucho mas fuerte. Sé que toda comparacion es odiosa entre los méritos de unos Príncipes de quienes tenemos la sangre, y cuya memoria respetamos. La naturaleza hizo á vuestro padre y al mio hijos del invicto Boleslao, el qual á uno y á otro dió con la sangre el exemplo y las virtudes dignas del trono: en esto fuéron iguales; mas no pudiendo menos de

llevar la preferencia uno de los dos en el órden de los tiempos, esta la tuvo vuestro padre respecto del mio, porque Mieceslao fué su tercer hijo, y Casimiro el quinto: ya veis que en este punto se declaran los cielos á vuestro favor, porque representais al que el nacimiento dió la preferencia, y yo represento al que prefiriéron despues. No quiero exâminar los motivos porque mi padre subió al trono viviendo el vuestro, pues los sucesos que penden de la voluntad de los pueblos, son un misterio que debe dexarse escondido; mas confieso que no pueden ser obedecidas las leyes con repugnancia de la voluntad, y el bien del Estado depende esencialmente de la concordia de los pueblos. Bien conozco que los que me escuchan me verian con gusto ocupar el trono: tanto es el amor que tuvieron á mi padre que me aman desde la cuna, pero desean verme en el trono sin alma. Así es, pues quieren que separe de mí á Goworek, lo qual seria separar de mí la virtud quando

mas la necesito. Tengo muy poca edad, ninguna experiencia, y os juro por los cielos y la tierra, que su experiencia, sus talentos y rectitud serian el único apoyo de mis débiles brazos para manejar un pesado cetro. Nació este hombre para socorro de un Príncipe que en sus tiernos años apénas conoce el mundo, y se halla como extrangero en el propio pais. No puedo sin temeridad tomar en mis débiles manos las riendas de un gobierno sumamente dificil y arriesgado. Las vuestras son mas vigorosas; y así en ellas os le entrego. Yo os conozco, esto me basta. Vosotros, ó pueblos, que me ofreceis la corona, sabed que nunca podré agradeceros mas el amor que me teneis que dándoos lo que ahora os doy. Si yo quiero obedecer á un Soberano como Uladislao mas bien que empuñar el cetro, ¿qué Príncipe será el que os dexo quando llego á renunciar en él todo derecho á la corona? Esta nueva accion que os tiene asombrados, no procede de

un movimiento impetuoso de ánimo alterado, sino de la resolucion madura del que solo mira por vuestra felicidad. A vosotros pertenece vencer su repugnancia al cetro, pues de este punto pende el público sosiego, y el bien de la monarquía.

11. Admirado quedé yo con esta respuesta del Príncipe; pero la Reyna estaba pálida, y todos los que fundaban grandes esperanzas sobre el gobierno de un Príncipe mozo sin experiencia y de bondad natural, se quedáron atónitos. Ninguno podia amarme á mí porque me conocian poco, y así era preciso que me temiesen; pero era mas lo que temian al valído. Tambien les desagradaba mucho la nobilísima accion de preferir el Príncipe un amigo á una corona: tan preocupados estaban contra Gowo-rek, y tan deseosos de inclinar la tierna planta de Lesko hácia sus pasiones é intereses. Se oia en toda la sala un susurro, que semejante al viento que al principio

suena léjos hasta que se acerca poco á poco, se iba aumentando sensiblemente. Quando ya el susurro dió lugar á la atencion, se levantó el Conde Skrins, hijo de aquel á quien mi tio Uladislao II. hizo sacar los ojos (1) por consejo de su muger Cristina, y pidiendo permiso para hablar en nombre del pueblo, dixo:

12. Yo debo, ó Príncipes, en nombre de todos los pueblos que tuviéron el honor de obedecer á vuestros padres, protestar con la mayor sinceridad el sumo gusto con que estamos prontos á tributar vasallage á qualquiera de sus hijos: de sus hijos, digo, porque no sé si obedecerán los Polacos á ninguno que se acerque al trono,

(1) Por los años de 1144 divirtiéndose Uladislao II. con su valído el Conde Skrins le dixo por chiste: ahora se estará la Condesa paseando contenta con el Abate N. Picado de esto el Conde, le respondió, como por gracia: no tanto como la Reyna Cristína con F. Supo esto la Reyna, y no se aquietó hasta haber conseguido que el Rey le hiciese sacar los ojos.

no teniendo sangre real. Pero al mismo tiempo el amor de la patria me obliga á haceros presentes con el mayor respeto las terribles conseqüencias que se han de seguir de esta contienda, jamas vista, si en ella insistis. Esta disputa, que es la mas noble para los Soberanos, es para los vasallos la mas injuriosa. Cede en agravio nuestro la competencia con que dos tan grandes Príncipes desprecian el gobierno de unos Estados que han sido por mas de setecientos años el objeto de la ambicion de sus Monarcas (1). La grandeza de ánimos tan generosos, superior á lo mas elevado de la tierra, nos hace caer en el mayor abatimiento para con la reputacion de los extrangeros: no sé yo si la equidad permite triunfar á

(1) La Polonia empezó por la capital Gnesne en el año de 550, reconociendo por cabeza á *Lech* con el título de Duque: en el de 700, fundada Cracovia, fué esta ciudad la Corte por muchos años, gobernando uno de los doce Vaivodas ó guerreros que componian el Senado, muerto Visimir hijo de Lech.

tanta costa de la ambicion mundana: debeis advertir que nuestra reputacion será la víctima en los sacrificios de alabanzas que todo el mundo os ha de consagrar.

13. Quando la reputacion del Estado que os dió la cuna y la corona, no sea objeto digno de vuestros elevados pensamientos, séalo por lo menos la sangre que en la guerra mas horrorosa derramarán vuestros vasallos. Previendo estoy que no tardará muchos dias en suceder si alguno de los dos no sube al trono de Polonia para recibir nuestro vasallage.

14. Tengo muy presentes las horribles guerras en que la Polonia se vió nadando en sangre por causa de Uladislao II. y sus hermanos. Queria él por ser el mayor privar á los hermanos de los dominios que les habia dexado Boleslao su padre; y esta impiedad le mereció que Mieceslao con sus hermanos le quitasen el trono y le obligasen á salir fugitivo á la Alemania. De nada le sirvió implorar el socorro

del Emperador Conrado: en vano se empeñó todo el poder de Federico Barbaroja su sucesor en reintegrarle; pues apénas pudo conseguir por el bien de la paz que la Polonia le cediese la Silesia, de la qual gozó muy poco tiempo; porque no consienten los cielos sobre la tierra... Perdonadme, Príncipes, lo que la lengua no ha llegado á proferir, y disculpad mi dolor al ver á mi padre arrancados los ojos por un Príncipe que le honraba con los brazos de la mas sincera amistad. Mas todavía viven en Silesia los hijos de Uladislao, vuestros primos hermanos, y no se olvidan de que ese cetro que despreciais estuvo en manos de su padre ántes de pasar á la de los vuestros: á la primera noticia de esta contienda entrarán con mano armada á invadir un trono desocupado. ¡Pero quién será el vil vasallo que no exponga su vida por no permitir que vengan á gobernarnos unos Príncipes que contamos ya por extrangeros! ¡Pero qué guerra civil es la que se va

á encender con este suceso! ¡Qué anarquía! ¡qué confusion! ¡qué horror! ¡qué mortandad! ¡qué de sangre! ¡Ved si todo esto no clamaria al cielo contra vosotros! Esta, Príncipes, es la representacion de los pueblos, y nuestra firme resolucion es, que ninguno de vuestros vasallos saldrá de esta sala sin que tengamos Monarca; porque no puede vivir por un instante un cuerpo sin cabeza, ni mantenerse en pie un Estado sin Monarca: un solo momento de dilacion es pernicioso: la mas leve detencion será mortal accidente. Decidid pues, ó Príncipes, entre los dos, quién es el que nos ha de gobernar; porque qualquiera que sea es hijo de nuestros buenos Reyes, y esto nos basta. Tal vez habré excedido, por el zelo á mi patria, los límites que prescribe el respeto debido á los Príncipes: tal vez será el primer acto de vuestro gobierno castigar en mi persona su ofensa. Previéndolo estoy, pero aquí delante del universo sacrifico la vida al bien del Es-

tado: besaré contento la mano que puede ser me corte de aquí á poco la cabeza; porque si soy vasallo, soy patricio, y si la patria me dió la vida, tal vez el Soberano me dará, como á mi padre, la muerte. Mas sea lo que fuere, no se diga que la Polonia desmereció tener por Soberano un tan grande Príncipe como es cada uno de vosotros, y dígase enhorabuena que yo amé á mi patria con exceso.

15. Así habló el Conde; y animada toda la asamblea con este discurso, empezó á clamar que queria uno de los dos por Soberano, y que nadie saldria de allí sin haber rendido el vasallage al Monarca que los hubiese de gobernar.

16. Vió Lesko que los espíritus estaban ya alterados, y que nuestra generosidad empezaba á degenerar en tumulto; y así dixo en tono de Soberano, y al mismo tiempo de patricio:

17. Pueblos y amigos mios: ninguno es mas interesado que yo en el amor á la patria: ninguno mas

sinceramente desea la pública felicidad. Este mismo deseo es el que me precisa á renunciar el trono, porque siendo tan débiles mis fuerzas para sostener el gobierno de la monarquía, todos mis yerros cederian en perjuicio vuestro; y así tan léjos está de ser desprecio esta renuncia, que es la mas sincera estimacion. Vosotros exponeis vuestras vidas por el bien de la patria, ya en la guerra, ó ya en la paz; yo pues empiezo por sacrificar al público interes una corona tan apetecida y disputada, y solo me reservo para acompañaros en el honroso peligro de dar mi vida en las guerras del Estado. Si no me viereis vuestro Monarca, me vereis vuestro General y Comandante en las empresas militares. Soy muy mozo, y tengo que aprender en el campo de Marte la ciencia necesaria para el trono: ahí teneis para éste á mi primo, que la ha aprendido en la paz y en la guerra. Si yo, por hijo de Casimiro, y por ser legítimo heredero del cetro, tengo autoridad para man-

dar, ninguno la puede tener para resistirme en llegando á declarar mi voluntad absoluta. En esto se levanta, y con un ayre que me hizo temblar de respeto toma la corona, y me dice: yo que puedo poner en mi cabeza esta corona, quiero y mando que la consintais en la vuestra. Entónces sin detenerse clamó todo el pueblo: *viva Uladislao III. Rey de Polonia.* La Reyna me ofreció el cetro, y todos me eleváron al trono como por fuerza: subí á él como llevado en brazos, porque un frio sudor corrió por todo mi cuerpo, y estaba yo como inmoble. Lesko fué el primero que me rindió vasallage: siguióse toda la Corte, y últimamente el Conde Skrins de parte del pueblo (1). No os puedo explicar lo que en esta accion pasó por mí.

18. Qual ave que iba volando remontada y contenta, bebiendo con toda libertad y desahogo las luces al Sol; pero herida de una

(1) Anecdotas de Polonia en 1203.

imprevista saeta cae de repente en un pozo, en donde lucha con las tinieblas y el dolor, encarcelada y medió muerta; así me ví yo en aquel punto. ¡Pero qué leccion fué esta para conocer bien las que llaman felicidades del mundo!

19. Pasé de repente de la region de la verdad á la de la mentira. De dia y de noche me cercaba tal chusma de aduladores que no me permitia ver lo que deseaba: entre el espeso húmo de los inciensos, que me ofuscaba el celebro, nada alcanzaban mis ojos sino entre mil dudas y mil rezelos de engaño. ¡O Dios, y qué teatro de mentiras! Ya entónces mis yerros eran aciertos, mis defectos virtudes, la virtud de Lesko era flaqueza, y el zelo del Conde Skrins atrevimiento. La misma accion que por la mañana era un delito, si yo la aprobaba se convertia de repente en mérito relevante: quanto mas esfuerzos hacia por conocer la verdad, tanto mas enredado me veia. ¡O quántas veces habia corrido tras la

verdad con el corazon y los brazos abiertos, y me hallaba despues con algun monstruoso error que me tenian maliciosamente oculto! ¡Quántas veces me arrepentí de lo que habia executado con la mejor intencion que se podia desear! Por último, entre el arrepentimiento de lo que habia hecho, y el temor de lo que tenia que hacer, pasaba los dias, velaba las noches, y perdia el ánimo, la paciencia, y el tiempo.

20. Buscaba para mi consuelo algun amigo: un amigo es un tesoro riquísimo que qualquiera pobre halla en otro miserable con quien se consuela, y yo no le podia encontrar en todo mi reyno; ¿mas cómo le habia de conocer si por todas partes me rodeaba una altísima muralla de interesados? Los que merecian mi amistad no me buscaban, y mal podria yo verlos estando léjos de mí: los que no la merecian eran los que me daban señales de la mas sincera amistad. Cierto ayre risueño, un aparente deseo de

agradarme, la asistencia continua y la tierna compasion que manifestaban de mis aflicciones interiores, me iban persuadiendo algunas veces que yo era amado; mas despues un momento muy corto de reflexîones me hacia ver que todo era ficcion, todo interes, y todo engaño.

21. Estaba yo encerrado en mi gabinete solo, estudiando sobre el bien público, pensando en los medios de la general felicidad; y al mismo tiempo estaban otros discurriendo en sus particulares congresos como me habian de armar el lazo en que cayese buscando el bien comun, y sirviese al interes particular de algunos, aunque fuese á costa de la ruina pública. Si gemia en mi corazon, tenia que manifestar la risa en el rostro para hablar con agrado: si desconfiaba de un vasallo, tenia que ocultar con la mayor cautela la desconfianza: si mi corazon se inclinaba á alguno porque me agradaba su mérito, tenia que hacerme violencia para no

hacerle el canal ó instrumento de la agena traicion.

22. ¡Pobre de mí, decia yo, y quanto mas alegre estaba en las riberas del Mariza, ó en las cárceles de Turquía! ¡Quánto mas dulce me era aquel cayado que este cetro, y aquellas cadenas que esta corona! No tenia mas consuelo que estas solas palabras: *Yo no obré mal en aceptar la corona.* La razon me obligaba, Dios lo queria; y así no debo afligirme. Si perdí el sosiego, no he perdido la divina gracia, que en todas partes me asiste para obrar como debo; y si yo lo hiciese así, no puede menos el Señor de hacerme feliz. De este modo veia á lo léjos, entre la obscura posibilidad, alguna débil esperanza de que se mudase mi fortuna.

23. No tardó mucho: dos años goberné mis pueblos aplicado á establecer el bien, y reprimir el mal: á premiar la virtud, y castigar el vicio; persuadido á que un Monarca es un Vice-Dios sobre la tierra, que le debe tomar por exemplo

en todas sus acciones. Ya veis que tendria enemigos ocultos, y mil vasallos descontentos; y sin duda seria infeliz si gustasen de mí los perversos. Entretanto Lesko, con aquel fuego que era propio de su edad, reprimia los enemigos del Estado abatiendo su orgullo, y castigando sus insolencias. Sucedió pues que venció á los Rusos en una batalla campal, ganando la mas completa victoria. Mi belicosa nacion daba saltos de alegría, y cansada de la tranquilidad de mi gobierno, sin guardar límites algunos en las demostraciones de júbilo, aclamaban á Lesko como conquistador, como guerrero, y como su Soberano. Esta voz fué seguida de todos los descontentos, y de los inclinados á la novedad; pero fué resistida de otros fieles vasallos que tomaron las armas para sostener en mi cabeza la corona. Ya mi primo, con el gobierno militar habia tomado gusto al mando: ya la adulacion y la lisonja habian tenido entrada en su inocente corazon: ya

los áulicos le habian inspirado unos venenosos zelos, é introducido en su pecho cierta semilla de arrepentimiento por la generosidad que habia hecho; y en estas disposiciones no le disgustaban las aclamaciones de los soldados, ni las del pueblo.

24. Hervia todo en bandos y partidos, y ya la sedicion y guerra civil se habian declarado. Yo al ver esto monté á caballo, y á la frente de mis fieles tropas salí de Cracovia al encuentro de Lesko que venia triunfante. Se quedó asustado de verme á la cabeza del exército: pensó, como todos, que iba á disputarle con las armas el cetro sobre que tuvimos contienda bien opuesta, pero se engañó. Hice alto, y mandé que ningun soldado se moviese sin expresa órden mia. Viendo él que yo me adelantaba solo, y con la espada envaynada, ya conoció que mi idea era muy diferente; y mandando tambien parar á sus tropas, me salió al encuentro. Así que nos vimos juntos,

sin darle tiempo á decir palabra, le hablé de este modo:

25. Primo y Soberano mio, no os puedo dar mayor testimonio de quanto estimo la gloria de vuestro triunfo que el juntar la corona del Estado con la del laurel de triunfador. Bien sabeis que acepté el cetro por obedeceros; y ahora os le vuelvo por agradaros. Ya en este momento me habia yo quitado la corona, y la puse sobre su cabeza; bien que Lesko la retiraba con cierta floxedad. Le entregué el cetro, y desenvaynando la espada me volví puesto á su lado, y dixe á mis tropas en alta voz: esta arma que ceñí Monarca, la desenvayno vasallo para dar, si fuere preciso, la vida por el mismo á quien he cedido la corona. Pensad, señores, qual seria la suspension de Lesko, y la admiracion de todas las tropas. El Príncipe rebosando júbilo, no acertaba á formar largos periodos, y yo los cortaba con mis expresiones para encubrir el embarazo de las suyas. De este modo reuni-

das las tropas entramos los dos en la Corte triunfantes: él por haber conseguido una victoria y un reyno; y yo por haber adquirido el trofeo de mi libertad. Restituidos á palacio le pedí licencia para salir de sus Estados por su tranquilidad y por la mia; y habrá tres meses que con trage y nombre desconocido vivo aquí oculto, en donde jamas sabrán los nacionales ni los extrangeros de mi nacimiento y persona. Ved si será importante el secreto que os he confiado.

26. Suspensos se quedáron el Conde y Sofía, deseando cada uno no ser el primero á interrumpir el silencio, y levantándose ámbos protestáron á Miseno su respeto, disculpándose con su ignorancia si en algo le habian faltado; y para confirmar la fidelidad de guardar el secreto encomendado, dixo así Sofía: infinitamente nos lisongea, ó Miseno, el concepto que habeis hecho de nosotros, teniéndonos por dignos de un secreto tan importante; pero sabed que no os vereis

engañado ni arrepentido. Quanto mas precioso es un tesoro, con mayor zelo debe guardarse su depósito: descansad, que lo que se encierra en mi memoria jamas saldrá por mi boca: yo soy señora de mis secretos, pero de los agenos soy depositaria: de los propios puedo disponer á mi gusto; con los agenos nunca he tenido la menor libertad: podrá ser virtud tal vez comunicar sus propios tesoros; pero dar de un depósito, siempre es hurto. ¡Ay, Señor, qué grande es vuestro corazon! ¡Qué sólidos son vuestros principios, y qué confirmada vuestra experiencia! Mira, Conde, si tenia Miseno razon.... Pero quiero, Señor, dar una prueba del respeto con que os trato, pues que hasta de vos mismo quiero ocultar secreto tan precioso. Mira si Miseno tenia razon quando decia que todo en este mundo llevaba cambiado el nombre, que los males se llamaban bienes, y que los bienes mas sólidos pasaban por infelicidades. Ya ves

que su filosofia fundada en su propia experiencia, no puede tener mayor solidez.

27. Entónces el Conde, recobrado de la suspension en que esta historia le tenia, confesó que ninguna doctrina podia ser de persuasion mas eficaz para buscar la bienaventuranza por el verdadero camino, que el exemplar de Miseno. Ahora me veo yo, decia, como en una escena de teatro en que corriendo los bastidores, de repente se halla uno, sin saber cómo, en un estado nuevo, y en paises y climas diferentes. Todo se ha trocado en mi imaginacion. Hasta aquí componian la deliciosa perspectiva del engaño las riquezas, honras, gobiernos y delicias, en que veia lo que en la realidad jamas existe ni consuela mi alma; pero al presente entre los ásperos montes y bosques secos y agrestes, entre rocas y precipicios horribles que por todos lados asustaban á mi alma, y la llenaban de horror, veo que la paz, la virtud, la

verdadera independencia y heroycidad me alfombran el camino por donde llegar seguro á la felicidad que apetecia, y á la perfecta gloria que tanto he buscado. Permitid, Señor, que descanse mi entendimiento en esta repentina mutacion de escenas, porque quiero dar tiempo á la reflexîon, y á que la lluvia celestial cale poco á poco á lo interior de mi alma. Bastante larga ha sido la conferencia de hoy: yo diria, hermana, que dexasemos descansar á Miseno, y que mañana, si nos lo permite, repitiesemos la visita, pues no es justo privarle del único bien que le resta, que es el sosiego.

28. No me le quitais, respondió Miseno, mientras empleo el tiempo en hacer feliz á un hombre; pues esta es obra digna de Dios. Si salgo con la empresa, mi regocijo será mayor que el vuestro; porque siempre por una especie de reverberacion vuelve á nosotros la felicidad que comuni-

camos, y el bien ageno aumenta el propio quando sinceramente se ama. No quiero molestaros con tan prolija conferencia: bien largo tiempo os he tenido suspensos; lo que pido es que no me priveis del gusto que espero recibir mañana en veros en esta choza.

29. - Descansad, dixo la Princesa, que no consentirá nuestro interes el delito de que os faltemos, aun quando no nos obligásen la amistad, el respeto y la obediencia que se os debe. No aprobó Miseno el estilo de Sofía, juzgándole menos acomodado al intento importante de abrir los corazones, curar sus heridas, y desembarazar los entendimientos aclarando sus dudas. La pidió pues que dexase aparte quanto aun desde léjos pudiese aludir á su antiguo estado; y dando á su estilo, naturalmente serio, un gusto festivo para dexarlos en entera libertad, les dixo así: os suplico que

no me lamenteis por el presente estado, ni me tengais por menos feliz que en aquel que dexé ha poco tiempo, porque no es tan humilde como á primera vista parece. Bien sólido y elevado trono es esta roroca, en la que tengo el cortejo que de dia y de noche me hacen las olas. ¿Pensais que no es para estimar el ansia con que vienen de muy lejos á ponerse á mis pies? ¿No imita bien el bullicio de la Corte este ruido de las aguas? ¿No domino desde aquí los mares? Habitando yo en esta region del ayre, ¿no me veis aquí superior al resto de los humanos? Aquí estoy recibiendo el sincero obsequio de los paxarillos: el sol es vecino mio, las estrellas mis compañeras: los cuidados no saben que vivo en el mundo: huye de mí la tristeza, pero la alegría no me dexa un instante; y así descansando en los brazos de la paz, vivo verdaderamente feliz.

30. En nosotros, dixo el Conde, no es lamentacion, sino envi-

dia á vuestro estado, nacida del afecto: quiera el cielo que yo os pueda imitar. Y con esto se despidiéron.



EL FELIZ.

LIBRO NONO.

SUMARIO

DEL LIBRO NONO.

Salen el Conde y la Princesa con Ibrahim á visitar á Miseno. Desprecia Ibrahim la doctrina del Héroe, y el Conde se entristece. Le anima Sofía con la descripcion de una contienda entre el sol y la noche: es alegoría del peligro que hay en dexar que triunfe el error de la verdad. Llegan á la cabaña de Miseno: discurre éste sobre la utilidad de los trabajos, y lo que debemos á Dios por los beneficios negativos. Intenta Miseno convencer á Ibrahim: la Princesa confirma su doctrina, y el Conde reconoce la verdad. La Tristeza *sale con todas las furias, y levantan una tempestad para perderlos. La Princesa con sus hijos y el Conde pasan la noche en una cabaña de pastores. Ibrahim porfía en retirarse; pero al amanecer le ven bien castigado.*





Agradece Miseno á la Providencia el verse libre de los males que afixian á otros.

J. G. Navia sc.

LIBRO IX.

1. Era increible la admiracion y asombro que en los dos hermanos habia causado la historia de Miseno. En sus particulares conversaciones siempre hablaban de los extraordinarios sucesos que les habia contado: quando saliéron al paseo el dia siguiente la Princesa y el Conde, para ir hasta la cabaña de Miseno, se convidó Ibrahim para acompañarlos por la curiosidad con que deseaba conocer hombre tan grande. Muy diferente era el concepto en que le tenian los dos hermanos, del que formaba Ibrahim: decia éste, que sus máximas eran una idea volátil de algun celebro recalentado, y sus sistemas delirios bien compuestos de un hombre extravagante. Se veia la Princesa en la precision de no revelar el secreto acerca de la calidad de la persona, por la que sin

duda daria Ibrahim gran peso á los discursos de aquel héroe: el Conde, como no estaba diestro en manejar las armas de la razon, iba tal vez á echar mano de la autoridad de la persona para defender á Miseno; pero la retiraba al punto por ser arma vedada. De este modo quedaba confundido con los sofismas y enredos de Ibrahim, el que ya por costumbre despreciaba todo lo que no era suyo, y solo tenia por acertado lo que forxaba la invencion de su propia cabeza, ó bien lo que habia leído sin que nadie le enseñase, pues esto solo bastaba para llamar suyas las doctrinas que leía; por ser este un colorido muy agradable para los que presumen de sabios.

2. No podia sufrir el Conde esta altivez de entendimiento, y desde luego empezaba entre los dos una disputa, que no solo alteraba los ánimos, sino que los perturbaba. La Princesa sumamente cuidadosa de conservar la paz interior del Conde, como tan indispensa-

ble, para ir plantando la verdadera filosofia en su corazon, cortó la inútil disputa, y empezó á distraer la conversacion con aquel espíritu jovial y agudo que tenia. En todo llevaba la mira de reducir al Conde á mejor sistema de vida; y aprovechándose de las circunstancias, ponderaba la excesiva calma que hacia, por la qual el deseo impaciente de oir á Miseno, les habia hecho tomar el paseo mas temprano de lo que permitia la estacion. Era tal el arte de la Princesa, que aun en las galanterías mas jocosas envolvia algun consejo saludable; y así en una pausa de los argumentos dixo: ahora, gracias al cielo, ya el sol se ha mitigado en su furiosa carrera. Ese soberbio Monarca no ha tenido otro cuidado desde que nació, sino subir y mas subir; pero ya sus fogosos caballos fatigados y sudando no pueden caminar ácia arriba, y el altivo Príncipe se halla en la precision vergonzosa de tener que ir baxando,

porque este, hermano mio, es el fin de los que quieren subir mucho. Me parece que puedo profetizar al sol una gran caida; porque desde que su carro empieza á baxar, cada vez va cayendo con mayor ímpetu: viendo estoy que sol, coches y caballos todo ha de dar consigo en el mar.

3. Yo tambien digo sin ser Profeta ni grande Astrónomo (respondió el Conde) y aseguro absolutamente, que presto veremos esa catástrofe. ¿Qué os parece Ibrahim?

4. El tal Filósofo, despreciando hablar como los demas, dixo: que aquellas eran las ideas del vulgo, y que estaba muy lejos de engañarse como él. Ya iba á extender mil cálculos matemáticos sobre el movimiento del sol, y otras cosas semejantes, quando el Conde interrumpió su mal aplicada erudicion, suplicándole que la guardase para instruccion de sus sobrinos, pues él era ya viejo para se-

mejantes doctrinas; y volviéndose á la hermana, la dixo: esa descripcion de la carrera del sol me excita el deseo de tener presente otra pintura que ha muchos años me hiciste de la contienda con la noche, y no me puedo acordar. Repítela, querida hermana, si haces memoria; pues desde que padezco esta profunda melancolía sabes bien que necesito de tan graciosas descripciones. Vos tambien, Ibrahim, podeis sacar alguna importante moralidad, así como el sabio alquimista sabe extraer el oro preciosísimo de la mas vil materia con la piedra filosofal.

5. La Princesa, cuyo ánimo era ir mezclando en la jocosidad de sus gracias algunas moralidades propias para el Conde, aceptó el convite diciendo que aunque los versos eran familiares, y como hechos para entre hermanos, poco dignos de conservarse en la memoria, procuraria acordarse de lo que en la amenidad del jardin, y en la ociosidad del paseo habia pro-

ducido su traviesa imaginacion; y reflexîonando un poco continuó así:

Señora era la noche de este mundo:
y á los mortales todos
en cadenas del sueño mas profundo
presos de varios modos
tenia tan ligados,
que mas estaban muertos que no atados.
Sabe el sol la insolencia
que cometió la vil y obscura noche
mientras duró su ausencia:
entra en su ardiente coche,
y montando en furor y rabia ciega,
saetas toma y rayos: corre y llega.
Las trincheras franqueó del horizonte
la noche, temerosa
de que la viese el padre de Faetonte:
fugitiva y medrosa
tiembla toda, se escapa, y no desea
sino esconderse en donde no la vea.
Por aquí, por allí, sin saber dónde
refugiarse, buscando
no acierta qué ha de hacer; al fin se esconde:
éntrase gateando
en un espeso bosque ó breña obscura,
temiendo que aun allí no está segura.
Iba el sol disparando vivos rayos:
solícito la acecha,
y la causa desmayos;

mas no la hiere la dorada flecha.
Al cielo para ver el sol subia
á donde huyendo va la noche fria.

Mira y remira, pero nada alcanza:
toma el arco enojado,
contra la tierra vivos rayos lanza.
En ella se ha ocultado,
dice, no hay duda de que allí se esconde;
pero por mas que ve, no sabe en dónde.

En el centro del bosque acobardada,
del carro rutilante
siente las ruedas triste y retirada.
Pasa el sol adelante:
respira del peligro que ha pasado,
se recobra del susto en que habia estado.

Entre los mas espesos matorrales
atisba cuidadosa
por dónde va la causa de sus males:
la observa pavorosa;
y al ver que en occidente se sepulta,
sale contenta, vence, triunfa, exulta.

Ostenta con soberbia el grande estrado
de brillantes estrellas,
que la cercan por uno y otro lado.
Muy vistosas y bellas
la hacen guardia real: son sus archeros
los planetas, ó sirven de cocheros.

Está muy arrogante
la luna, que á ninguno hace cortejo,
y siempre va adelante,

sin tener mas caudal que su reflexo:
de este modo la noche adelantando,
del gran rey de las luces va triunfando.
Todo se rinde; de todo se apodera,
de quanto el sol tenia
su enemiga se hace dueña entera.
¿Pero quién nos diria
que del sol poderoso y radiente
la triste noche se veria triunfante?
A este modo, qual sol que resplandece,
es la santa verdad: y quando sale
errores desvanece;
¿mas quántas sobresale
y revive el error, que ella ha vencido,
á triunfar muy ufano y muy erguido?
Es un sol la doctrina santa y pura
de Miseno: no pase de ligero,
que volverá, si bien no se asegura,
el error, que primero
tuvo la posesion en nuestra idea,
al mismo entendimiento, sea el que sea.

Nadie, dixo el Conde, ha dado con el arte de instruirme, y recrearme al mismo tiempo, como mi hermana. No esperaba yo el remate de los versos, ni la moralidad que contienen; solamente la esperaba de las sabias reflexîones de Ibrahim, á

quien para eso tenia yo convidado. Estaba la moralidad tan á la vista, dixo la Princesa, y me pareció tan oportuna, que quise cogerla por mi mano, como fruta madura y exquisita para hacerte el obsequio de presentarla.

6. No me dexaré yo de aprovechar, dixo el hermano, y te prometo que los consejos y dictámenes de Miseno, quando sean semejantes á la luz del dia para sacarme de las tinieblas, no lo serán en la ligereza con que pasa el sol, ni me dexarán en los anteriores yerros de la noche; y pues la Providencia me proporciona los medios de estudiar como Miseno esta noble filosofia, seria yo doblemente infeliz si no me aprovechara, ya que mi escuela es menos costosa que la suya.

7. Bien pudiera la Providencia, dixo Ibrahim, si queria ilustrar á ese hombre venderle sus luces á precio mas equitativo; porque un verdadero filósofo descubre en su gabinete mas verdades que quan-

tas él puede alcanzar en medio de tantos trabajos, pues es cierto que para descubrir secretos es necesario tener el espíritu sosegado.

8. Miseno (dixo la Princesa) iba aprendiendo á proporcion que le sucedian los trabajos. Así como el Danubio, que heredó en las fronteras de Alsacia sus primeros caudales, quanto mas terreno corre, y mas vueltas da, los adquiere mayores con los rios que va tragando (1); así él con la luz que empezó á rayar en un misterioso suceso, ha ido cobrando mayores luces en los trabajos que iba pasando.

9. Pero si la Providencia, replicó Ibrahim, ha sido para él tan benéfica, ¿por qué no le comunicó esas luces sin tanta fatiga y trabajo? ¿Y por qué vos, dixo la Prin-

(1) Nace el Danubio en las fronteras de Alsacia, y va recibiendo las aguas de mas de quarenta y tres rios menores; y atravesando el Círculo de Suavia, el de Baviera, Austria, Ungría, Esclavonia, Servia y Valaquia, desagua muy caudaloso en el mar Negro por diferentes bocas.

cesa, no conseguisteis las luces de esa filosofia, sin la fatiga de estudios y de cálculos que os tienen el celebro consumido? La fuente saludable de agua fresca y cristalina nunca se estima tanto, como quando nos abrasa una calentura, ó nos aflige una ardiente sed. Ninguno conoce las delicias del sueño sin haber experimentado el cansancio y la vigilia; pues lo que realza la diferencia entre dos contrarios es la contraposicion de estos: lo mismo sucede con los trabajos y la felicidad. Ademas de que ¿en donde hay libro mejor que la experiencia para aprender la sólida filosofia?

10. Ya en esto llegaron á la cabaña de Miseno; y despues de los cumplimientos corteses, y salutaciones amistosas, la Princesa presentó á Ibrahim, instruyendo al mismo tiempo á Miseno sobre el punto que acababan de disputar; y les respondió Miseno de este modo:

11. Yo, amigos, era como los

Cafres del Monomotapa (1), ó como los Negros de la costa de Guinéa, que pisando el oro y los diamantes, no disfrutan los mismos bienes de que abundan. El que no sabe de trabajos, tampoco sabe apreciar los bienes que despues goza: sin haber estado enfermo, ¿quién estima como debe la salud? La innumerable multitud de bienes con que la divina liberalidad me ha enriquecido, no me podrian hacer feliz si no hubieran precedido los trabajos que he pasado: á estos debo, supuesta la luz superior, y á mi filosofia, mi grande felicidad.

12. El que os oyga hablar, dixo Ibrahim, pensará que os ha hecho el cielo un Alexandro conquistador del mundo, ó un Creso, Señor de grandes riquezas; mas yo no veo en vos otra cosa que po-

(1) El Monomotapa es un réyno situado en la costa oriental de África ácia el golfo de Sofala, mas abaxo de Mozambique, enfrente de la isla de Madagascar: al Rey de Monomotapa llaman el Emperador del Oro.

breza, miseria y motivos de afliccion. Dios me libre de verme en esa felicidad, porque yo moriria de pena.

13. Tambien yo (dixo prontamente Miscuo) si por desgracia no hubiera pasado por mí lo mucho que tengo sufrido. Vos, amigo, ¿no contais por verdaderos favores del cielo los beneficios negativos; el vernos, quiero decir, libres de los males con que en otro tiempo nosotros, y actualmente otros nuestros iguales viven afligidos? Sabed, pues, que quando me dexo llevar del discurso, y de las conseqüencias que salen sucesivamente una de otra, me siento como arrebatado de la admiracion y el gusto. De lo alto de esa montaña veo llover como espesa piedra mil males y calamidades sobre la superficie del mundo, y observo que al mismo tiempo la mano Soberana puesta sobre mi cabeza, me defiende para que no me toquen, y advierto, que todas por uno ó por otro lado resbalan sin ofenderme.

14. Veo cruzar por el ayre delante de mis ojos las flechas como en el mayor calor de las batallas, y veo tambien que no me ofenden: por la diestra y por la siniestra pasan lanzas y dardos que van á herir á mis compañeros; yo los veo caer: unos mueren, otros quedan ciegos ó estropeados; por todas partes oigo lamentos, clamores y desesperacion, y yo me estoy muy sosegado: en tan feliz situacion, decidme, ¿no contaré todos esos males, que á otros suceden, como bienes que yo gozo? No tengais esto por figura fabulosa de un entusiasmo recalentado; representaos la faz de la tierra, como en realidad se halla, y decidme, si podeis, quántos son los ciegos que viven en continua noche en medio de la region de la luz. Ahora bien, yo no tenia mas derecho que ellos al beneficio de la vista, y el autor del mundo hizo dos porciones de la masa de nuestra naturaleza; á mí me dió la luz, y á otros dexó en las tinieblas: ¿no será pués fa-

vor, y favor muy grande? ¿Quántos hay sordos, mancos ó cojos, y nada de esto tengo yo? ¿Quántos esclavos exhalan el alma, tristes con el peso del trabajo y las cadenas, y yo estoy libre? ¿Quántos enfermos gimiendo en sus camas miran con envidia la mas desgraciada suerte de los que tienen salud, y yo la tengo? ¿Quántos estan afligidos con las deudas, y á mí todo me sobra? ¿Quántos, cuyo corazon es un hormiguero de cuidados sin poder respirar de dia ni de noche, y al mismo tiempo yo estoy sentado en el trono de la paz? ¿Quántos se ven cercados de enemigos ocultos ó manifiestos, de envidiosos y traidores, y yo estoy cierto de que en todo el orbe de la tierra no tengo un solo enemigo? Ninguno me aborrece, ni me envidia. ¿No me permitireis, amigo, que con todos estos beneficios me tenga yo por feliz, y favorecido del cielo?

15. No os detenga el estado humilde en que me veis. Es verdad

que el corazon del hombre suspira por elevaciones, pero éstas son para su mal. El ave tímida que rezela lazos armados en los campos y los valles, vuela ligera á lo mas alto de los montes, pero allí se ve herida de las saetas como mas vista y perseguida; así, pues, se tendrá por infeliz el que huye del estado humilde y retirado, el que teme la pobreza, el olvido y el desprecio, el que bate las alas de sus deseos por ascender á las dignidades, á los puestos y á los tronos, pero allí se verá herido con muy penetrantes saetas. ¿No os acordais de lo que en nuestros dias ha sucedido, bien cerca de aquí, en Constantinopla? ¡Ah, pobre Emperador Andrómico, muerto con mayor crueldad que el malhechor mas vil de la plebe! ¡Pobre Isaac Lange, hoy con la corona en la cabeza, y mañana sacados los ojos! ¡Pobre Alexo, cruelmente ahogado por las manos de su mayor valído! ¡Pobre Murzulfe fugitivo, y muerto! ¡Pobre Balduino, que vencido

por el Rey de los Bulgaros, murió con los brazos y pies cortados, y aserrado el cráneo! Todos estos eran Emperadores de Oriente, y todos fueron infelicísimos. Yo, pues, que ni en los valles del humilde estado caí en los lazos de enemigos, ni en los montes de las honras me alcanzáron los tiros, ¿os parece que no debo contarme por feliz, aunque no sea Creso., ni Alexandro? ¿No tengo razon para creer que la liberalidad Divina me ha enriquecido de verdaderos bienes, supuesto que me ha librado de tan verdaderos males?

16. Pero no todos los Monarcas, dixo Ibrahim, han sido infelices, ni todos los Generales desgraciados; no todos los ricos andan tristes, ní todos los poderosos suspirando: todo esto pudierais tener, y vivir tan contento como ahora. Cesad, pues, de encarecer con hipérboles esa imaginária felicidad; pues mas bien debierais tener compasion de vos, que complacencia y gozo.

17. Yo no he dicho (replicó prontamente Miseno) que la liberalidad Divina me ha concedido todos los bienes que se contienen en los inmensos tesoros de su Omnipotencia. Algunos tiene, y son muchos, que no me ha concedido; antes bien seria imposible que el pequeño y angosto vaso de una criatura los recibiese hasta dexar exhaustos los inmensos tesoros de la Divinidad. No he dicho yo semejante paradoxa; pero he contado por bienes los males que pudiera tener, y de que me ha librado la sabia Providencia. Mas voy á responderos.

18. En estos mismos trabajos que padezco, solamente por fuera, no os he manifestado todavía mis tesoros, y para que bien los conozcais, conviene descubrir el secreto impenetrable del corazon humano: así vereis en los males de los que llamais felices, quantos son los bienes con que yo aquí me puedo enriquecer. ¡Qué horribles tormentos no pasa el corazon del hombre

si le devora la envidia, si le roen los zelos, ó si la desconfianza le forma horribles fantasmas! Quando las llamaradas del amor le abrasan, quando el interes le ciega, quando la ambicion le trae rebentando, ¡qué aflicciones no padece! Unas veces le llena de hiel las entrañas el ódio, otras le trae furioso la venganza, otras le despedaza la desesperacion de no poder executarla. Quando la fortuna se burla de sus deseos, quando la desgracia le persigue y se ve hecho el juguete de los hados, ¡qué horribles gritos no da su corazon en la concavidad del pecho!

19. Discurramos ahora como filósofo: entre esos que llamais felices, con los que quereis alucinar mi entendimiento, id separando todos los que se ven dominados del amor, gobernados del interes, ó mandados de la ambicion; ya veis que ninguno de estos es feliz: separad tambien aquellos que estan tocados del ódio ó la venganza, ó mordidos de los zelos y la envidia:

estos están muy lejos de la felicidad: poned á parte aquellos á quienes la desgracia persigue, la fortuna se burla de sus deseos, y son el ludibrio de los hados. Poned aparte los que con las desenfrenadas pasiones están en una rueda de navajas que los despedazan las entrañas; todos estos es muy cierto que no son felices: ved ya qué pocos son los que me harian dudar si llegase el caso de que yo quisiera trocar con ellos. Hablemos, amigos, con sinceridad: ¿no es un verdadero beneficio del cielo conservarme libre del incentivo de las pasiones, que tales tormentos causan? Así habló Miseno con grande aplauso del Conde; pero Ibrahim se quedó inmoble, y en silencio.

20. Suena tal vez sordamente en la tierra un susurro subterráneo quando la naturaleza se dispone para la explosion de algun horrible volcan (1). Se atesora la ira

(1) Así se experimentó en el funesto terremoto de 1755, principalmente en Lisboa: muchas veces se oia antes de tem-

de los elementos, se va acumulando el fuego oprimido en las cárceles de las concavidades, apenas pueden las rocas reprimir su violencia, y por los poros de la tierra sale un espeso humo que anuncia el futuro terremoto. No de otro modo se hallaba el interior del filósofo. No podia sufrir la soberbia de su corazon que el Conde prefiriese á su modo de pensar el de Miseno: le veían mudado el semblante, y con un ayre inquieto se le observaba cierto ímpetu en sus movimientos, y que murmuraba entre sí: explicaba bien claramente, aun sin hablar, lo que queria decir. Por esta primera vez le contenian el respeto debido á la Princesa y al Conde, y disimulaba con afectada condescendencia el desprecio que hacia interiormente.

21. Miseno, que todo lo advertia, viendo que tampoco la Princesa daba á entender estar del todo

blar la tierra un ruido como de muchos coches á distancia, y al punto sobrevenia terremoto.

convencida, dixo así: suponed, Señora, que despues de haber pasado el infeliz Balduino de Conde de Flandes á ser Emperador del Oriente, se vió prisionero del Rey de los Bulgaros en Adrianópoli, con los pies y brazos cortados y sin ojos, ya próxîmo á recibir el último golpe: suponed, digo, que se sentia arrebatar en una refulgente nube, y que, sin saber cómo, le habian restituido á la perfeccion de sus miembros y á la libertad; y que se hallaba aquí entre nosotros, como ahora estamos: ¿qué repentina mudanza haria su triste corazon? ¿Que torrente de júbilo inundaria su alma? Me parece que le estoy viendo aplicar la mano á sus ojos palpándolos, y sin acabar de creer que ya los tiene: que vuelve ácia todas partes el rostro, incrédulo de lo mismo que experimenta: que se pone en pie, se mira á sí mismo, extiende las manos, y confuso con lo que ve y lo que siente, no sabe si tenerlo por sueño é ilusion, ó si será realidad; hasta que al fin

conoce que no es engaño. Decidme : ¿en semejante caso podria este Príncipe dar lugar á la tristeza?

22. Solo si el excesivo júbilo, dixo la Princesa, le hubiera pervertido el celebro, por no tenerle hecho á trabajos, que es cosa que sucede algunas veces. Añadió el Conde, que nunca hombre mortal podria tener contento tambien fundado, y que por grande que fuese su gozo aun no llegaba al motivo. No obstante, Miseno le dixo que en esto no convenia con su parecer: respuesta que admiró á todos. Y continuó así: aunque él debia alegrarse, yo conozco otros que tienen mayor razon para vivir con alegría; y preguntándole ¿quién? ¿quién? respondio: ¿quién? *Vos y yo que tenemos de gracia lo que á él le costó tan caro.* ¿Os admirais? Suponed, pues, por un instante que el caso es verdadero: ¿querriamos los quatro que estamos en este monte trocar con él nuestro estado? No por cierto. Por lo mis-

mo, pues, que no estimariais el trueque, se infiere que sois ahora mas felices que en el caso milagroso propuesto, y por consiguiente que debe ser mayor ahora vuestro júbilo, que el suyo en el caso imaginado. Mirábanse los dos hermanos uno á otro al mismo tiempo, como pidiendo socorro con los ojos, para responder á Miseno. Este, viendo que callaban, fue repitiendo los golpes, qual valeroso guerrero, que apenas clava la espada quando la retira al punto para clavarla de nuevo, y postrar en tierra á su contrario.

23. Reparad bien, dixo Miseno, que los males que preceden al bien que gozamos no le hacen mayor, sino solamente mas sensible; así como la contraposicion realza la hermosura, mas no la aumenta. Para estimar mucho los ojos que teneis, no es necesario que primero os los arranquen. ¿Por ventura los miembros de vuestro cuerpo, que jamas han padecido, no son tan preciosos como los que el cielo

por milagro os hubiera restituido? Confieso que los pasados males dan grande impulso á nuestra alma, y la excitan fuertemente á salir del letargo en que estaba, no advirtiendo los bienes que posee; pero este violento impulso que despierta la atencion no es el que nos hace ricos, lo que hace es, que sintamos mayor gusto en los bienes que poseemos: así como el fuerte golpe del martillo, que abre un cofre, nos manifiesta las riquezas que tenemos en él, sin que de ningun modo las aumente. En esto consiste la importante astucia de la buena filosofia, servirse cada uno de los agenos males para avivar en sí el contento de los bienes propios, cuyo precio no conocia; sin esperar á que nos avisen las desgracias, padecidas en nosotros mismos.

24. Por solo este discurso, sin haber sido ciego ni estropeado, tengo tanto gozo en verme con mis ojos y mis miembros, como si antes los hubiera perdido. De este

modo saco yo de las agenas infelicidades toda la utilidad que sacaria de las propias, y esto con mas alegría; porque no tengo que sentir la pena que me causarian siendo propias. Ved, amigos, si discurro como filósoso, y si es verdad que vos y yo tenemos ahora mayor motivo de alegrarnos que el que tendria Balduino aun en el caso del prodigio.

25. Como una soberbia nave que tendidas todas las velas iba á banderas desplegadas saliendo del puerto burlándose de las fortalezas, pero en el momento en que una bala la rompe el cable maestro arrea luego bandera, reçoge las velas, y humilde se rinde; así lo hizo la Princesa. Yo pensaba, dixo, que pudiera escapar de vuestras razones, mas al fin no puedo resistiros. A vista de esto, hermano mio, es mas rico de lo que creiamos el tesoro de nuestros bienes; porque los infelices son infinitos, y cada uno de ellos se ve oprimido de muchos males. Comparándonos, pues,

con ellos, y viendo que el cielo nos libra de la mayor parte de sus males, nos hallaremos riquísimos de unos bienes que, sin advertirlo, poseíamos. ¿Qué te parece? Creo, respondió el hermano, que ninguna máxima, entre todas las que nos ha enseñado Miseno, nos ofrece mas freqüentes motivos de alegría que ésta.

26. Para mí (replicó el filósofo en tono de oráculo) ninguna es mas propia para afligirnos. Todos calláron á una respuesta tan no esperada, y él continuó diciendo: si el compararme con los infelices me debe alegrar, viéndome sin los males que los afligen; comparándome con los afortunados me habré de entristecer, por haberme negado el cielo los bienes que á ellos les ha concedido. Pues como los felices, que á nuestro lado se levantan, nos arrebatan la atencion con mas razon que los desgraciados, confundidos con el polvo de la tierra; para mil veces que nos comparemos con los mas afortunados,

apenas por una sola entraremos en competencia con los infelices: de lo que se sigue, que para un frio consuelo tendremos mil afliciones que nos penetren el alma. Esto lo dixo Ibrahim con tanta satisfaccion que, paseándose de una parte á otra, le parecia cosa indigna esperar la respuesta. Miseno, no obstante, le dixo con la mayor serenidad:

27. Esas reflexîones juiciosas, Ibrahim, son de grande importancia, porque á fuerza de discurrir se conoce mejor la verdad. Yo no niego que la fortuna de nuestros compañeros quando los eleva con remontado vuelo sobre las nubes, nos lleva la atencion mas que la desgracia de aquellos que debaxo de los pies del vulgo apenas ven el cielo que los cubre. Tambien confieso que el compararnos con los que son mas afortunados que nosotros nos entristece; pero de aquí solo se sigue, que si yo hiciere lo que hacen los demas, estaré triste como ellos; mas si con buena filo-

sofia me compáro solamente con los infelices, ninguno me puede negar que á cada paso hallaré motivos de alegrarme. Decidme, pues: para un afortunado, ¿quántos encontraremos infelices? Luego es evidente que para un motivo de pena que la envidia nos ofrece, la verdadera filosofia, si nos gobernamos por ella, nos descubre mil motivos de contento.

28. Se quedó parado Ibrahim con la solucion que no esperaba; y viendo Miseno que se entibiaba la furia con que el enemigo le habia acometido, fue manejando la espada del discurso con tal destreza y vigor, que se le llevaba por delante sin atreverse á rebatir los golpes, y prosiguió diciendo: ¡qué mal discurrimos, amigo, quando nos comparamos con los afortunados para sacar pena y afliccion! De este modo somos artífices de nuestra tristeza, y siendo ingeniosos para nuestro mal, inventamos trazas para engañarnos, forjando en nuestra imaginacion ideas qui-

méricas, que son en realidad saetas venenosas para herirnos. Reflexionad bien lo que voy á decir.

29. En toda la superficie de la tierra no hay hombre que sea por todos lados feliz; porque los males de tal modo están enlazados con los bienes, que no hallareis felicidad que sea pura: no hay mortal que viva exênto de todos los trabajos. Luego ese objeto de nuestra envidia viene á ser un objeto quimérico, un fantasma imaginario, y un ídolo de la aprehension. Todos nosotros quando nos comparamos con otros mas felices, nos los pintamos dotados de una felicidad exênta de trabajos, cosa que jamas se vió en el mundo; y así, exâminado bien el punto, no envidiamos esos objetos como ellos son en realidad, y tal vez perderiamos mucho en el cambio: lo que envidiamos es lo que en sí no son, ni pueden ser: nosotros envidiamos unos felices sin trabajos, unos ricos sin cuidados, unos poderosos sin susto, unos ilustres sin disgustos, y unos afor-

tunados sin envidiosos: Ved ya como nos atormenta la envidia de unos objetos aparentes y fantásticos.

30. Al contrario sucede con los motivos de consuelo, al ver que el cielo nos libra de muchos males que otros padecen: estos son unos motivos tan verdaderos que se palpan con las manos, y tan freqüentes, que no podemos volver á ninguna parte los ojos sin encontrarlos á millares. Aquí calló Miseno.

31. Ya veis Ibrahim, le dixó la Princesa, porqué ha llevado la Providencia á Miseno por entre tantos trabajos á la filosofia que posee. Murmurad ahora de la Providencia: llamad al tribunal de vuestra imaginacion al Ser supremo. ¿Cómo podria Miseno tomar el gusto á los bienes que posee si no hubiera probado los males de que ahora se ve libre? Todos los trabajos que pasó, y los que vió á otros padecer, son otros tantos incentivos de su alegría, viendo que

la Providencia le libra de ellos. Decid lo que quisiereis, que yo hallo que esta máxima es muy importante para vivir contentos. ¿Qué te parece Conde?

32. Digo, que Miseno tiene sobrada razon para vivir alegre en el estado en que se halla, y que seria ingrato al cielo y á su misma razon si habiéndole la Providencia librado de tantos trabajos, y habiéndole ilustrado la Razon Suprema con tan importante doctrina se entregase, como el resto del vulgo, á una tristeza inconsiderada. Yo mismo, que al principio os condenaba de insensible, os calificaria ya de poco racional, si así no lo hicieseis; porque, ó debeis despreciar la razon, ó despreciar la tristeza, como lo executais. Si á mí me hubiera sucedido lo que por vos ha pasado, no cesaria de cantar las mas alegres alabanzas á la Providencia que por modo tan singular me hubiese conducido á la verdadera filosofia.

33. Se sonrió Miseno, y en to-

no amoroso y afable le dixo: cantad pues ahora, ya que Dios os ha dado sin tantos trabajos, lo que á mí me ha concedido á fuerza de penas. Vos estais libre de los males de que Dios me sacó á mí, y teneis las luces que el cielo me ha dado, pues nada os reservo: luego, si á mí me condenariais viéndome triste quando estoy cercado de los beneficios y luces del cielo, despues de mis trabajos; condenaos á vos, pues teneis mayor motivo de alegraros.

34. Qual toro valiente que escapó del yugo, y corre intrépido con entera libertad por montes y valles, y con la cabeza erguida, rizando la cola se burla de los vallados, y viéndose señor de los caminos y los campos, amenaza á los troncos, embiste contra los vientos y acomete á quantos pretenden atajarle los pasos, pero si ve á su lado la consorte amada, se ablanda, pierde la furia, y permite inclinada la frente que le pongan otra vez al cuello el pesado

yugo; así el Conde se rindió á vista de la verdad, por ser ésta la que únicamente amaba su entendimiento como esposa. Conoció, pues, y confesó que no tenia respuesta que dar.

35. Ya á estas horas empezaba el sol á declinar, y fatigado se apresuraba por llegar á descansar en el cristalino lecho de los mares. Juzgó la Princesa que convendria retirarse, porque se iba obscureciendo el cielo, y por otra parte, no queria fatigar á Ibrahim alargando mas la conferencia, viéndole en grandes ansias, sin poder resistir, y sin querer confesar lo que debiera. Se levantaron, pues, y se despidieron, prometiendo continuar las visitas en los dias siguientes.

36. Quando se iban retirando los tres, se divertia la Princesa pretendiendo obligar á Ibrahim á que dixese su pensamiento sobre la nueva doctrina; pero él lo evitaba con mil expresiones de política. El Conde confesaba ingenuamente es-

tar convencido, y que si su corazon siguiese al entendimiento, nada tendria que le entristeciese; pero que por una infeliz disonancia repugnaba muchas veces el corazon á lo mismo que le persuadia el entendimiento.

37. Entretanto que Miseno enseñaba á sus huéspedes las máxîmas referidas, aquel espíritu infernal que inspira á los mortales la *Tristeza* estaba desesperado por ver que con doctrina tan admirable no solamente perdia la presa del corazon del Conde, en donde tanto tiempo habia habitado, sino que rezelaba que su imperio con semejante exemplar y los consejos de la Princesa, iba á padecer grande ruina. Viendo, pues, que nada se habia conseguido con los lamentos en que prorumpiéron las otras pasiones, sus compañeras, se encaminó á quien pudiese dar á tan evidente peligro pronto remedio, y se presentó al Príncipe de las tinieblas. Oyó este sus quejas, y dando un bramido, como el de mil true-

nos y bombas que á un mismo tiempo rebentasen, hizo venir á su presencia temblando todas las Furias infernales, y salió del consejo por última resolucion, que convenia pereciésen, de qualquier modo que fuese, los nuevos alumnos de la escuela de Miseno, ya que el cielo impedia que se tocase en la vida del héroe; pues aun quando se viesen protegidos de fuerza superior, á lo menos pavorosos y asustados con la vista de los peligros temerian freqüentar la escuela de Miseno, y conseguido esto arrancarian facilmente de los corazones del Conde y de la Princesa las semillas recien plantadas. Así habló el Príncipe de los abismos, y al punto se repartiéron las Furias por todos los puntos del horizonte, y sublevaron contra el Conde y la inocente Princesa todos los elementos, rayos, vientos y lluvias.

38. Ya entonces venian paseando los hijos de la Princesa con sus Ayas, y el paseo se dirigia á encontrarse con su madre. Se habian

venido divirtiendo por la orilla del rio, y estando cerca del puente advirtieron que el viento soplaba cada vez con mayor fuerza, y que empezaban á caer gruesas gotas, que son los anuncios de la tronada. Apresuráron el paso, y se recogieron en un caserío de pastores. Viendo que su madre y su tio iban corriendo á abrigarse debaxo de la copa de un árbol, les diéron voces diciendo, que allí tenian abrigo mas competente: al fin se juntaron todos.

39. Apenas se habian refugiado, quando los vientos furiosos, rompiendo las cadenas con que la naturaleza los sujeta, corrian tan desenfrenados por todos aquellos valles y montes que parecia que habian de arrancar hasta los mismos peñascos. Oían el chasquido con que los árboles mas grandes se quebraban á pesar de lo enorme de sus troncos: otros arrancados de raiz iban por los ayres dando vueltas como si fuesen ligeras plumas. Los rebaños de ovejas que se ve-

nian retirando del pasto, parecian enxambres de abejas, que ya se juntan en grupo en el valle, ó ya se esparcen por las campiñas. Se obscurece de repente el dia, y las horribles nubes que se veían por todos los lados empiezan á encontrarse con furia desesperada: todo era fuego. Los relámpagos encienden el ayre: los trúenos, como si fuesen grandes bombas que rebentaran sobre las cabezas, á todos los tienen aturdidos. El ruido funesto y horroroso parecia que retumbando por las bóvedas del firmamento, y respondiendo el eco mas allá del horizonte, iba á dar aviso en el otro emisferio de lo que en éste sucedia. Ya iban saliendo nuevos exércitos de nubes á socorrer á las compañeras, y reforzándose los enemigos por una y otra parte se enciende mas la batalla. Se cruzan lanzas de fuego por los ayres, y mil saetas perdidas llegan hasta la tierra: aquí cae un pastor herido de un rayo: allí estalla hendido hasta la raiz un altísimo fresno: allá derriba una

centella alguna elevada torre : mas cerca se ven asombrados dos caminantes postrados en tierra medio muertos con solo el susto. Suena en los prados la mosquetería del pedrisco que todo lo arrasa. Ya del ganado, que venia corriendo á recogerse, quedan unas ovejas muertas en el campo, otras heridas, otras embisten con furia por donde estaba la Princesa con los hijos, y por poco no los derriban al suelo. En el caserío, donde estaban, habia grande confusion, porque se oían por un lado bramar los becerros, y balar por otro los corderillos, que aturdidos con el estruendo de la tronada se metian por entre las lanudas ovejas. Allí lloraban los hijos de Sofía, abrazándola por todos lados: allá caían en desmayo las Ayas, y estaba el Conde triste y pensativo. Solo Ibrahim mostraba grande ánimo observando el curso de las nubes, y sacando mil conseqüencias unas de otras acerca de los metéoros, probando con el tono de las escuelas que presto se

acabaria la tronada (1) ; pues era tan abundante la lluvia , que parecia que desquiciándose los cielos, dexaban caer de golpe todas las aguas que allá arriba detenian. Ya poco á poco se fue aclarando el tiempo , y apareció por último la luna.

40. Entonces salieron todos algun tanto recobrados del susto á tiempo que Ibrahim se explayaba explicando al Conde los fenómenos de la atmósfera ; pero Sofía solo cuidaba de animar á sus hijos , que estaban pálidos , haciéndolos reir para que se recobrasen de la pasada afliccion; y hablándoles en el lenguage de la mitologia , que Ibrahim les enseñaba , decia : ¿qué os parece de esta batalla del cielo? Bas-

(1) Cada gota de agua quando llueve, abate y se lleva consigo los vapores que encuentra en el camino. Como no es regular que haya en la atmósfera espacio por donde no pase alguna gotita , por lo menos se sigue que llevándose la grande lluvia los vapores que daban fomento á la nube y á la tronada ; quando ésta descarga en agua abundante cesarán los truenos.

tantes diligencias hizo *Faetonte* por separar y despartir los vientos de la pendencia: yo le ví forcejear para romper por entre las nubes enemigas; mas viendo él que era inútil todo el poder de sus rayos y sus flechas, y que la batalla iba degenerando en tumulto, se retiró del intento, y lleno de miedo fue á esconderse debaxo del horizonte. Ya visteis, hijos, que vino despues la noche, á quien dexó por su ausencia el gobierno de este hemisferio, y que queriendo ésta poner término á la batalla, dexó caer su dilatado manto de tinieblas para ocultar mutuamente los enemigos entre sí; pero se engañó, porque la ceguera iba aumentando la saña y el furor, y se despedian á bulto las saetas. No quiso la luna presentarse hasta ahora al fin de todo: reparad qué pálida está con el susto, y que hasta las estrellas vienen por la curiosidad de ver el campo de batalla, y no obstante que estan tan lejos, miradlas como tiemblan de miedo.

41. Empezaron los hijos á reir con estas festivas alegorías; y ya no se acordaban del pasado susto, quando Ibrahim y el Conde, que se adelantaron, se vieron cortados en el camino, porque la desmedida lluvia habia inundado los caminos, y engruesado tanto los arroyos que no podian pasar. El Conde y la Princesa eran de parecer que se volviesen á la cabaña pastoril á pasar la noche entre las ovejas; pero Ibrahim sentia tanto pasar una mala noche, que solo esta idea le alteraba.

42. Si se dieran oidos á sus discursos, esto era la mayor desgracia que podia suceder á un hombre. Se lamentaba de que Dios tenia de propósito guardadas para él todas las calamidades del mundo, y en la furiosa agitacion acusaba á su indiscreta cortesía en haber intentado la visita de Miseno. Este es, decia, el fruto de las extravagantes doctrinas de ese loco. Ahora se estará riendo su autor por habernos hecho padecer

estos trabajos, que sin duda no estaban preparados para nosotros; y prosiguiendo así su temerario pensamiento porfiaba en volver á casa, no obstante que veía que la Princesa con toda su familia se retiraban á pedir abrigo á los pastores.

43. No quiso Sofía que sus hijos tomasen el mal exemplo de su maestro, ni considerasen de este modo las incomodidades de la vida; y en tanto que los pastores preparaban confusos algun alimento para sus huéspedes, estaba la Princesa dando á sus hijos otro sustento mas importante.

44. ¡Ay hijos mios, les decia, qué desgraciado es el que siempre se compara con los que son mas felices! Ibrahim solamente tiene en su pensamiento á los que esta noche dormirán en pluma blanda, baxo preciosas colgaduras, habiéndose regalado antes con una abundante y delicada cena. Es preciso que este hombre porfiado padezca mucho con esta considera-

cion, y aun dudo que llegue á casa. ¡Quánto mejor le seria compararse con estos pobres pastores que tenemos á la vista, todos encharcados en agua, afligidos con la pérdida del ganado y la ruina de sus campos! Entonces precisamente se consolaria. Sabed, hijos mios, que los Monarcas sentados en tronos de marfil esmaltado de oro: nosotros en almohadas de terciopelo, y estos pobres pastores tendidos sobre haces de paja, todos somos iguales. No hay mas diferencia sino que la Providencia siempre les negó á ellos estos regalos, y á nosotros solamente esta vez nos los ha quitado. Hoy pasaremos la noche como ellos la han pasado toda la vida, lo que nos será muy útil para saber de quanto nos ha librado Dios.

45. Pero estos (replicó el Conde, algun tanto afligido) á fuerza de padecer incomodidades están ya acostumbrados: nosotros es preciso que lo sintamos mucho, siendo esta la primera vez. Pues yo pe-

diré á Dios, dixo la hermana, que de aquí adelante nos acostumbre, y no tendrémos de que quejarnos. Eso no, respondió, como resintiéndose y arrepentido de lo que habia dicho. En esto les presentáron los pastores fresca nata, queso tierno, y abundante leche, manjares que sazonados con el hambre les pareciéron muy delicados.

46. Entretanto Ibrahim, que con trabajo habia pasado algunos arroyos, se vió absolutamente detenido en la ribera del rio, que saliendo furiosamente de sus límites, le habia cortado el paso. Quiso entónces retroceder, pero ya no podia, porque habian crecido los arroyos por donde ántes habia pasado. Bramaba en tal aprieto, pero no habia quien le oyese: vuelve otra vez la tronada, se deshacen en agua las nubes, y no tiene el infeliz refugio alguno: las tinieblas, los uracanes y el ruido de las olas hacian el mas horroroso espectáculo, y su impaciencia y desesperacion formaban en su alma un interior in-

fierno. Tiritaba de frio: echa por uno y otro lado: aquí resbala, allí casi se ahoga, allá se entierra en el lodo, hasta que trepando por una roca descarnada llegó á la concavidad de una peña en donde pasó la noche medio muerto con la rabia, la ira, la desesperacion y el frio. Entónces, aunque tarde, se arrepentia de su excesiva delicadez, y confesaba que por querer evitar una pequeña incomodidad habia parado en tantas: ya se le representaba sumamente deliciosa la cabaña de los pastores que habia despreciado, y lo mismo que reputaba por horrible calamidad, á que la Providencia le habia injustamente condenado, lo conocia por un delicioso presente de la misma Providencia que él desmereció por su delicadeza demasiada. No obstante volvia poco despues á su desesperacion y rabia, y á blasfemar contra Miseno, que, segun su imaginacion, tenia la culpa de todo: como si su inocente doctrina fuese la que habia soltado las cataratas

del cielo, desenfrenado los vientos, ó inundado los campos; ó como si le hubiera endurecido la cabeza para no seguir la prudente resolucion de Sofía y del Conde.

47. Ya el cansancio habia preparado en la cabaña pastoril de tal modo las camas de heno para la Princesa y su familia, que les pareciéron deliciosas y blandas. El sueño ó *Morfeo*, como le llaman los poetas, que por muchos años residia en aquel lugar, no hizo diferencia de personas: á todos sujetó igualmente en sus lazos suaves, y les dió á gustar por algunas horas el delicioso nectar. Ya en fin los desató, segun su costumbre, al apuntar la aurora en el horizonte. Estaba éste muy limpio y despejado, compensándose con la hermosura del dia la tenebrosa noche que habian pasado. Ya los caminos estaban desembarazados, y saliendo los honrados huéspedes de la cabaña, encontráron á corta distancia á Ibrahim casi muerto, por lo que habia padecido. Dispuso la

Princesa que al punto le llevasen á casa: siguiéronle con paso cuidadóso las Ayas, entretanto que ella, al paso lento de sus hijos, se retiraba hablándoles de este modo:

48. Ya veis, hijos mios, verificado lo que yo os tenia dicho. Vuestro nacimiento ilustre no os liberta de ser hombres: es preciso que teniendo nosotros la misma naturaleza que el resto del género humano, suframos las cargas, y paguemos el tributo que á todos nos impuso el Supremo Monarca. El que mas se resista á pagarle, tendrá mas trabajo, porque le arrancarán, á fuerza de castigos, lo que debiera pagar voluntario. El ave que hace mayores esfuerzos por librarse del lazo, mas presto se ahorca en él. Quanto mas impacientes llevemos arrastrando la carga que tenemos atada con nudos indisolubles, tanto mas nos impide y mortifica. Suframos, pues, con gusto lo que por necesidad hemos de llevar, y así padeceremos ménos: imitadme á mí, cuyo sexô, nacimien-

to y calidad me hacen mas delicada que á vosotros: no imiteis á Ibrahim, á quien la soberbia hizo creer ser de otra masa que el comun de los hombres. Comparaos siempre con los que padecen mas miserias que vosotros, y vivireis alegres. La inconstante fortuna, que de otro modo os traeria tristes, os será sumamente gustosa si seguis este consejo. Quiero que fixeis en la memoria esta doctrina con un simil que os voy á proponer. El cerro que el soberbio Olimpo desprecia por pequeño teniéndole á sus pies, como primera grada de su trono, os parecerá un monte que toca con su cumbre en las nubes, si os poneis en el humilde valle á considerar su grandeza. Así, pues, no considereis vuestra felicidad en este mundo, tal qual sea, mirándola desde un lugar imaginario, ó mucho mas eminente; porque entónces os parecerá muy pequeña: consideradla en otro aspecto: proponeos la idea de un estado abatido, lleno de miserias y trabajos, y

vereis entónces que vuestro estado os parece felicísimo. En estos y otros discursos iban continuando su camino.



EL FELIZ.

LIBRO DECIMO.

ARGUMENTO

DEL LIBRO DECIMO.

Inundacion del palacio de la Princesa. Lamentos de las criadas, y desesperacion de Ibrabim por los estragos de esta inundacion. La Princesa muy conforme reprime las blasfemias del falso filósofo, y le prueba que él debe á Dios la conservacion de su vida por medio de aquel trabajo. Acometen al Conde las pasiones desenfrenadas, y ya iba á quitarse la vida. Llega Polidoro, que venia á visitarle, y le contiene: le lleva consigo á casa de la Princesa, y ésta para renovar las ideas de la doctrina de Miseno, dispone un concierto de música, en el que se cantáron las máximas del Héroe en seis arias. Las Furias infernales se juntan á deliberar, y salen á desterrar la buena doctrina. Entra la Pusilanimidad *tentando á Miseno, y al fin queda vencida.*



Una luz del Cielo disipa la tristeza que intentó oprimir el corazon de Miseno.

LIBRO X.

1. Abre los ayres el rayo con indecible prontitud: no con menor velocidad habia salido de noche furioso de los abismos el *Espíritu de las tinieblas*, al ver que la prudente Princesa y el Conde escapaban de la muerte, triunfando de las inferiores Furias que inútilmente habian perturbado los elementos. Llega, pues, y derriba todos los diques con que la industria humana suele reprimir las aguas de los rios; y sepultando en un pesàdísimo sueño á los criados de la Princesa, desata los vientos, y todo lo revuelve con un repentino huracan para inundar su palacio. Ya los jardines estan hechos un lago, entra el torrente en las casas, nadan los preciosos muebles, perece en los establos el ganado: los que pueden salvarse escapan por las ventanas, y algunos juntando el

sueño con la muerte, acaban sin remedio en sus camas. Cada vez entra el rio con mas furia recibiendo por todas partes caudalosos arroyos que el diluvio de la noche habia juntado, y saliendo de madre, convierte los campos en mar, y el palacio parece una isla.

2. En este estado le halló Ibrahim quando llegó acompañado de las Ayas, ya recobrado algun tanto con los auxîlios que en el camino le habian solícitas procurado: ve, y se pasma de los estragos. Los lamentos de las criadas hacian bella consonancia con su ánimo desesperado: de todo, decia Ibrahim, es la causa aquel loco, por cuyo motivo han sucedido semejantes infelicidades.

3. Quando la Princesa llegaba cerca de su casa se vió acometida al mismo tiempo por todas las criadas, que espavoridas, poniendo las manos en la cabeza, y lamentándose, anunciaban la mas desgraciada novedad: se estorbaban

unas á otras, con el ridículo empeño de ser cada una la primera que diese la funesta noticia. Se asustan el hermano y los niños: todo era alharidos, confusion y clamores, y fatigándose la Princesa en preguntar qué era lo que habia de nuevo, no recibia otra respuesta, sino que todo estaba perdido. Llegó á ver con sus propios ojos el estrago; y acudió luego Ibrahim con sus importunos discursos lamentando la pérdida de sus libros y manuscritos, fatiga de tantos años, fruto de muchos estudios, y partos de su ingenio: sin moderar el natural sentimiento acusaba su infelicísima desgracia, diciendo que Dios le habia criado para ser la burla de la fortuna, la irrision de los hados, y el blanco de todas las desventuras: que mas valiera que no le hubiese dado la vida para verse en ella tan perseguido: que contra él estaba el Universo conjurado, que los cielos con grande cólera, los elementos en desórden, y los abismos furibundos ha-

bian tomado por empresa su perdicion. Acompañaba el semblante á los movimientos de su corazon desesperado : en su fisonomía estaba pintada la furia : parecia que se le saltaban los ojos : en un instante se volvía á las quatro partes del mundo, y no podia acabar un periodo sin interrumpirle con otro; siendo su palabra mas favorita : *soy desgraciado* : mas han podido los hados que la justicia : nada valen para con la Providencia los méritos. En el curso ciego de la naturaleza, decia, se le envuelve al sabio con los brutos, y á los que consultan las estrellas con los que caban la tierra. Dios descansa en su felicidad al són de nuestras quejas, lleno de infinita gloria ; pero sin moverse por lo que acá padecen los demas. En estas blasfemias exclamaba sin que la razon pusiese freno á su lengua.

4. Aquí le detuvo la Princesa, diciendo con ayre de Señora y con una ironía que le sirviese de castigo : por cierto, Ibrahim, que el

Supremo Gobèrnador de cielo y tierra, ha sido con vos injusto. Sabiendo qùe teniais en vuestro gabinete manuscritos tan preciosos, debiera haber violentado la leyes de la naturaleza, para que los respetasen todos los elementos. Mal ha hecho en salvar la vida del autor, dexando perecer sus obras: tal vez hubiera sido mejor trocar las manos por salvar semejantes preciosidades. Abrid los ojos, y no os quejeis de Miseno, pues le debeis la vida: si la curiosidad no os hubiera sacado de casa, si las lluvias no os hubieran cortado el paso al retiraros, ¿estariais muy descansado al amanecer en vuestra cama, quando las lluvias entráron de repente en el palacio, y la cubriéron toda, ahogando á los que estaban en las circunstancias mismas en que vos sin duda estariais? ¿No veis, Ibrahim, que la muerte disparando sus envenenadas flechas, habia apuntado á vuestra cabeza, y qùe la Providencia no quiso que estuvieseis en la cama, blanco de

la puntería, para que en ella se empleasen los tiros que se dirigian á la persona? Es cierto que teneis de que quejaros. Si vuestro Profeta Mahoma tiene de la Providencia las indignas ideas que se dexan ver en vuestras quejas, mucho mas acertado y respetuoso es el concepto que nos enseña nuestra religion del Ser Supremo. ¿Quánto mas racional discurso es, contar por beneficio singular de la Providencia que quisiese velar de tal modo, y mirar por nuestro bien, y que nos estuviese salvando la vida, tal vez quando estaria murmurando de ella á la sordina nuestro corazon? ¿Quién os diria, hijos mios, esta madrugada, quando vuestros miembros frios y cansados se quejaban de la dureza de la cama: quién os diria que estábamos entónces recibiendo de la Divina mano una nueva vida, pues ya en esta hora hubieramos perdido la primera, á no haber sucedido un tan amoroso lance de la Providencia; porque si la mano benéfica de Dios no dispusiera que

pasaseis esta noche en la cabaña de los pastores, sin duda hubierais perecido en vuestras camas.

5. El ayre de desagrado con que la Princesa respondió á Ibrahim, le dexó confuso y mudo. Viendo ya que poco á poco se iba retirando el rio, mandó que se dispusiese en los quartos superiores é intactos camas para todos, y una pieza decente para Ibrahim; y entretanto que iba á consolar á los afligidos, remediar los daños, y providenciar para lo futuro, el Conde para dexarla libre fue á buscar á Polidoro, que no estaba muy distante.

6. Aquí esperaban al Conde todas las pasiones que le habian dominado, para asaltarle viendole solo, y sin esperanza de auxîlio. La *Tristeza*, que por muchos años habia residido en su corazon, cuidadosa ahora por ver que se le iba escapando la presa, le acometió con la mayor furia, y entró con su hija la *Desesperacion*, acompañada del *Error*, á ofuscarle el entendimien-

to. Pierde el Conde el tino, viéndose emboscado en una espesa selva, anda, y desanda: todos los espectros horribles se le ofrecen á su imaginacion confusa y enferma. La negra *Melancolía* derrama la mas amarga hiel en su herido corazon: se retira la luz de la razòn natural, la *Impaciencia* le inquieta, la *Desconfianza* le desanima. ¿Qué ha de ser de mí? decia con angustia desesperada. Ya va corriendo ácia un lado, y le intimida una horrible gruta: ya vuelve á la parte opuesta, y la *desconfianza* le hacia creer que iba perdido, tal vez quando estaba cerca del camino real. Clama en medio de aquel bosque, y engañado con sus mismos ecos, juzga que le hablan: quanto mas se cansa por llegar al lugar de donde le parecia venir las voces, tanto mas le faltan éstas, porque el eco no responde á los que le hablan de cerca. Desfallece, pues, y se dexa caer en tierra con la mas profunda hipocondria. Entónces el Espíritu del

Error, con ocasion tan oportuna, le dixo en lo interior del alma: ¡ves ya que no hay fuerza que pueda resistir á los hados! Infeliz naciste, y has de acabar infeliz á pesar de tu filosofia. Vengan ahora los discursos de Miseno á sacarte de las uñas de la *Desgracia*, que te tiene enredado en ese laberinto de que no puedes salir. De tí se venga la *Suerte*, porque las estrellas la han dado derecho sobre tu vida: quanto mas pretendas eludir sus golpes, te perseguirá con mayor furia. Escapaste de la muerte en el naufragio doméstico, y ahora naufragarás entre estos árboles. ¡Desgraciado Conde! Ya ves la loca confianza de ese hombre que tanto te ha llenado la cabeza, para que te imagines feliz en el centro de la mayor infelicidad. Ya se ha completado el tiempo, ya se acabáron tus dias, y si tu muerte ha de ser cruel á discrecion de las fieras, mas vale que sea suave en la heroyca resolucion de un valeroso brazo que dé á entender que no la teme. Sabe que ya toda tu vida

ha de ser triste : acaba pues tus dias para que se acaben tus tormentos. No debe perecer tu noble corazon como pereceria un vil animal, rendido á la voracidad de las fieras. Triunfa pues de la Desgracia ántes que ella triunfe de tí, y da generosamente lo que te han de quitar con tiranía. Dígase que el Conde de Moravia despreció heroycamente la vida, como la desprecian las almas grandes, por no ser el juguete de los hados; y pues la Providencia Suprema ofende á tu nacimiento envolviéndote en las comunes desgracias, hazte á tí mismo justicia, retirándote como héroe del teatro en que te ha hecho representar un papel tan indigno. Anda, y precipítate de la punta de aquella roca: para esto basta un simple querer: no temas que flaquee el brazo en medio del golpe, pues una vez que te arrojes, será inútil el arrepentimiento, ó seria un arrepentimiento que de nada te sirviese sino para multiplicar tus angustias.

7. Ya la *Muerte*, que oía estos

funestos consejos, salia del infernal abismo á recibir la presa que la destinaban: se apresuraban tambien el *Furor* y la *Desesperacion* á completar el sacrificio que la iban á consagrar. Entra pues el *Furor* dando garrote á aquella alma en que tenia clavadas sus garras sangrientas: iba el Conde dando pasos impetuosos y desesperados: sus ojos confundian la luz del cielo con las sombras infernales; ni sabe á donde se dirige, ni en donde pone los pies: he aquí que llega Polidoro, á quien la fama habia contado los peligros de la Princesa y su familia, quando ya iba el Conde á executar sus intentos. Venia Polidoro cuidadoso atravesando á galope el bosque, quando vió de repente al Conde, y se detuvo; pero la figura demudada, y la novedad de la situacion le hacian dudar si le veia. Cierto ayre furioso, lo melancólico del semblante, el color pálido, los ojos denegridos: el paso, unas veces lento, otras furibundo, daban á Polidoro sospechas de que el Con-

de habia perdido el juicio : observó que se encaminaba á lo alto de una descarnada roca, que estaba sobre un precipicio; y picando el brioso bruto, corre como si volara con las alas de los vientos, y se arroja delante de él para estorbarle. Le abraza, y le da el parabien de verle con vida quando le lloraba con toda su familia ahogado. Entónces el Conde, como si despertara de un profundo sueño, ó volviese á su acuerdo de un frenesí, reconoció á su amigo; y aturdido, con voz trémula y como parado, correspondió con frialdad á las excesivas demostraciones de gozo : volviéronse los dos juntos á casa para ir á ver la Princesa. Venia el Conde avergonzado, y Polidoro confuso; pero se presentáron, el uno rebosando gozo, el otro medio muerto de tristeza.

8. Llegando al palacio salió á verlos la Princesa, y eran muy pocas las expresiones para explicar cada uno lo que queria decir. Por los discursos de Polidoro, y las re-

presentaciones de Sofía, fué conociendo el Conde el peligro de que habia escapado de perder la vida, que entónces le parecia muy preciosa, y tanto mas preciosa por habérsele concedido por beneficio especial de la mano Suprema. Tambien se acordaba del riesgo en que habia estado en el bosque, y no acababa de admirar la providencia con que Dios le habia librado de perderse. Entónces, ya mas alegre y desahogado, decia: si tantas veces me concede el cielo la vida quantas me libra de la muerte, hoy debo contar tres vidas, porque me veo libre de morir ahogado en mi propia cama, ó despedazado de las fieras en el bosque, ó precipitado en los abismos por mi negra y furiosa melancolía. Ahora me pasma el ver que poco tiempo es suficiente para caer un hombre en el último desatino si se dexa llevar de la tristeza. Salí de casa contento, dando gracias al cielo de no haber perecido; y me ví poco despues tan perdido de melancolía, que si vos, ó

Polidoro, no os apareceis, dentro de un instante estaria hecho pedazos.

9. Quando el corazon va á caer, dixo Polidoro, no conviene darle rienda, porque si llega á postrarse, todo se desconcierta y descompone: el peso de los males le oprime, los fuertes movimientos le hieren, un nada le embaraza, y á sí mismo se ofende: revolviéndose con agitada rotacion nada ve; y así cayendo de precipicio en precipicio se despeña en un abismo, y queda en él despedazado; pero todos estos males se remedian con el cuidado de llevar en la mano la rienda, quando se advierte que el ánimo empieza á tropezar en la tristeza. Libraos, amigo, de esta maldita pasion. La prudente Señora, que oia el peligro del Conde, se afligió sumamente conociendo que no estaba curado de su enfermedad; y revolviendo en su entendimiento varios medios para su curacion, pesados bien todos, vió que absolutamente convenia buscar alguno para conservar

muy impresas en la memoria las doctrinas de Miseno. La medicina de suyo era un poco ingrata al corazon triste, mas procuró con sagacidad dulcificar el remedio para que atraido el Conde de la suavidad continuase en su saludable uso. Previno pues para aquella noche un concierto de música, queriendo recrear los ánimos afligidos con las pasadas incomodidades, y dar al mismo tiempo en esta recreacion al Conde y á sus hijos un preservativo de los males que ya el uno padecia, y podian amenazar á los otros.

10. Toda la tarde los entretuvo con el juego, pretendiendo con esta distraccion inocente desterrar de sus corazones toda perturbacion para que no impidiese el efecto del remedio que les preparaba. Como la hermosa Luna, que preside á la tierra en ausencia del Sol, y sin apartar los ojos de él, toda la luz que recibe de tan brillante astro, la vuelve fielmente hácia el mundo para ilustrarle de nuevo; así la Princesa en ausencia de Miseno, toda

la luz de doctrina que de éste habia recibido, como si fuese luz propia, la comunicaba al hermano y á los hijos en ciertas arias de música para fixar en sus memorias un epílogo de la doctrina que de este admirable hombre habia recibido.

11. Llegó la noche, y teniéndolo todo la Princesa preparado ya con arte, mandó tocar varios instrumentos, y dixo despues á Eucalia, que era el Aya mas querida, que cantase; lo que executó con admirable voz y ciencia diciendo:

ARIA I.

Quando el Sol en el golfo resplandece,
otro Sol cada ola nos presenta:
su retrato divino Dios ostenta
en cada alma que dócil se le ofrece.
¿Quién duda que teniendo
su bondad retratada
la alma, de Dios guiada,
está en felicidad?
¿Podrá negar á esta alma
la paz que da á los brutos
quando sus atributos
en ella ve brillar?

Ninguno esperaba esta graciosa travesura de la Princesa, para inculcar en los ánimos de la asamblea con indelebles caracteres las máxîmas de Miseno, sobre que no es posible en la vida alegría verdadera. Conocia ella bien el poder particular de la poesía y música juntas para encantar al alma, y que este era el modo mas suave y eficaz de hacer que el salutífero remedio pasase á lo íntimo del corazon. Fué general el efecto que hizo en toda la asamblea. Èl Conde saltaba de alegría, Polidoro estaba suspenso, Ibrahim penetrado de la fuerza de las sentencias, bien que retardado de sus preocupaciones, manifestaba en los inquietos movimientos la confusion de su alma, como quien se hallaba entre el *sí* y el *no*, sin acertar á determinarse. Todo lo penetraba Sofía por el semblante, y qual diligente cazadora que viendo herida una corza con la primera saeta, ántes que se recobre y se escape entrándose en la espesura del bosque, saca otra del

aljaba, encorva el arco, y la despide resonando por los ayres; así lo executó la prudente Señora. Mandó que Zarina, otra de sus Damas, cantase sin detenerse el papel que la pertenecia: ésta lo hizo compensando con el gusto de la música, y lo vivo y animado de la expresion, lo que la faltaba en la voz, y se concilió el agrado de la asamblea diciendo así:

ARIA II.

Si un alma el Criador, tan deseosa
nos dió de estar contenta, que suspira
por la dulce alegría, y no respira
mas ansias que el llegar á ser dichosa.
Aspirar al contento
Dios me da: no es creible
que lo que es imposible
me infunda apetecer.
No tiene cruel gusto
ni en su bondad se fragua
que quando niega el agua
me quiera dar la sed.

Pidió Polidoro con tanta eficacia que esta aria se repitiese, que Za-

rina, acabado el retornelo, obedeció excediéndose á sí misma; animada con el gusto que advertia en los asistentes; y aunque la letra era la misma, dió nuevo golpe en los ánimos de los que la oian. Pidió Polidoro el papel, le leyó, reflexîonó, y quiso oir el parecer de Ibrahim; el que, como no estaba preparado para este género de disputa, ó sincera ó políticamente todo lo aprobaba. Respiraba el Conde viendo rendido á las doctrinas de Miseno al antagonista; y ántes que pasase adelante la diversion, preguntó la Princesa si eran de su aprobacion las máxîmas de la letra. Todos las aprobáron con urbanidad, y continuó de este modo:

12. Luego, siendo cierto que en esta vida es posible la verdadera alegría, y que desesperar de conseguirla es efecto de la ignorancia ó de la pereza, conviene para no trabajar en vano saber como se podrá alcanzar. Ya nos va á decir Eucalia sobre este punto alguna verdad importante. Empezáron

los músicos el retornelo, y Eucalia dixo así:

ARIA III.

La suerte que feliz me es destinada
¿quién me la impedirá, quando empeñado
el mundo contra mí seria burlado,
pues sus fuerzas no pueden hacer nada?
Las riendas rige Dios: no hay tan valiente
brazo que venza al brazo Omnipotente.
En mí no tienen parte
la fortuna ó los hados,
que á nadie sus cuidados
da Dios por descansar.
No es Dios que necesita
falsas divinidades,
que las felicidades
no dan ni pueden dar.

El palmoteo dió testimonio general de la aprobacion de todos. Ibrahim estaba absorto en la meditacion de estas verdades, y hecho el blanco de los ojos de todos, como que era el mas duro y dificil de rendirse á las máxîmas de Miseno. Acordándose la Princesa de lo que habia oido, amplió con toda energía este

argumento mientras los músicos descansaban.

13. Alegaba el Cónde las mismas dificultades que habia propuesto á Miseno, y la hermana iba declarando las respuestas; pero Ibrahim mudo, atento y circunspecto dexaba con su silencio todo el lugar á la reflexîon de Polidoro, y á la conviccion de su juicio, como qûe no estaba preocupado; y confesó por conclusion ser verdad infalible que ni las criaturas sin nosotros, ni los hados pueden impedirnos la felicidad. Hecha esta suposicion, Zarina quando llegó su turno, dixo con igual gracia, y con mayor despejo que la primera vez la siguiente aria.

ARIA IV.

Si me dexo guiar del Ser Supremo
iré á estado feliz, y nada temo:
honra es del Criador que le consiga:
su bondad esencial es quien le obliga:
á la fiel criatura que padece
aun en el mismo mal el bien la ofrece.
No rezelo que abuse
de aquella confianza
que fixa mi esperanza,
porque Dios no es cruel.
Su infinita riqueza
para sí el bien no quita,
pues nada necesita
en su dichoso Ser.

Habia oido el Conde de la boca de Miseno estas mismas máximas; pero, bien fuese que la melodía de la música habia ablandado su corazon para que mas fácilmente se le imprimiesen, ó bien que la armonía que observaban todas juntas hiciese mas encantador este sistema, es cierto que se sentia mucho mas convencido.

14. Entónces rompiendo Ibra-

him el profundo silencio en que habia estado, confesó claramente que era de suma evidencia la máxîma que acababan de cantar; y la Princesa reuniendo quanto la habian concedido, declaraba que si ni los hados, ni las criaturas, ni la bondad de Dios podian privarnos de la suerte feliz á que aspira el humano corazon, de solos nosotros pende nuestra suerte, bien que con el auxîlio del cielo; y que así los infelices se debian quejar de sí propios, y no de la Providencia. Aquí se resistia Polidoro, y era un gusto ver á la Princesa manejar con suma gracia y destreza las arias que se habian cantado; de forma, que por qualquiera parte que Polidoro queria salir, se hallaba enredado en el lazo que diestramente le habia armado. Oponia Polidoro los contínuos trabajos en que se hallan envueltos los mortales rodando de unos en otros, hasta caer en la sepultura: la Princesa, como bien instruida por Miseno, le decia: que no era lo mismo trabajos que infelicidades:

que aunque el remedio y la enfermedad afligen, hay mucha diferencia entre remedio y enfermedad, y que tanto mas precioso es el remedio, aunque nos parezca amargo y triste, quanto la salud es mas gustosa y estimable; y pidiendo licencia para rematar el concierto con las dos arias que á ella la pertenecian, prometió á Polidoro que le habia de quitar el horror á los trabajos, y dixo así:

ARIA V.

El gran Dios que gobierna á los mortales
distribuye los bienes en los males;
y en el mal que sucede á los humanos
miran al bien sus fines soberanos.
Yo soy del mal ageno compasiva:
no es la piedad de Dios menos activa.
Si el dolor por un lado
objeto es horroroso,
por otro le veo hermoso
y en él mi bien está.
Procuraré mirarle
por donde el bien parece,
que al necio no se ofrece,
y así me alegraré.

Bien se advirtió en los movimientos de Ibrahim que se le ofrecia mucho que hablar sobre las sentencias de esta aria, pero le detenia el respeto. Lo notó la Princesa, y respondiéndole con los ojos llenos de urbanidad y agrado, le dió á entender, que concluida la música le respondería. Polidoro, bien fuese por sincera conviccion del entendimiento, ó por lisongera cortesía, dixo que no habia resistencia al argumento que habia hecho la Princesa; y como un amante que se vé por casualidad en la caza herido de su adorada dama, besa mil veces la saeta con que le hiriéron; así Polidoro volvia y revolvia á las palabras del aria que la Princesa habia cantado, hallando cada vez nueva fuerza en su atenta estimacion, y confesó gloriosamente que del todo le habian penetrado.

15. Despreciaba Sofía con arte y con agrado quanto traía señales de lisonja, porque solo pretendia convencer con seriedad el juicio, y remató con la última máxima de

los beneficios negativos, exponiéndola de este modo:

ARIA VI.

Con sabia mano, ó Criador, mixturas
con los trabajos bienes que repartes.
Si miro al rededor las criaturas,
penas y angustias veo en muchas partes
que padecer pudiera, y no padezco;
conozco el beneficio y te le ofrezco.
Por beneficio cuento,
para dar á Dios gracias,
ver en otros desgracias
de que á mí me libró.
Nuevas miserias veo
llorarse cada dia,
y anima mi alegría
no padecerlas yo.

Todos pedian la repeticion de esta última aria; y la Princesa juntó con la melodía del estilo nuevo espíritu, nueva alma y nueva gracia, segun pedia la inteligencia de los pensamientos, y la energía de las palabras que ella misma habia compuesto. Qual águila valiente, que arrebatando la presa, y le-

vantándola por los ayres, se ve señora de llevarla á donde quiera, sin que la puedan resistir; así la Princesa habia arrebatado los ánimos, dexándolos como extáticos con la suavidad del canto para persuadir sin resistencia las importantes máximas.

16. Siguióse un bellísimo concierto de instrumentos por remate de la diversion. La Princesa, el Conde y Polidoro, quisieron oir de la boca de Ibrahim sus dificultades; pero bien fuese política ó flaqueza, no se atrevió á combatir con tales contendedores: solamente dixo, que unas máxîmas de tanto peso pedian reflexîon madura; y que despues de haberlas meditado con atencion diria su parecer imparcialmente y sin lisonja. Entretanto recogia Polidoro todos los papeles que se habian cantado queriendo copiar las letras.

17. En aquel mismo dia, alborotadas las Furias infernales, se habian juntado en las subterráneas cavernas. Llegó desalentado el es-

píritu del *Error* por no haber salido bien con la empresa que le habian encargado. A vista de que la *Verdad* logró su triunfo, se lamentaba de que esta divinidad, perpetua enemiga suya, hacia cada dia nuevas conquistas, pues ya entonces se la habian rendido la Princesa, Polidoro, el Conde, y los inocentes sobrinos: que en vano seria esperar vencerlos, porque tenian profundamente radicadas las máxîmas de la verdad: que por último esfuerzo habia llamado en su socorro á la *Tristeza*, que es la mas violenta pasion que se conoce en todos los dominios infernales, y quando con su hija la *Desesperacion* estaba para conseguir la victoria mas completa, el *Destino* las habia arrançado la presa de las manos, como podian testificar estas dos Furias. Saliendo aquí la *Desesperacion* furiosamente de la concavidad de una profunda caverna, en donde se habia escondido avergonzada, se presentó en el conciliábulo dando ahullidos tan horribles

que se estremecieron las montañas, y se paráron de repente las negras aguas del Cocíto. Ya se arrojaba al suelo, ya se levantaba rabiosa, mordiéndose con los ferinos dientes, y arrancando de su cabeza las culebras, que son sus estimados cabellos. Apenas formaba periodo, que no interrumpiese con lamentos: salian las palabras de su boca envueltas en bramidos que asustaban aun á las demas pasiones menos furiosas: por último, hizo relacion del precipicio á que ella y el *Error* habian reducido al Conde; pero que otro superior poder gobernó los sucesos de modo que todo se desvaneció.

18. Oyen esto las Furias congregadas, y qual ardiente bomba que volando por los ayres rebienta despidiendo al rededor millares de cascos como rayos; así salieron de los subterráneos abismos mil Furias destinadas á impedir los intentos de Miseno. Parte á Polonia la *Política*: va la *Ambicion* á Moravia y á la familia del Conde: el

Amor de cierta belleza disfrazada fue á varias partes: la *Soberbia* al corazon de Ibrahim: la *Condescendencia* al de la Princesa: la *Adulacion* al de Polidoro: la *Pusilanimidad* y la *Tristeza* al de Miseno. La *Desesperacion*, la *Inconstancia* y la *falsa Alegría* al del Conde; dándose todas la mano para impedir que siguiesen los dictámenes de la verdadera filosofia.

19. Muy descuidado se hallaba Miseno en el retiro de su cabaña descansando de la fatiga del trabajo, quando se vió sobresaltado de la *Pusilanimidad*. Sentia en sí el temor, sin saber de qué temia: le agitaban mil confusas ideas, tan mezcladas entre sí, que no podia distinguirlas. En esta nocturna confusion le dice una voz interna que se le preparan grandes trabajos, si no desiste de la empresa de comunicar á los demas las máxîmas de su filosofia, y de destruir de este modo el reyno de las pasiones y los vicios. Ya quando tú eras pastor (le decia secretamente el espíritu de la

Pusilanimidad) ya quando tú eras pastor te perdió esa filosofia, y si hubieras guardado para tí tus consejos, todavía gozarias las suavísimas delicias de aquella inocente paz. Alexo te descubrió por la fama, y bien sabes quantos trabajos te se siguieron. Trata, pues, de ser prudente como lo piden tus años y experiencias; y ya que la Providencia te ha traído á una vida retirada, retírate de caballeros, retírate de Príncipes, retírate de filósofos: todos estos van á publicar por el mundo que vives aquí; y no dexarán de inquietarte, ya con las nuevas revoluciones de Polonia, ya por otros mil sucesos que lo futuro te oculta. ¿Qué fruto podrás sacar de un mancebo que jamas ha buscado sino las diversiones, sin aplicarse nunca á conocer la verdad? Si la Providencia y el cariño de su hermana, Princesa de tanto juicio, no le han reducido, ¿qué conseguirás tú, pobre, viejo, austéro y extraño? Quando te lleve el deseo de hacer bien, bastantes

dictámenes le has dado : reserva los demas para tí, ó para quien sepa estimarlos y ponerlos en práctica. Discurran sobre lo que les has dicho, síganlo, y serán felices : si no abrazan tus avisos, quéjense de si. Ademas de esto, bien conoces tú como tratan los grandes á los que están en baxa fortuna : los miran solamente como instrumentos de sus voluntades ; y así los toman en las manos miéntras les sirven, y en dexando de servir los arrojan. De aquí á dos dias serás tú el ludibrio de su mal humor, la fábula de sus conversaciones, y la risa de sus amigos. Ya se conoce quanto buscan su interes, pues no obstante la promesa, no han venido hoy á visitarte : bien ves que la menor diversion los distrae. Atiende, pues, á tu sosiego, y ya que el cielo no te ha puesto á presidir á los demas, vive para tí solo ; y si no buscas las criaturas para tu bien, no las consientas para tu mal. Así hablaba interiormente á Miseno el espíritu de la *Pusilanimidad.* Pero

el héroe reparó, que su entendimiento estaba ofuscado, que su corazon inquieto le palpitaba con fuerza extraordinaria, y que su ánimo ya no era como hasta allí el asiento de la paz. Entonces cerrando de golpe la puerta á todo discurso, reservó para otro tiempo el exámen de la causa, y recurrió al cielo, de donde siempre le venia la luz y la fortaleza.

20. Vino en fin la siguiente aurora, y al paso que el cielo se iba bañando de luz matutina, su alma se sentia mas desahogada. Salió á su trabajo; y cantando, segun su costumbre, alababa con los astros de la luz al Autor que los habia criado. Estaba mas bella que nunca la estrella de la mañana, y recibiendo toda la naturaleza sus benignos influxos, parece que saltaba de alegría. Entónces un rayo de luz celestial ilustró la mente de Miseno, y se dixo á sí mismo: ¿qué es lo que ayer tanto te turbaba y afligía? Pequeño corazon tienes: muy léjos estás de la heroycidad verda-

dera, pues de ese modo temes los trabajos. ¿Tu corazon te profetiza mil calamidades, tribulaciones y disgustos, por causa de esos caballeros á quienes haces un beneficio tan continuado? Está muy bien; ¿y qué importa que todo eso suceda? Hasta aquí no has obrado mal: no obres mal en adelante, y serás verdaderamente dichoso. Un mortal no puede hacer cosa mejor que imitar al Ser supremo: tu alma es en cierto modo una porcion de la Divinidad; á ésta pues debes seguir. Si Dios solamente hiciera bien á los agradecidos, pocas veces abriria sus tesoros. Dá pues de gracia, y no vendas el bien que hagas: no mires jamas á la recompensa, sea ésta la que fuere, ó de injurias ó de agradecimiento: haz bien, solo porque es bueno hacerle. Obra tú segun te dicta la razon, y hagan otros lo que quisieren. Los delitos agenos, sus alevosías é ingratitudes, no te harán ménos agradable al Ser supremo, de cuya liberalidad benévola de-

pende únicamente todo tu bien. Así, si te piden consejo para obrar bien, debes darle: si te preguntan quál es el camino de la verdadera felicidad, enséñale: advierte, que quien te lo pregunta es tu hermano, y que en callar desagradarias al que te gobierna. ¿Querrás negar la luz al que peligra en las tinieblas, y mas siendo la luz el único bien que se reparte sin disminuirse? ¿Querrás encerrar dentro de tí los rayos del sol, ó aprisionar la luz de la razon, que es un rayo de la Divinidad? ¡O qué vil pusilanimidad es la que te tentaba! ¡Temes los trabajos! ¿Y ahora te viene este rezelo quando has triunfado de tantos? ¡Temes los trabajos! ¿Pues á qué precio has de comprar la importante ciencia de lo que te resta que saber? ¿No han sido ellos los mejores maestros de tu filosofía? ¡Indigno pensamiento es el de temer las aflicciones de ese modo, como lo haria qualquier hombre de la plebe, sin experiencia y sin valor! ¿No tienes pre-

sente que naciste Príncipe, y que tienes la sangre de tantos héroes que no conociéron el temor? ¿Qué fuiste Rey, y que tu filosofía te hizo despreciar el cetro y la corona? El que ha tenido espíritu para burlarse de tales contratiempos, ¿teme ahora las imágines fantásticas de los futuros trabajos que le figura la *Pusilanimidad*? Vengan enhorabuena: *obre Miseno como debe, y será Miseno siempre feliz.*

21. Así hablaba consigo mismo, y proseguia cantando en su rústico trabajo; pero la *Tristeza*, viendo que la *Pusilanimidad* habia desmayado abandonando la conquista del corazon del héroe, tomó por su cuenta la empresa, preparándole un nuevo y mas peligroso asalto.

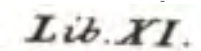
EL FELIZ.

LIBRO UNDÉCIMO.

SUMARIO

DEL LIBRO UNDÉCIMO.

Viéndose Miseno muy turbado por haberle acometido la Tristeza, *recurre al cielo, y de repente se ve trasladado á las regiones de las estrellas pasando por los planetas, y desprecia lo que la tierra puede dar. Mira como en un espejo el templo de las pasiones por lo exterior y lo interior. Descripcion de las figuras y tronos del* Amor, *el* Interes y Gloria del mundo: *los sacrificios al* Interes *son el de la* Paz *y la* Honra. *Descríbese el sacrificio que se hace á la* Fama, *y los que habia hecho Miseno por conseguirla. Pintanse los que sacrifican al* Amor. *Se halla el Héroe de repente en el pais de la* Razon, *en el que no faltan pasiones; pero se hace buen uso de ellas. Conduce Filoteo á Miseno en una carroza tirada de leones á la habitacion de una solitaria llamada* Ubaldina, *resuelta á no dar su amor sino á solo Dios. El Héroe, sin saber cómo, se halla caminando á su cabaña.*





Ubaldina, que solo empleó su corazon en Dios, enseña á Miseno que si la imita será feliz.

J. G Navia sc.

LIBRO XI.

1. Quando las aguas del mar están serenas, y son espejo cristalino del cielo, acontece muchas veces que una negra y tenebrosa nube saliendo debaxo de los horizontes va de repente volando sobre las alas de los vientos á arrojar sobre ellas un uracan formidable. Entónces las aguas, que estaban claras, se ven en un momento negras y horrorosas: los escollos se equivocan con las olas, la vida se confunde con la muerte, y los abismos con las estrellas. No de otro modo la *Tristeza* que en otro tiempo habia dominado en el corazon de Miseno, quiso probar nueva lucha para desquitarse del mal éxîto que habia tenido en la empresa del Conde. Cayó, pues, repentinamente en el corazon del héroe, quando él estaba mas alegre y ocupado en su trabajo, triunfante de la *Pusilanimi-*

dad, que le habia inquietado. No es mas repentino el efecto del rayo que lo fué el de la *Tristeza* en el corazon de Miseno. Se halló confuso é impedido su entendimiento, y sin poder descubrir la luz de la razon, ni el norte de su verdadero fin. El cielo se le confunde con la tierra, la filosofía con las pasiones, el bien con el mal, la virtud se equivoca con el vicio, y no sabe lo que desea, ni de lo que huye.

2. Queria, por la costumbre, llamar en su socorro la verdadera y celestial *Filosofía*; pero le engañaba una falsa *Razon*: su discurso era furioso, obscuro y turbulento: el mismo Miseno se extrañaba, y conocia que no resonaba en él la voz suave de la filosofía verdadera, á que estaba acostumbrado; porque hasta entónces la paz y la tranquilidad abrian las puertas al entendimiento, y éste poco á poco aclaraba las mas espesas tinieblas para conocer en dónde empie-

za el vicio, y en donde acaba el medio racional de la virtud: hasta entónces distinguia estas cosas con tál evidencia, que no era posible equivocarlas; pero ahora se desconocia del todo, y en esto mismo advirtió su peligro. Viéndose en esta angustia, levanta al cielo los ojos y las manos, invoca al Ser Supremo, y le dice:

3. Razon Eterna, que os comunicais á todo entendimiento que de vos dimana, si con voluntad sincera os busca, no os oculteis ahora para que yo os pueda seguir. El brazo de la criatura es muy débil si vuestra mano poderosa no le asiste: yo siento en mí una fuerza extraña que me impele, me ofusca y casi me derriba; pero vos, que me disteis asistencia quando no os invocaba, no me desampareis ahora que expresamente busco vuestro auxîlio. Apénas dixo esto, cayó desfallecido en tierra, no pudiendo sufrir su corazon el impulso de esfuerzo tan eficaz: quedó por algun tiempo como muerto, y vol-

viendo poco á poco en sí, se halló enteramente mudado: se restituyéron la paz y la tranquilidad á su acostumbrada habitacion, y su corazon á sus movimientos pacíficos y regulares: quiere alabar al Criador por la victoria conseguida contra la *Tristeza*; pero siente elevarse su entendimiento, enagenarse su imaginacion, y que se apodera de él una mano superior, sin saber cómo, ni si su cuerpo acompaña á su pensamiento. Se le representó que le llevaban á una region extraña, guiándole un Conductor celestial por sendas luminosas y desconocidas. Atraviesa la region de las nubes, y ve por uno y otro lado formarse los relámpagos, y dispararse contra la tierra saetas de fuego. Pasa poco despues por un globo que le parecia de plata, suspenso en medio del espacio vacío: se llena de admiracion, y la Guia le dixo, que aquel globo era la Luna. En ella observó de paso sus montes como de nieve, sus mares y lagos; mas poco despues este

mismo globo, que le habia parecido inmenso, se va disminuyendo á sus ojos, y ve que desaparece como un átomo en medio de los ayres. Vió luego otros globos mucho mayores, á los que el compañero celestial daba los nombres de *Mercurio*, *Venus* y *Marte*, que por espacios inmensos dan la vuelta al rededor del Sol: del Sol, digo, que él veia como una enorme masa ardiendo en vivas llamas, en cuya humeante atmósfera sobrenadaban varias nubes, á las que los habitadores de la tierra llaman *manchas*. Mas adelante encuentra á Júpiter rotando velocísimamente sobre su exe, y cortejado de quatro Lunas: por último ve á Saturno con mas numeroso cortejo, dando vuelta al rededor de él, tantos planetas pequeños, que por su multitud parecen un continuado anillo de plata. Poco despues, dexa muy léjos de sí toda esta máquina, y desaparece del todo la familia del Sol, al qual por haberle dexado muy distante, apénas le podia dis-

tinguir Miseno, como una pequeñita estrella. A un lado y á otro se le iban presentando tanta multitud de otros globos de fuego, y muchos de ellos mayores que el Sol, que Miseno se confunde. Aquí queda la constelacion de Orion (le dixo la Guia celestial) formada de mas de dos mil estrellas, muy pocas de las quales alcanzan á ver los moradores de la tierra. Allí caen las dos Ursas, despues Casiopeya, y Perseo: á este lado se ve Arturo, y el signo de Libra, con todos los demas del cielo. ¡Qué grandes y magníficos son para tu idea estos objetos! Sabe, pues, que todo esto es nada con lo que á su tiempo te espera, y que aun no te es permitido ver.

4. Estaba Miseno tan penetrado de la admiracion, que su alma no acertaba con los discursos; solamente pudo decir al Angel: si todo esto siendo tan grande es nada, ¿qué será lo que dexé allá en la tierra? ¿en la tierra, que desde esta inmensa distancia no seria

posible distinguir? ¡Qué ridículos, pues, y qué pueriles son los juicios de mis semejantes, quando se afligen por lo que les sucede, y se dexan abatir por las pasiones que tienen objetos tan viles!

5. No obstante, replicó la Guia, no quiero yo que tú ignores lo que pasa allá en la tierra: en este bellísimo espejo azul, que está sobre tu cabeza en figura de bóveda, verás mejor que si estuvieras en el mundo lo que allá hacen las pasiones. Entónces ve Miseno en el cóncavo y luminoso zafiro representado un magnífico templo, al qual conducian quatro grandes escalas que miraban á las quatro partes del mundo, y en el centro de ellas estaba el vestíbulo del templo: á la entrada se veian á los dos lados dos magestuosas matronas que se la prohibian á todos: en ambas se admiraba tal belleza, decencia y sencillez en el adorno, que inspiraban amor y respeto. Se pasmó Miseno; y preguntando á su Guia ¿quiénes eran aquellas ma-

tronas? Le dixo que eran la *Razon* y la *Virtud*, y que le seria fácil conocerlas reparando en sus insignias. Ya ves, que la primera matrona tiene sobre la cabeza una llama, que con no usada disposicion baxa derecha desde el cielo; porque la luz de la razon, es cierta emanacion del entendimiento Divino que baxó del Cielo á los hombres. La segunda, que es la Virtud, ciñe el pecho con una cadena de oro para enseñar cómo deben domarse los ímpetus del corazon y sus deseos, gobernándolos por la regla de la justicia, representada en la regla de oro que tiene en la mano, y la pone delante de los ojos. En este momento vió Miseno que el tumulto de los que deseaban entrar en el templo arrojaban por tierra á las dos matronas, y las atropellaban sin atender á sus gemidos. No te admires, dixo el Angel, porque este templo que ves es el de las pasiones, y ninguno entra en él á sacrificar, sin pisar á la *Virtud* y á la *Razon*. Ya entónces el

espejo celestial representaba lo interior del templo, variándose las escenas á proporcion que la inteligencia se adelantaba en Miseno: vió tres tronos inferiores con sus divinidades: estos servian de basa á otro trono superior y mayor, en el que presidia un soberbio y muy respetado varon, que aunque viejo en la edad, era en la robustez y en la viveza mancebo. Entendió Miseno que aquel era el *Amor propio*, cuyos tres hijos, que son el *Interes*, el deseo de *Fama* y el *Amor sensible*, estaban como divinidades subalternas mas abaxo, y de la mano de éstas recibia las ofrendas que le sacrificaban, como un padre desvanecido que se complace en la gloria de sus hijos, y tiene por lisonja propia los obsequios que les rinden.

6. Reflexionó Miseno en los tres tronos inferiores, y vió que el *Amor* parecia un niño con los ojos bendados, un ligero arco y saetas de fuego: su peana era de corazones, y su trono de llamas. En el

Interes brillaban el oro, los diamantes y toda pedrería preciosa; pero esto con tanta confusion que no sabian los ojos á qué atender. La divinidad de la *Fama* ó *Vanagloria* se adornaba toda con plumas: al rededor de su altar subian humos odoríferos, y de quando en quando salia una repentina luz como de relámpago, que no tenia mas exîstencia que la precisa para dexar con la tristeza de haberla visto pasar.

7. Ya el entendimiento de Miseno estaba acostumbrado á estas figuras alegóricas, y sin que las explicase la Guia celestial penetraba los símbolos que iba viendo. No obstante á esta especie de pasmo sucedió un movimiento de horror tan fuerte, que á no ser la asistencia del Angel, Miseno perderia la vida al ver los sacrificios que hacian los hombres á tan vanas divinidades. Aquí entendió Miseno como las pasiones quitan el juicio á los que siguen su desenfreno. Vió á un viejo que se arrojaba con

ansia á recibir del *Interes* un cofrecito de oro esmaltado de diamantes; pero la divinidad le rechazaba con indignacion sino la sacrificaba dos hijas hermosas que traia consigo ahogándolas entre sus brazos. No se detuvo el bárbaro parricida, y á las dos hizo exhalar las vidas entre sus manos, acompañando una accion tan cruel con lágrimas fingidas. No te admires, dixo la Guia, porque estos horrores los verás todos los dias en el mundo. ¿Quién ha seguido jamas al interes, sin ahogar entre sus manos, y pisar la *Paz* y la *Honra*? Bien ves que todos quieren á estas dos doncellas, hijas regaladas del alma, mientras ésta sigue la virtud; pero quando se trata de interes todo se olvida. ¿En dónde has visto grandes riquezas con paz? El modo de adquirirlas con *honra*, ó quán raro es y quán dificil. Es verdad que los que sacrifican no piensan que será preciso ofrecer tan amables víctimas; pero se obstina la divinidad del

interes en que solo á este precio concederá grandes riquezas.

8. Confuso quedó Miseno y enseñado: cobró tal horror á esta pasion insaciable, que no podia poner en ella los ojos. La Guia celestial le dió á ver varias escenas que se representaban en aquel espejo cóncavo de los cielos, y volviéndole ácia el mundo, le traia muy cerca, y ponia delante de los ojos sus horrores. Esta primera escena, dixo el Angel, representa los Alexandros, y otros conquistadores famosos. A un lado tienes los del Asia, y al otro todos los de Europa. Mira como talan los campos, y van desolando las provincias, y todo esto sin mas derecho de su parte, ni mas delito de parte de los afligidos que la ambicion, el interes, y la sed insaciable de riquezas. Repara en que violando el sagrado y comun derecho de las gentes, derriban tronos, arrastran Monarcas, degüellan Emperadores y queman ciudades, siendo hasta las mugeres y los niños pábulo de

las victoriosas llamas. Vuélvete ahora á otra escena que pinta los siglos futuros. Un nuevo mundo aparece en medio de dos mares, nunca ántes navegados (1). Mira lsa costas del antiguo emisferio infestadas de piratas, y unos piratas que se burlan de la civilidad, de la razon y la virtud. ¿Qué es lo que observas? Infinitos hombres solo diferentes en el color, y en todo lo demas semejantes á tí, reducidos á la mas dura y cruel esclavitud en que se hallan privados de la libertad: de la libertad, joya preciosísima que Dios habia dado á cada uno de ellos como dávida absoluta é irrevocable. Dios se la dió, así es; pero si sus semejantes no se la roban, ó si no cometen este delito, no pueden conseguir las riquezas que desean. Sacrifiquese pues el honor, la humanidad y la religion: todo para ellos es nada; y esto se hace á vista de todo el mun-

(1) Alude al descubrimiento de la América, que despues hiciéron los Españoles.

do, y esos monstruos de la razon pasan por hombres de bien y muy honrados, y de otro modo no los despacharia la divinidad del *Interes*.

9. Sentia Miseno mucha dificultad en creer lo que la escena le representaba; pero el Angel le declaró, que por aquel momento tenia las llaves de lo futuro, y que solo en los tiempos venideros verian todos lo que allí se le pintaba para su instruccion.

10. Pasaba todo esto con tal presteza, que no vuela mas veloz el pensamiento; y ya se presentaban á Miseno los sacrificios de la gloria vana. Venia pues á sacrificar un poderoso Monarca, acompañado de tres figuras: una bien conoció Miseno ser la *Fortuna*, que le iba delante convidando con una corona de laurel; la *Envidia* le detenia por el brazo; y la *Temeridad* al mismo tiempo le estimulaba importuna por la espalda. El, lleno de fuego, y embriagado con el humo de los inciensos con-

tagiosos y sutiles que se queman en aquel altar, estaba como fuera de sí, y no sabia cómo tendria propicia la divinidad á quien deseaba sacrificar.

11. Por la corona de laurel que apetecia, le pidió la diosa cincuenta mil cabezas de sus propios vasallos; y que expusiese, no solo la vida del primogénito, sino tambien la suya propia. En nada duda el desvanecido Monarca, y para esto declara una guerra, ofrece en diferentes lugares batallas á sus enemigos, corren por todas partes rios de sangre, una multitud de almas son sepultadas en el Tártaro, y su propio hijo exhala el alma atravesado con una lanza: por un lado y por otro se ven humear las mas opulentas ciudades, reducidas á cenizas: todo es horror. Pero el Monarca, deseoso de la victoria, ha perdido los sentimientos de humanidad, y alega como servicios de aquella diosa todos los estragos que acaba de hacer; bramando al oirlo la *Naturaleza*, y estremeciéndose

las paredes del templo con sola la narracion de los estragos. Quando ya iba la divinidad á concederle la deseada corona en una victoria decisiva, se la arrebata la *Envidia* de las manos, y el héroe se ve precipitado en las cavernas del *Vituperio*, que caian debaxo del trono de la gloria: allí oyó Miseno que perdia la propia vida, entre ahullidos formidables.

12. ¡Qué leccion esta para mí, dixo Miseno al que le acompañaba, qué leccion para mí, que quando gobernaba las armas corria tras la vanagloria como un loco! Yo me conozco reo de muchos de estos delitos, pero jamas habia conocido la verdad tan claramente como ahora.

13. Este es el privilegio, le respondió la Guia, del que puede leer en este libro del Cielo. Los espejos de la tierra son falsos y obscuros: este espejo en que estás viendo las cosas, es muy puro, verdadero y claro. En este instante fuéron pasando todos los héroes infelices que

corriendo tras la *Gloria vana* se halláron con el *Vituperio*; y solo este momento de la representacion celestial instruyó á Miseno mejor que lo pudieran hacer en largos años todos los hechos de la historia.

14. Queria Miseno reflexîonar y preguntar al Angel algunas cosas necesarias para su inteligencia; pero de repente, y sin pronunciar palabra, halló en su entendimiento la doctrina mas clara y sólida que daba respuesta á todo: ya empezaban á representarse en el espejo los sacrificios del *Amor*. Aquí sintió Miseno que el Angel le tocó en el corazon para confortarle, pues de otra suerte le quitaria de repente la vida el horror á que se preparaba. Un inmenso tropel entra por las puertas del templo, y todo se perturba: risa, lágrimas, llantos, júbilos, gemidos, sinfonías, altercaciones, todo se oia á un mismo tiempo. Allí venian los mayores Emperadores mezclados con la ínfima plebe: venian man-

cebos, cuya sangre hervia en las venas, entre los ancianos, que en sus canas de nieve soplaban las llamas impúdicas. Venian doncellas de la mas alta calidad, y las del pueblo abatido: no habia diferencia de sexôs ni edades, de fortuna ni de nobleza, de clima ni de tiempo: todos iban con antorchas en las manos á sacrificar al *Amor*. Entraban unos danzando con guirnaldas de flores, otros derramando sangre humana en duelos ó desafios. Qual con el bolsillo abierto derramando riquezas á dos manos: qual como Adónis adornado de plumas, compitiendo con las aves mas vistosas. Allá iban algunos tristes y melancólicos, carcomido el corazon, y secas las entrañas, roidas por los zelos: otros conservaban un ayre sencillo, alegres y contentos, pero de qüando en quando se sobresaltaban.

15. En llegando al altar profano, era preciso sacrificar en él el corazon y el alma, y ninguno dudaba ni se detenia: muchas ve-

ces les pedia el *Amor* la salud y las fuerzas del cuerpo, y era preciso perder en mil ocasiones las riquezas y la honra, no solamente la propia, sino tambien la agena; y ninguno tenia que pararse por ningun estorbo, porque el *Amor* queria sacrificios prontos. Pedia esta divinidad que se la sacrificase el entendimiento, y que el hombre mas juicioso quedase como un jumento estólido, pastando en el vil deleyte, que es comun á todas las bestias: en nada se detenian, y se sonreia el *Amor* haciendo burla de los mayores talentos. Quanto mas insignes eran los personages, mas horribles parecian los sacrificios: no obstante esto, el *Amor* les volvia como niño las espaldas, y los dexaba desesperados.

16. Bien veia Miseno, que de esto le tocaba á él mucho, y que se hallaba retratado en mil ocasiones; pero se consolaba con el horror que sentia por entónces, pues quanto mas aborrecemos un vicio, estamos mas léjos de él. En esto

desapareció toda aquella representacion celestial, y Miseno estremecido, queria arrancar de su corazon todas las pasiones, viendo á qué absurdos le habian arrastrado.

17. No pienses en eso, le respondió el Angel; porque esa empresa, sobre ser imposible, te seria inútil. ¿Cómo podré yo, replicó Miseno, librarme de los horrores que he visto, sin arrancar de mi pecho las pasiones que á ellos me llevan? No, no pienses en arrancarlas, sino en domarlas, ó en guiarlas, y gobernarlas por la Razon Eterna. En aquel momento desapareció toda la representacion del templo de las pasiones, y se vió Miseno en un pais mucho mas delicioso que el de los fingidos campos Eliseos de los antiguos poetas; pero se halló sin el Angel que le acompañaba. La mayor parte de los habitadores eran hombres ya ancianos: á lo menos todos tenian un aspecto prudente, aunque alegre en sumo grado. Vió entre

otros uno que venia en un carro tirado de leones, tigres y otros animales feroces; pero tan mansos y domesticados que Miseno se admiraba: de lo alto baxaba un rayo de luz celestial hasta la cabeza de Filoteo, que éste era su nombre. Llegó en su carro el Príncipe que le gobernaba á donde estaba Miseno, y le habló de este modo:

18. Veo tu admiracion, y vengo á instruirte en todo lo que deseas saber. Aquí estás en el pais de la *Razon*; y si ésta, acompañada de la fuerza superior, llega á domar las pasiones, no sirven éstas como fieras, sino como animales domésticos. Una vez que la verdadera Sabiduría llega á subyugarlas á la ley Eterna, reduce los habitantes de este pais á una bienaventuranza inexplicable; porque siendo única la misma ley, por donde todos los hombres se gobiernan, es preciso que entre todos haya la misma armonía que se halla en los movimientos celestes. Aquí cada familia y cada repúbli-

ca forman un cuerpo, cuyos miembros se estiman, se aman entre sí, y miran unos por otros, como sucede entre las dos manos de una misma persona: cada miembro mira como propio el interes y la comodidad del otro. Esta es la grande diferencia de este pais á los demas en donde reynan las *Pasiones*, y la *Razon* es esclava. Como son muchas las pasiones, y tan diferentes en cada hombre, son muchos los millares de leyes, y muy opuestas entre sí; por lo que es preciso que haya grande contrariedad y oposicion entre los hombres, pues no es posible que haya un cuerpo de varios miembros, en el que estos sean animados de espíritu diferente. Mas quando gobierna la ley de la razon, y no se da oidos á las pasiones, en todos reyna un solo espíritu; porque la luz de la razon es una sola, y ésta dimana de la misma Razon Eterna, por la que se gobierna hasta el mismo Dios. De este modo, lo que uno quiere, es lo mismo que otro de-

sea qué se haga; porque ninguno apetece sino lo que Dios aprueba.

19. Aquí no se sabe qué es disputa ni contienda, y mucho ménos mentira, engaño ó fingimiento. Aquí tiene su imperio la verdad, la paz su trono, y el órden su domicilio. Aquí duerme el Soberano descansado en los brazos de sus vasallos, y estos tambien descansan á la sombra de su brazo paternal. Aquí son tantos los verdaderos amigos, quantos son los individuos: el pupilo tiene padre, el pobre sólidos tesoros, el peregrino compatriotas: ninguno derrama lágrimas por la propia afliccion, que no halle el bálsamo en las que ve correr de los ojos de sus próximos con una verdadera compasion.

20. Yo me persuado, dixo Miseno, que los hombres de tan feliz habitacion serán de otro orígen menos corrompido que el nuestro, y que no tendrán en sus corazones aquellas detestables raices de todos los males, las *pasiones* quiero

decir. Bien veo que son en la figura hombres semejantes á aquellos entre quienes he vivido; pero sin duda son de muy diferente masa, pues tan diversos los hallo en sus procederes. No te engañes, dixo Filoteo, cree que son de la misma especie, y que tienen las mismas pasiones que los otros; pero saben gobernarlas por la razon y la ley Eterna: saben alimentarlas con objetos propios en justa proporcion y sin excesos. El *Amor al descanso*, y la *Ambicion*, tienen aquí sus justos límites, y así no verás ciudadano que esté ocioso. Empezando por el Monarca hasta descender al último vasallo, todos se ocupan; porque la razon, nuestra soberana suprema y celestial, dice: *que todo hombre ha nacido, no para procurar la satisfaccion de sus apetitos, sino para trabajar, empleando en acciones propias de su estado los sentidos, los talentos y todos sus miembros.* Pero tampoco verás ninguno engolfado en el avaro deseo de juntar rique-

zas; porque dicta la razon que *éstas son para servir al hombre*, y *no debe ser el hombre esclavo de las riquezas*.

21. Asimismo el *Deseo de gloria* en el descubrimiento de la verdad, y la *Vanidad* de perfeccionar las artes, no degeneran en vicio; porque la buena *Razon* de todo hace virtud: por eso verás, que aquí se cultivan las ciencias con cierto ardor pacífico, qual conviene para descubrir la verdad creada con el fin de subir á la increada: en el descubrimiento de las verdades recónditas no hay aquella acrimonia de la envidia, ni la porfia, ni el espíritu de partido, que en las escuelas es la puerta mas franca por donde se han introducido en el entendimiento de los hombres los yerros mas absurdos. Las artes se adelantan de dia en dia, porque la *Razon* hace ver el fin para que se inventó cada obra, y esto es lo que sirve, y lo suficiente para llevarlas á la última perfeccion.

22. Aquí el *Amor propio* está bien entendido, porque el bien público interesa mucho mas que el particular de cada uno, y todos sacrifican con gusto al bien comun sus propios intereses: de este modo por una admirable circulacion resulta la utilidad de cada uno de lo que se executa por el bien de todos: así se facilitan las empresas mas dificiles, porque unidos los brazos de todos, hacen un esfuerzo insuperable.

23. Aquí el *Zelo y amor de la justicia* no traspasa los límites. Si algun extrangero, que viene del terreno de las Pasiones, llega aquí despues de haber cometido allá algun delito enorme, en entrando en nuestros paises es el juez mas severo de sí mismo. El se condena á sí propio ántes que el juez externo le imponga el justo castigo, y sucede muchas veces que con su verdadero arrepentimiento es mayor la utilidad que saca el público, que el daño que le habian causado sus delitos. Los demas ciuda-

danos en vez de escandalizarse de las culpas se compadecen del delinqüente, y muy léjos de manifestar su pecado, divulgándole con falso zelo en los que le ignoran, procuran encubrirle manifestando la llaga á solo el que la pueda curar, haciendo todos en el cuerpo político lo que harian entre sí los miembros del cuerpo natural.

24. Una sola pasion, dixo Miseno, es la que me detiene para dar crédito á lo que me decis de este pais dichoso. ¿Es posible que ni la pasion del *Amor* es aquí desordenada? Debeis ser todos sus habitadores de un corazon frio, insensible, y formado de yelo, en el que no se pueden encender las penetrantes llamas del amor, que es una pasion furiosa, y al mismo tiempo dulce: al amor no le doma la razon, porque desconoce sus leyes, ó las desprecia.

25. Para darte respuesta, dixo Filoteo, sube á este carro, y ven conmigo á donde la Providencia celestial me manda que te lleve. Al

punto se halló Miseno trasladado con Filoteo á regiones desconocidas. Repara, y ve árboles que nunca habia visto, pirámides de una grandeza disforme (1), y aves de plumage extraño; y apeándose los dos, le conduxo Filoteo llevándole por entre dos rocas, cuyas avanzadas puntas entrando recíprocamente por el cóncavo de la que estaba enfrente abrian oculto paso á un campo muy alegre, en parte cultivado, y en parte silvestre. Allí en la última estancia que formaba la roca y la arboleda, tosca en lo exterior, pero singularmente adornada por dentro, halláron una hermosa doncella, cuyo nombre era Ubaldina.

26. Por una abertura que dexaban las ramas de dos álamos entrelazados, penetraban como á hurtadillas algunos delicados rayos del Sol á visitar á Ubaldina, la que sin reparar en los huéspedes no

(1) Habla de las pirámides de Egipto, que fué el pais de los antiguos Monges.

esperados, texia cestillas de palma (1) con su criada. Al verlos, subió á su semblante, con el sobresalto, un pudor virginal que realzaba su belleza y su modestia. Filoteo la dixo con ayre superior: vos que sirviendo al Altísimo, Gobernador de cielos y tierra, habeis evitado los lazos de la grandeza y de las honras, los de la hermosura y la sangre ilustre, sabed que os traigo, por órden del mismo Soberano, otro Anacoreta que vivia muy distante de aquí, para que le digais el motivo de vuestra resolucion heroyca, y quien os inspiró los pensamientos que os animan; y os declaro por señal, que habeis visto esta noche entre sueños nuestras figuras: el Soberano pues os ordena que nada le oculteis de lo que desea saber. Dixo esto, y como una blanda niebla que se disipa, sin saber cómo, con los rayos del Sol; así desapa-

(1) En Egipto están muy en uso los texidos de palma, y eran la mas regular ocupacion de los Solitarios.

reció á los ojos de ambos Filoteo, sin que advirtiesen por donde se habia ausentado.

27. Entónces Ubaldina levantando con silencio los ojos y las manos al cielo, y adorando al divino Ser que le gobierna, confesó á Miseno haber visto la noche antecedente en sueños las imágenes de los dos, y que una voz celeste la habia dicho: *no encierres en tí la luz que puede servir á quien te busca; y sabe que por órden mia le han conducido á verte y hablarte.* Yo desperté, dixo, y desprecié como sueño una idea tan extraña; pero ahora conozco que es órden superior, á la que ni debo ni puedo resistir. Sentémonos junto á esta fuente, que yo os comunicaré quanto pretendais saber de mí. La que solo por amor á la verdadera sabiduría huyó de la comunicacion de los mortales, no debe evitarla quando por amor á la verdad la buscan.

28. Entónces Miseno, asegurado de que la mano Suprema le lle-

vaba á aprender de aquella solitaria las máxîmas de la sólida filosofía, la suplicó que se las comunicase, y ella lo hizo de esta manera:

29. Despues que el famoso Saladino, pasando de Damasco á Egipto (1), se hizo tan poderoso é insolente, no pudo mi familia, que es de las mas ilustres de Alexandría (2), tener paz, ni gozar de las distinciones y Estados que nos habia dado el nacimiento. Me prohibia la religion aceptar las delicias que me ofrecia el tálamo de cierto Príncipe, gran sectario de Mahoma, que pre-

(1) Hallándose *Senaar* Señor de Egipto, por muerte de su enemigo *Hargan*, faltó á la promesa que habia hecho á *Noradin*, que le habia dado auxîlio; y en castigo de su perfidia envió *Noradin* á *Sicarron* su General, el que tomó las ciudades de *Belbeis* y *Alexandría*: allí dexó á su sobrino *Saladino* con lo mas escogido de sus tropas. Por entónces era poco conocido *Saladino*, pero despues llegó á ser muy famoso.

(2) La situacion de Alexandría es en la costa septentrional de Africa en el baxo Egipto á la entrada mas occidental de las bocas del Nilo: no dista mucho del Cayro ni de la antigua Menfis.

tendia con sus riquezas comprar mi mano, mi amistad y mi alma. Resistí en quanto pude, y ví que su interes empezaba ya á inclinarle á la violencia. Al punto que lo advertí, determiné, para conservar la pureza, retirarme á esta soledad (1), con esa fiel criada, que quiso acompañarme. Aquí vivo de la cultura de este pequeño terreno, no conocido de los mortales, que tienen por impenetrables estas rocas: el trabajo de mis manos me ocupa; y las consideraciones de mi entendimiento me recrean: la superior luz que me dirige, fortalece y ayuda, me ha enseñado á dar á mis pasiones el alimento propio, pero inocente. De este modo no he necesitado destruirlas sino encaminarlas, y quanto mas puro y mas propio es el alimento que las doy, tanto es mayor la satisfaccion que por medio de ellas disfruto.

(1) El Desierto que aquí señala está en la Tebaida, parte del alto Egipto.

30. Querer que vivamos sin pasiones es querer que seamos de otra naturaleza, ó que mudemos el ser que el Criador nos dió. Nuestro corazon está hecho para amar, y nuestra alma por un íntimo comercio sigue por lo regular sus movimientos. No debe ésta maniatarle, ni impedirle los pasos; pero debe encaminarlos siempre con diligencia al bien, así como el arte no pudiendo impedir la caida natural de las aguas se aprovecha de su peso, gobernándolas de suerte que sirvan al movimiento de las máquinas mas útiles é importantes. Imaginar (me decia yo, estando en Alexandría, quando balanceaba sobre mi resolucion) imaginar un corazon que no ame, es fingir un fuego que no queme, un peso que no caiga, y una llama que no suba. Dios le hizo para amar, como los ojos para ver, y así es imposible darle otro empleo. Pero la razon ilustrada pide que escojamos un objeto que merezca nuestro amor; y para deciros la verdad in-

genuamente, esta eleccion fué la que me hizo tomar la resolucion que veis. Yo huí de los mortales, porque no hallaba en ellos quien mereciese mi corazon entero, y no le quiero repartir: que parezca esto filosofía ó soberbia nada me importa. La *Razon* y la luz del Cielo me lo mandan, y no puedo resistir á esta soberana Señora de todas mis acciones. Fuera del *Ser supremo* no halla mi discurso objeto á quien me deba entregar con donacion irrevocable, total confianza y satisfaccion completa, que es lo que deseo. Discúlpenme los hombres si los agravio, pero no pueden conocer tanto como nosotras la sensibilidad de un corazon que ama bien, y ama lo que se debe amar. Los guerreros tienen corazones de hierro, los filósofos los tienen consumidos y secos. Quien, como yo, tuviese corazon de carne, si llega á errar en la eleccion del objeto que le inclina, siente un dolor que solo podrá conocer la que tenga la infelicidad de experi-

mentarle. Por el contrario si halla objeto digno de su amor, y que la dé satisfaccion completa, no se sabe el júbilo, y gozo interior en que se ve el alma sumergida. El deseo de esta satisfaccion, y el temor de aquella pena, son los dos principios que sin intentarlo yo, me lleváron con violencia dulce á elegir por objeto de mi corazon al Soberano Señor que me le habia formado.

31. Reparó Miseno en la expresion de Ubaldina quando dixo, que sin intentarlo y con violencia habia hecho aquella eleccion, y la pidió que le declarase estas palabras; á lo que respondió Ubaldina francamente:

32. Señor, no hay rosas sin espinas, y las de Alexandría, que no está léjos, siendo las mas bellas de todas, no dexan de tenerlas muy agudas: solo quien las llega al pecho sabe quan penetrantes son. Quiero decir en esto, que todos los objetos, aun los mas amables, tienen defectos, y quando por el

amor los llegamos al corazon, nos pican y molestan: solo mi Criador no los tiene, por ser en sí la suma perfeccion, sin el menor defecto. Todos los demas objetos ¿á quántas mudanzas se exponen? Mudanzas de la fortuna que los eleva, y sin motivo ni causa los abate: mudanzas que el tiempo introduce por el mismo órden invariable de la naturaleza: mudanzas de la voluntad que á pesar de las promesas, y aun de los juramentos mas solemnes es mas mudable que las hojas de los árboles en un sitio ventoso y desamparado. Si yo pues no puedo asegurar mi voluntad como quisiera, ¿qué esperanza podré tener de dominar la voluntad agena para que no huya de mí?

33. Pero supongamos que la domino, ¿cómo podré exîmirme de la tiranía de la muerte? De la muerte, digo, la que quando tenga el objeto de mi amor mas estrechado entre los brazos de mi alma, entónces hace timbre de arrancarle

con violencia llevándome la mitad de ella.. Entónces os desengañais de que el objeto que teniais por firme y sólido se disipó como humo, huyó como sombra, y os dexó un vacío que os llena de pena, y os mata. Siendo esto así, quiero para mi amor un objeto inmortal, un objeto inmutable, y de cuya correspondencia tenga toda certeza; y como solo le hallo en el *supremo Ser*, á éste solamente quiero, á éste solo puedo dar mi corazon con gusto, con total confianza y descanso.

34. Al decir estas palabras se enterneció Ubaldina, y saliéron de sus ojos algunas lágrimas que daban notable fuerza á sus expresiones; y despues de dar este dulce desahogo á su espíritu, prosiguió diciendo: ¡ah! que en la amistad de este Soberano no teneís que temer, como en la de los Monarcas de la tierra, los enredos indisolubles y ocultos de vuestros enemigos; porque vuestro corazon es vuestra pro-

pia defensa. No os atormenta vuestro amante con dudas, ni os pide juramentos ni protestas; porque si vuestro corazon suspira por él, ya ha visto los suspiros aun ántes que el alma los sienta.

35. Bien entendia Miseno este lenguage; mas para dar motivo á que Ubaldina continuase, fingió dudar de tan alta doctrina, y la dixo estas razones: todo lo que decis es verdad, pero es tan grande la distancia entre nosotros y el Ser supremo, que me parece que se estará sumergido el corazon en el profundo respeto, sin que (permitid que así lo diga) se atreva á arrojarse á los brazos de su amado para sentir la dulzura del íntimo abrazo: aquella dulzura, digo, que se siente en dos almas iguales, quando mútuamente se aman. A lo que respondió Ubaldina:

36. La amistad que yo tengo con el que me crió no está fundada como las amistades de los hombres. La raiz de la amistad en es-

tos es el recíproco interes: la mútua satisfaccion es la que los obliga á enlazar los brazos de sus almas. De diferente modo procede esta amistad que tengo con el Ser supremo; porque de mi parte lo que me arrebata es la propension de mi corazon, inclinado ácia él. Le formó Dios de propósito para que yo le ame, y de tal modo que en qualquier otro objeto que le quiera fixar será trabajo inútil: solo en este norte sosiega el imán de mi alma: solo en este centro descansa el corazon que á solo Dios se inclina y propende. Quando yo fluctuaba entre esas dudas que me proponeis, mil veces me preguntaba á mí misma, y me decia: el que formó tu corazon es el que le dió la propension que en él sientes; luego Dios quiere que le ames, pues con tan grande fuerza, bien que suave y no violenta, le lleva á ese objeto Supremo. Si Dios no quiere mi amor, ¿por qué aun por medio de la espesa nube del cuerpo se me

manifiesta tan hermoso y tan amable que encanta los ojos de mi alma? ¿Para que es esto sino para que yo le ame? Bien como un amoroso padre que se baxa al tierno hijo, le toma con sus manos, y levantando sus delicados bracitos los pone en los propios hombros para que pueda abrazarle, y para que le diga que le quiere; así lo hace conmigo este Padre Soberano, descendiendo de su grandeza inefable, y tomándome con su gracia poderosa por los afectos de mi alma para que con ellos le abrace. Mira pues si aunque colocado en el trono de su inefable Magestad, quiere y estima que le amemos, con ser nosotros vilísimas criaturas.

37. Bien está, dixo Miseno, vos le amais por vuestra parte, porque á él os lleva el corazon; ¿mas cómo estais cierta de que él os ama, y de que por este amor recíproco teneis con Dios verdadera amistad, y satisfaccion completa?

38. De parte de Dios, respon-

dió Ubaldina, lo que le mueve á amar no es el interes del gusto que recibe, como en los hombres, sino una efusion de su corazon propenso á amar y hacer bien á sus criaturas. La rectitud esencial de su voluntad es la que le hace detestar á los malos, y por consiguiente debe amar á los buenos que le obedecen. Mas quando yo no conociese la irresistible propension de la voluntad de Dios á hacerme bien, ¿cómo podria yo ignorar los favores y beneficios con que cada dia me regala? Si el divino entendimiento nada hace á lo que salga, y hasta una gota de agua no cae sobre la tierra sin que el Señor la destine el lugar conveniente, ¿cómo sin que Dios la envie habia de venir sobre mí la lluvia celestial de sus favores? No solo la envia sino que de propósito la envia para mí. Todos los beneficios que recibo de su mano son multiplicados presentes que su divina liberalidad me hace. ¿Quántas veces conozco yo

que va delante de mis deseos preparando muchos años ántes con su Providencia lo que sabe que algun dia habia de necesitar, y esto quando era imposible que yo previese mi futura necesidad? Jamas he hallado tan fiel correspondencia: ¿cómo pues será posible que yo dude de su finísimo amor?

39. Si bien lo reflexionamos, dixo Míseno, todos recibimos de este Soberano Sol las benignas influencias de sus rayos, y es preciso que experimenten particular benevolencia los que sincèramente le aman, dándole todo el corazon. A mí me parece que aquellos, que distinguiéndose del comun de los hombres, ponen todo su cuidado en agradarle, son como los altos montes que levantándose de la tierra se acercan mas al Sol, y son privilegiados en sus influencias, porque van mas inmediatamente á buscarle. Confieso pues que teneis razon para creer que vuestro Criador os ama. . . . . .

40. Ved ahora, dixo Ubaldina, qué satisfaccion tan completa logran mis pasiones y deseos, hallando en solo Dios el objeto que les es mas propio y adequado. Tenia yo una desmedida *vanidad* de mi mérito: considerad, pues, si esta pasion se puede dar por contenta quando tengo por mi amante al Omnipotente. Sé de cierto que me concederá quanto le pida, si él ve que me conviene: mirad si mi corazon puede vivir satisfecho. Reducirá todo el universo á un solo punto, parará el curso de la naturaleza, ó sin estrépito de milagros y obras estupendas (lo qual es mas de su genio) dispondrá que todo llegue á suceder como yo queria. Por ser Dios el Príncipe del futuro siglo, gobierna con suavidad el presente de tal modo, que lo que en realidad es una anticipada disposicion suya, parezca un puro acaso; pero estas expresiones os parecerán tal vez indignas de la suprema Magestad, y yo le habré ofendido co-

municando los pensamientos que debiera tener cerrados en mi pecho. El corazon se me aflige, y el entendimiento se turba y se pierde: yo os suplico que os retireis, porque ya he satisfecho á vuestra curiosidad. Esto dixo, y se escondió, entrándose en lo interior de la gruta, quedando Miseno indeciso, y sin saber qué haria.

41. Ignoraba el héroe el terreno: estaba muy distante su cabaña, y no conocia el camino: no obstante animado de un interior espíritu, se resolvió á caminar sin saber á dónde iba; quando he aqui, que el terreno pasando por debaxo de sus pies desaparecia sin que él se fatigase: se abatian los montes, se llenaban los valles, y todo para él se convertia en una senda llana y derecha: por uno y otro lado se iban quedando atrás las sierras y montes, los bosques y los rios, los campos y las florestas; y á poco tiempo se vió en su propia cabaña, sin saber por donde habia

llegado allí. Venia tan absorto con lo que habia visto y pasado, que á ningun otro objeto atendia. Sentia en sí sumo horror á las pasiones desordenadas, porque no podia olvidarse de lo que habia visto en el espejo celestial; pero se consolaba por otra parte sabiendo que dándolas un objeto propio y debido servian al alma para el bien, así como las pasiones desordenadas la sirven para su mal. Cada vez se confirmaba mas en que no habia cosa peor que una pasion desenfrenada, ni que mas contraria fuese á la felicidad; pero al mismo tiempo las pasiones refrenadas son como brutos bien gobernados, que llevan al alma á su bien; y porque la pasion del *Amor* le parecia á Miseno la mas rebelde, nada hacia tanta impresion en su alma como las máximas de Ubaldina, las que repetia para sí continuamente. Entretanto que Miseno se veia regalado con estas luces superiores, estaba Sofía recreando á su hermano y á

los demas convidados con la música y las máxîmas que ya dexamos referidas.



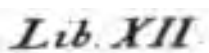
EL FELIZ.

LIBRO DUODÉCIMO.

SUMARIO

DEL LIBRO DUODÉCIMO.

Hace en Ibrahim la música tanto efecto, que las ideas de la filosofía de Miseno se apoderan de su entendimiento con la fuerza de la armonía, y empieza á balancear entre su falsa filosofía y la verdadera del Héroe. No puede reconciliar el sueño, y determina ir con el Conde á consultar á Miseno. Va Ibrahim por el camino pervirtiendo al Conde con esta verdad mal entendida: las pasiones son precisas, y sin ellas seria el hombre una estatua sin movimiento. *No se sabe defender el Conde; pero llegando á la presencia de Miseno habla el filósofo en su estilo hinchado: le responde el Héroe con mansedumbre; y el Conde abraza la sana doctrina. Se da por respuesta fundamental á las dificultades de Ibrahim, que el bueno ó mal uso hace las pasiones buenas ó malas. Estado del hombre quando Dios le crió, su caida y las conseqüencias; las quales hacen dificil la virtud, pero mas meritoria.*





Arguye Miseno que no son malas las pasiones: el mal está en no refrenarlas.

J. G. Navia. sc.

LIBRO XII.

1. Muy aturdido habia quedado Ibrahim con la música; pero mucho mas que la solfa, se le habia fixado la letra vivamente impresa en su alma: de suerte, que quando se retiró á su quarto para descansar, no hacia su imaginacion otra cosa, que repetir los armoniosos acentos, y las importantes sentencias que habia oido. Todo por una parte le parecia admirable, mas por otra se le representaba tal dificultad en arreglar las pasiones de los hombres, que le parecia imposible el sistema de Miseno. Queria conciliar las máximas del entendimiento con el desenfreno de la voluntad; y así con su juicio agudo y pronto formaba mil sistemas, pero en todos encontraba muchos absurdos. Entónces se enfada con la nueva doctrina, que solo por ser agena perdia para él la estimacion que

le hubiera merecido por ser nueva; y determina por último despreciarla como fabulosa. En este mismo instante el espíritu del *Engaño*, hallando bien dispuesto al filósofo, con la mas suave, y lisongera eloqüencia llegó á hablarle de este modo: cosa bien extraña es que un hombre que no parece haber freqüentado los libros desde su juventud, haya descubierto ántes que tú tan importante secreto. Sea Miseno enhorabuena, quando mucho, algun General descontento ó algun Caballero desgraciado; pero jamas habrá hecho tan profundas reflexîones como tú sobre el corazon del hombre, sobre el estado del mundo, y en fin sobre el universo entero. ¿Que hay desde el centro de la tierra hasta el cielo de las estrellas, que se escape de tu comprehension? Los astros siguen obedientes la carrera que les tienes señalada, y parece que la Luna y el Sol no se atreven á eclipsarse sin consultarte primero. No sube

el Océano en su furiosa hinchazon, ni desciende en la baxa mar, sino segun las leyes que tus cálculos explican. ¿Quién penetra como tú las causas de los vientos, el orígen de las fuentes, la naturaleza de las nubes, y el curso de los elementos todos? ¿Será, pues, creible que un hombre criado, ó en el remolino de las Cortes, ó en la soledad de los desiertos, pueda descubrir ahora lo que tú no has alcanzado? ¿Cómo puede haber sin las pasiones alegría ni felicidad? Y con ellas ¡qué diminuta y qué insulsa es preciso que sea! Esto es sin duda una ridícula ficcion, propia solamente para engañar á entendimientos femeniles, ó á espíritus ligeros. A tí ha de deber el mundo el triunfo contra este error que se ha hecho tan plausible que arrastraria á su favor los votos de todos: para esta empresa solo tu ingenio es poderoso. No te será dificil confundir esta doctrina en sus principios: debes procurar aniquilarla delante de los mismos que tanto la aplau-

den, pero no ha de ser esto con la arrogancia digna de una verdad triunfante, sino con la sagacidad de una astuta raposa; porque los sabios no deben sacar la espada de sus argumentos en forma sino con otros sabios que la sepan manejar. El desprecio seria sin duda el mas oportuno combate; pero la política pide disimulo y fingimiento, y mas que todo constancia.

2. Así hablaba á Ibrahim el espíritu del *Engaño*, y el filósofo escuchaba en el silencio de la noche con sumo gusto sus palabras lisonjeras. Ya estaba preparando argumentos, ya chistosos dicterios, ya burlas manifiestas para quando viese postrado por tierra á su contrario, teniéndose por victorioso, antes de entrar en la batalla. De quando en quando le detenia algun tanto la luz de la verdad; pero qual soberbio combatiente que con la lanza en ristre, y el caballo levantado en dos pies va á pisar una que le parecia fiera, y oyendo la voz humana, ve una encantadora

belleza que le dexa cortado y suspenso; así le sucedia á Ibrahim aquella noche. Iba á despreciar la doctrina de Miseno, y daba clamores la voz de la razon: le parecia un encanto la hermosura inocente de la verdad, y tímido no se atrevia acometerla. Pero si entonces volvia á otra parte el discurso, tambien el espíritu del Error repetia sus engaños. Da muchos paseos, vuelve y revuelve, pero nada concluye. Se sienta confuso, descansa la fatigada cabeza sobre la izquierda mano, abrazando con ella la arrugada frente: cierra de industria los ojos, y se pone mas atento á meditar. Entonces el *Sueño*, con quien solia traer continua guerra, viéndole así ocupado, acude á sorprehenderle: arroja sobre todos sus sentidos las encantadoras adormideras, y aprisiona poco á poco sus miembros con suavísimas cadenas, esperando señorearse del alma. Pero se engañó, porque aun en sueños se escapa ésta de las manos, y vuelve á dis-

putar con Miseno : aun quando entorpecidos los sentidos reposen, el alma discurre , estudia y trabaja como puede. Avergonzado el *Sueño* de verse sin la presa deseada , se retiró veloz llevándose consigo las prisiones con que habia ligado los sentidos , y quedó Ibrahim despierto. Consulta éste á las estrellas , y ve que falta mucho para amanecer: quanto mas llama al dia , tanto mas se le detiene. Entonces se quejaba de que pinten con alas al tiempo , porque á este viejo decrépito , decia , que camina con tanta lentitud , mas propiamente debieran pintarle con muletas. Llegó por último la mañana , y al salir el Conde á caza , le expone Ibrahim su duda , y resuelven entre sí ir ambos á consultar á Miseno.

3. En el camino le declaró Ibrahim el embarazo que le causaban las pasiones para la felicidad de la vida ; porque si las sacais, decia , del corazon humano , quitais el orígen del gusto , la fuente del placer y la raiz del conteno : si

las quereis satisfacer, hallais mil obstáculos y contratiempos que os disgustan, y así nunca puede haber verdadera alegría. Concedia el Conde, por testimonio de la propia experiencia, que no se podia intentar satisfacer á las pasiones sin tener mil penas y disgustos, persuadido á que para conseguir perfecta alegría, era preciso resistir y renunciar del todo á las pasiones y á sus ciegos deleytes. Así el uno, como el otro, ignoraban la doctrina celestial que sobre este punto habia recibido Miseno.

4. Rióse entonces Ibrahim, y á manera de un mastin generoso que no quiere entrar en contienda con un perrito de falda, y solo se digna de responderle con un simple desprecio en el modo de mirarle con saña; así lo hizo Ibrahim. No obstante, creyendo que no le era decente á un sabio hablar sin algun discurso seguido y razon ponderada, dixo así (1):

(1) Este discurso que se sigue, es la

5. Sabed, Señor, que la voz de la naturaleza es la voz de Dios, el qual nos habla por sus obras. Consultad pues las criaturas, y vereis que solo tienen su tal qual alegría quando ven satisfechas sus inclinaciones. Corre la fuente ácia el prado, la aguja al iman, la piedra al centro, y la llama á lo alto; y solo quando llegan á donde deseaban, se quedan contentas. Por la misma razon los ojos desean la hermosura, los oidos la música, el olfato la fragrancia, y el paladar la suavidad de los manjares: ¿quién podrá, pues, alegrarlos sin darles lo que piden? ¿ó cómo quereis que se alegre un corazon sin satisfacer y contentar sus pasiones?

6. No haya pasiones, dixo el Conde, y entonces habrá perfecta alegría sin el menor disgusto. Si es imposible contentar las pasiones, y es muy penoso y difícil mantenerlas; para ahorrar disgustos

falsa doctrina de los impíos; y se les responde despues.

y evitar la pena de luchar contra imposibilidades, dexemos morir las pasiones, y entonces la *Razon pura* será el orígen de nuestra alegría. Yo sé que la puede haber en esta vida; como la veo en el héroe que vamos á consultar; y pues no puede conciliarse el contento con las pasiones, será preciso destruirlas, y triunfar primero de ellas para ser verdaderamente feliz.

7. ¡Qué engañado estais, Señor! (dixo Ibrahim en ademan de compadecido). Bien manifestais que vuestros años y viages no os han permitido reflexîonar en el interno mecanismo del mundo. Si quitais al hombre las pasiones, arrancais de raiz todo su contento y alegría. Lo mismo seria desterrar del mundo las pasiones, que quitar el alma que le vivifica y mueve, reduciéndole á un cadaver pesado y corrompido. Las pasiones son en la máquina del hombre el muelle real que da todo el movimiento: si por un instante le quitais, parará todo de repente. Sin *am-*

bicion, sin *interes*, sin *vanidad*, sin *deseo* de *gloria* y *fama*, ¿qué puede haber en este mundo? Quitad el *odio*, la *venganza*, la *emulacion*, ó deseo de preferencia: quitad los ocultos enredos del amor, ¿y qué es lo que quedaria en la tierra? Una sórdida ociosidad se derramaria por todas partes: el corazon frio, entorpecido, y como estúpido, se veria sin movimiento, entrándole una irremediable gangrena que le dexaria incapaz de sentimiento, y por consiguiente tan insensible á la pena, como al mas excesivo gusto. ¿Quereis una comparacion bien clara? Comparad pues ese lago que dexó la pasada inundacion en el valle, con un mar agitado, bien sea el mar Negro, nuestro vecino, ó bien el Océano distante: en este vereis una viva imagen de las pasiones del hombre. ¡Mirad con qué orgullo se levanta contra las rocas, sin rezelo de combatir su incontrastable firmeza! ¡Cómo porfia sin desistir de la empresa! ¡Cómo cla-

ma, y todo se amotina! ¡Qué ruido, qué tumulto, y qué bulla entre sus olas! Unas saltan sobre las otras, sin que en ellas se conozca órden ni razon, ley ni gobierno: todas andan á qual mas puede, y las que quedan vencidas pasan con disimulo por debaxo de las otras, para ir de nuevo á asaltarlas y sorprehenderlas. Ahora bien, ¿qué imágen quereis mas viva del disimulo, el fingimiento, la inconstancia y las pasiones de los mortales? Volved ahora los ojos á ese inmundo charco, en el que el agua sin movimiento camina á su corrupcion, y al contagio de los lugares vecinos. Una y otra es agua, pero la diferencia, como en el corazon del hombre, consiste en estar ó no agitada. Ved qual os agrada mas, y si os parece quitad las pasiones del mundo para conseguir esa alegría imaginaria y loca: eso solamente os lo puede persuadir el que jamas ha estudiado profundamente el corazon del hombre.

8. El Conde, como soldado visoño, no podia salir del aprieto en que le habia puesto Ibrahim: no queria convenir con su pensamiento, pero no sabia defenderse: era Ibrahim como una maliciosa araña, que en sintiendo la descuidada mosca enredada en la red, salta sobre ella y multiplicando hilos sobre hilos, la ata de tal modo que la dexa inmoble: esto hizo Ibrahim con el Conde, divirtiéndole con mil chistes y dichos, con ironías y preguntas enfáticas, y burlándose siempre de la doctrina de Miseno. El Conde se afligia, pero Ibrahim triunfaba. Llegáron al puente, y señalando el Conde al anciano, á quien habia visto desde lejos, le dixo: ahí teneis quien os dará la respuesta, y verémos cómo os desenredais de sus argumentos.

9. Baxó Miseno á saludarlos con la urbanidad acostumbrada, y despues que le refirieron el infeliz suceso que les aconteció al retirarse de la última visita, princi-

piaron la importante conferencia, diciendo Ibrahim de este modo:

10. Yo soy enteramente libre: mi entendimiento es un soberano absoluto que, debaxo de Dios, á ninguno rinde vasallage; solo á la verdad dobla la rodilla. Esta para mí es como una dama que supo ganar los afectos de un Monarca, y sin deslucir su corona, ni tocar á su cetro ni aun levemente, consigue inclinarle, rendirle, y cautivarle del todo. Esto me sucede á mí con la verdad: con ella me rendirá un niño, pero sin ella ni la autoridad, ni la sabiduría, ni los años tienen el menor poder para sujetarme. Mis propios pensamientos, hijos de mi entendimiento, no hallan en mí el afecto de padre, si llego á conocer que no son hijos de la verdad, única esposa á quien adora mi entendimiento. Por mas que sean partos de mi ingenio, á quienes he dado el ser y la vida, que en el mundo gozan, nada les vale no siendo hijos legítimos de la verdad; porque arro-

jándolos á tierra, los sofoco entre mis manos, y debaxo de mis pies los hago exhalar la vida que engañado les dí. De este modo mis propios yerros, que viviendo eran enemigos de la verdad, con la muerte me sirven de víctimas á su sacrificio, y son trofeo de su victoria. Este es mi carácter, este será el de todo hombre de bien, y por fuerza ha de ser tambien el vuestro. He tenido el gusto de oir estos dias vuestra doctrina: al principio me pareció que era la verdad, y estaba ya para doblar la rodilla y abrazarla; mas por mi fortuna reparé, y ví que no era lo que parecia: reflexioné mas, y hallé tales dificultades, que temo que sea un error. Por esto vengo á consultaros con la seguridad de que como hombre racional no reusareis rendiros á mis razones; así como lo haria yo si las vuestras fuesen victoriosas.

11. En el estilo hinchado y estudiada frase, fácilmente conoció Miseno el pensamiento de Ibrahim

y su genio ó carácter, y respondiéndole cortés, dixo: cómo hombre estoy sujeto al error, y quantos voy conociendo en mí, á tantos detesto con la mayor sinceridad. Pero los ojos del alma son como los del cuerpo, que no se pueden ver á sí mismos; y así para conocer sus defectos es preciso mirarlos en un espejo fiel, que los represente como agenos: por lo qual me hareis el mayor favor, si descubriendo los mios me librareis del error. Yo os doy palabra y mano de que no perturbaré vuestros discursos, y de que os oiré con atencion.

12. Animado Ibrahim con este preludio, ya contaba haber triunfado, y habló de este modo: vuestro sistema, le dixo, es una gentil quimera, hermosa en la apariencia de la teórica, pero imposible en la práctica. El hombre nació con pasiones, con ellas vive, y con ellas ha de morir: si las resiste, ¿qué alegría le puede dar esta violencia? Si procura satisfa-

cerlas, á muy pocos tocará esa fortuna, porque siempre los deseos son mayores que las fuerzas. Feliz seria el que de la naturaleza y la fortuna heredase caudales con que satisfacer á todas sus pasiones: éste viviria alegre, satisfecho y contento: seria el fenix de la felicidad. Haced vos que venga siempre la fòrtuna volando quando la llaman, y os concederé que cada uno tiene en su mano el modo de ser feliz. Calló Ibrahim; pero el Conde en el semblante y el gesto mostraba grande impaciencia y deseo de hablar sobre el punto. Advirtiéndolo Miseno, le suplicó que dixese lo que le parecia, y él le satisfizo de este modo:

13. Si el que tiene su cuerpo lleno de heridas alega particular derecho para hablar de batallas, creo que ninguno mas bien que yo tiene derecho para discurrir de las pasiones; pues éstas han reducido mi corazon al mas deplorable estado. Yo las comparo á las indómitas fieras de los montes; las

que si por desgracia cayó alguno en sus garras, bien se defienda valeroso, ó bien cayga desmayado, al fin le despedazarán; así son las pasiones. Para castigo de los mortales permitió Dios que saliesen de los abismos estos monstruos que debieran estar allá perpetuamente aherrojados, si la verdadera alegria habia de parecer èn este mundo; porque no tiene ésta contrarios mas terribles. El corazon es juguete de las pasiones, pues en apuntándole con un placer que le enamora y le atrae, va á él á carrera abierta; pero en tocándole, le clavan las pasiones una lanza hasta lo mas vivo del alma, y queda afligido ó muerto. Yo, Ibrahim, siempre seguí mis pasiones, y siempre tuve con que satisfacerlas, porque jamas la fortuna me negó sus auxilios; pero siempre viví triste: triste, y casi desesperado, porque hallaba un mortífero veneno en la misma satisfaccion de las pasiones. Dicho esto, refirió á Miseno las razones que Ibrahim le habia opues-

to en el camino, exponiéndole tambien las suyas; pero hablaba con tal afluencia y con tal fuego, que estaba Miseno pasmado, y aun Ibrahim no le conocia, acordándose de haberle visto mudo y parado con sus argumentos, quando venian por el camino.

14. Semejante á un perrito regalado, que viendose solo, y acometido por algun fiero mastin, huye tímido arrastrando la felpuda cola, sin atreverse á abrir la boca, pero luego que se ve refugiado en los brazos de la dama que le hace halagos, empieza á ladrar y á insultar á su mismo enemigo; así lo hacia el Conde al lado de Miseno.

15. Este, que le oyó con sumo gusto, dixo á Ibrahim de este modo: propio es de los viejos ir siempre detras de los otros, y pues ambos habeis dicho ya primero lo que os parece, yo tambien debo decir ahora lo que siento, para que despues elijais lo que mas os agrade. Pero antes de decirlo advier-

to que hasta ahora solo habia probado que la alegría verdadera era posible, y por qué medios nos podia llevar á ella nuestro entendimiento; mas no dixe una palabra en lo perteneciente á las pasiones y á la voluntad. Entonces vió el Conde que un rayo de luz mas claro que la del sol, saliendo por entre dos árboles, ilustraba la cabeza de Miseno, y así observaba con gran silencio lo que decia. Dos fuertes rocas, una despues de otra (dixo Miseno) nos ocultan el tesoro de la alegría, y superada la primera, todavía resta la segunda; porque vencidos los errores del entendimiento, aun nos queda que destruir los desórdenes de la voluntad, si hemos de gozar de la completa alegría que nos impiden estos dos obstáculos. Para no trabajar en vano, ¿qué es, Ibrahim, lo que entendeis por pasiones?

16. *Por pasion*, respondió el filósofo, *entiendo yo aquella inclinacion que sentimos en nosotros ácia alguna cosa, antes que el entendi-*

miento nos persuada que debemos buscarlas.

17. Justa es, dixo Miseno, esa vuestra idea, y es la misma que yo tenia: en esto veo que concordamos todos tres; pero tambien advierto que los dos estais discordes acerca de su orígen y su utilidad. Ibrahim supone que son necesarias y venidas del cielo: vos, Conde, las teneis por muy perniciosas, y por abortadas de los infiernos. El uno las estima como primer móvil del mundo, el otro las detesta como orígen de todos los desórdenes que hay en él. Entre tan encontrados pareceres me es permitido decir el mio, y explicarle despacio, pues no quiero tropezar corriendo por un camino escabroso, y éste lo es bastantemente.

18. Para que esta grande máquina del mundo hiciese los efectos que el Supremo Artífice habia ideado, eran indispensables en ella dos cosas: una para que la diese el movimiento, otra para que le moderarse, segun las reglas. Las

pasiones, Ibrahim, son, como habeis dicho, el muelle real y primer móvil del mundo. Ellas son las que á todo dan el movimiento; pero la que, como es justo, debe gobernarle es la *Razon.* Si alguno quisiese quitar del mundo las *pasiones*, dexará un relox sin muelle ni pesas, un cadáver sin alma, y un cuerpo sin movimiento; pero tambien si quitamos la *Razon*, todo será ruina, horror y desórden.

19. Quitad de qualquier máquina la péndola ó *moderador* (1), que refrena el ímpetu de los movimientos, y á pocos minutos todo se despedaza. Las ruedas, que eran proporcionadas para un movimiento moderado, no lo serian para el impetuoso, y precipitándose las pesas á rienda suelta, iria todo por esos ayres: estas piezas se estorban entre sí, aquellas juegan violentadas,

(1) En unos reloxes las pesas, y en otros el muelle dan el movimiento á las ruedas; pero la péndola es el moderador que le arregla para que no sea ni mas apresurado, ni mas tardo que lo conveniente.

ya se tuercen, ya saltan de los exes, ya se hacen pedazos, y se vé la obra primorosa, con poco crédito del autor, reducida á lastimosos fragmentos.

20. Las pasiones, hijo mio, dixisteis bien que son fieras: vos y yo sabemos por experiencia propia, que no las hay mas horribles si llegan á romper el freno de la razon; pero subyugadas con él, son como los brutos que nos sirven ó para los triunfos, ó para las labores, ó para los empeños mas importantes. ¿Qué seria de nosotros sin las pasiones? ¿Pero qué seria tambien si no las sujetera la razon? Desenfrenadas ó con freno, las pasiones son las mismas, mas no lo mismo. ¿Qué comparacion tiene un toro trabajando con el yugo á paso lento, y tirando del arado, con el mismo toro escapado y suelto, que parece un leon desesperado, y escarbando la tierra atruena los ayres, embiste, hiere, estropea y mata? Así son las pasiones.

21. Admirado quedó el Conde al ver como Miseno concordaba tan opuestos pareceres. Conocia con pasmo suyo que la misma doctrina propuesta por Miseno le ilustraba, y en los términos en que la oia de Ibrahim le llenaba de horror: le pareció semejante á la Luna quando está entre el Sol y la tierra, que en la parte que mira al Sol está clara y bellísima, y en la que mira á la tierra está fea y obscura, con ser la misma: confesó, pues, que estaba del todo satisfecho. Entonces, le dixo Miseno:

22. *Gobernad*, hijo mio, *con la razon que os ha dado el Ser supremo, como participacion de su razon Eterna: gobernad, digo, con esta razon vuestras pasiones, y ninguno podrá impedir que seais sumamente dichoso.* Grabad en el corazon esta máxîma, y no cabrá en vos vuestra grande felicidad.

23. Buen consejo le dais (dixo Ibrahim sonriéndose) si fuera practicable, ¿pero quién podrá poner freno á sus pasiones, gobernándo-

las por la razon? A pesar de nuestros esfuerzos, las pasiones nos arrastran: el pobre corazon es su juguete, no menos que una ligerita barca en medio del mar alborotado. Decidme, ¿de qué le sirve al Piloto querer navegar por línea recta, si se burlan de él los vientos, los mares, y el temporal? Figuraos (como yo me ví saliendo de Chipre) en una deshecha tormenta quando el navío salta como una pelota, sacudido por todas partes de las hondas. Los mastiles, unos pierden las antenas y gimen, otros rechinan y se quiebran: arráncase el timon, rompense las velas, la bomba se inútiliza, los relámpagos ciegan, los truenos atemorizan, los rayos asombran, y hasta el gobierno de la aguja se pierde. Decid entonces al Piloto, que siga su derrota derecha. Si casi se despedaza el navío, y ya se le traga el mar, ya le vomita: aquí se hunde; allá aparece: si el cielo se confunde con la tierra, el dia con la noche, y las nubes con las olas, ¿qué ha

de hacer el Piloto? Todo se pone negro y obscuro, nadie se entiende, no se oyen sino alharidos y clamores, todos están luchando con los vientos, los mares y la muerte. Decidle, pues, que muy sosegado exâmine la carta, y con el compas en la mano forme sus triángulos y trace el rumbo. ¿No seria inútil todo esto? Pues no lo es menos el consejo que dais al Conde. Si poneis la felicidad en el gobierno de las pasiones, y no en la entera satisfaccion de ellas, como yo, bien podemos perder las esperanzas de ser jamas felices.

24. Todo este discurso le agradaba al Conde: solo la última cláusula no le sonaba bien; pero dexó el exámen del punto á Miseno, y éste con mucha urbanidad les dixo á los dos: Para exâminar bien este punto era preciso tomar estas cosas de raiz, y averiguar cómo han venido á triunfar de la razon las pasiones que al principio la obedecian rendidas, para ver si en

los fueros de nuestra libertad se halla todavía fuerza para que ayudada de la mano Suprema, sujete de nuevo á la razon las pasiones rebeldes. Si no os cansa, amigos, tan delicada metafísica, tendria yo el gusto de explicaros mi pensamiento.

25. Para un filósofo de profesion, respondió Ibrahim, no hay diversion mayor que un discurso serio sobre materia tan importante. Dixo, pues, Miseno:

26. Quando el Omnipotente ideó la formacion del hombre tuvo la intencion de hacer una imágen suya: le infundió el alma, que es como un rayo de su Divinidad, y así empezó á poner en ella la semejanza posible. Dios, que es la *Razon Eterna*, nos dió la luz de la *Razon*, espejo pequeño, pero fiel, en el que reverberan en su tanto los rayos del Divino entendimiento. Nuestra *Razon* aprueba loque Dios aprueba, y detesta todo lo que Dios detesta. Ya en esto salió el retrato parecido á su original, pero le dió

otro toque que aumentó mucho mas la semejanza.

27. Era Dios Señor absoluto, y quiso que tambien lo fuese el hombre. Para esto le entregó el universo, poniéndole debaxo de sus pies (1). Ved en qué pedestal tan alto quiso colocar esta estatua suya. Dióle el cetro, y mandó que todo quanto en este mundo le obedece rindiese vasallage al hombre. Sacó de su propio seno la preciosa joya de la libertad, con la que le distinguió de quanto habia criado en este visible mundo. Tambien le dió absoluta autoridad sobre sus pasiones, apetitos y deseos: á todos los podia gobernar sin trabajo. Ya veis que retrato tan propio de Dios.

28. Pedia la *Razon Eterna* que el hombre, como criatura de Dios, viviese sujeto á él, no pudiendo sin ofensa de la *Razon* dispensarle de este vasallage: advertid ahora con qué nobleza é hidalguía le trata.

(1) *Omnia subjecistis sub pedibus ejus* Psalm. 8. 8.

Le impuso un levísimo precepto (1), en el que no tenia Dios mas interés que el que el hombre reconociese la superioridad Divina. Le impone el precepto, pero sin hacerle coaccion ni violencia alguna. No quiere que nada le oprima: solo le da á entender su obligacion de obedecer á Dios: con esto se satisface, dexándole enteramente libre, sin tocar nada en los fueros de su libertad. Quiere sí, que el hombre le obedezca, pero que esto lo haga queriendo él con toda su voluntad, y sin que nadie le estreche, para que de este modo conserve el hombre su nobleza obrando por su propio querer, y Dios tenga ocasion en el mérito de esta obediencia voluntaria y libre para derramar sobre él el torrente de su infinita remuneracion, pues á ser forzada la obediencia, no la podria merecer.

29. ¡Qué noble idea de Dios! ¡Qué loable para el Criador! ¡Qué

(1) *De ligno Scientiæ boni et mali ne comedas*. Gen. 2. 17.

honorífica para el hombre! ¡Hacerle dueño de conseguir la suerte feliz, poniéndosela como en la mano, por la libertad que gozaba de adquirirla! ¡Ved qué obra tan admirable era el hombre en el estado en que Dios le formó! Nò puede haber, dixo el Conde, mas propia imagen de Dios; pues á no ser Dios, no sé yo qué puéde haber que se parezca mas á su infinita grandeza.

30. Vióse el hombre (continuó Miseno) señor absoluto: la tierra, el mar, los vientos, y las aves, todo lo gobierna: á una simple seña todo viene á sus pies: al solo extender el cetro todo dobla la rodilla: sus mismas pasiones no se resistian, porque solamente deseaba lo que queria desear: la *Razon* era la que en él gobernaba los movimientos del alma: ya los excitaba, ya los reprimia, ya los mudaba por la regla de lo mas decente y justo. Se ve el hombre Rey soberano, y señor de quanto la Omnipotencia habia criado en este

mundo visible, y lo que es mas, dueño de sí mismo.

31. Así era el hombre, quando salió de las manos del *supremo Ser* que le crió. Se gobernaba por la misma *Razon Eterna*, semejante á Dios, y con admirable armonía y consonancia obraba lo que Dios queria, y Dios hacia lo que el hombre deseaba. Así la felicidad de que Dios goza se comunicaba á su criatura, bien que de un modo imperfecto, segun la capacidad de ésta; y nadando el hombre en la completa satisfaccion de sus deseos, rebosaba en un gozo inocente, interno y suavísimo. Servian sin ruido las pasiones, y las gobernaba el alma sin pena; pero este feliz estado duró poco.

32. ¿Cómo, dixo el Conde, pudimos perder tan grande felicidad? Miseno le respondió: nuestra misma grandeza fue ocasion de nuestra ruina. El hombre colocado en tan grande altura, mira al rededor, y ve que nada hay semejante á él: mira á sí mismo, y se ve en

cierto modo, como un Dios, cuya peana adornan los cielos y la tierra como atributos: extiende la mano á su libertad y la halla enteramente suelta: ve que nada le estorba, y que si quiere puede no hacer caso del precepto que Dios le habia puesto; y lleno de altivez y amor á la libertad dixo: *No quiero.* Esto dixo, y en el mismo instante quedó perdido. Como estaba colocado en tan elevada altura, se le desvaneció la cabeza, se le turbó la vista, perdió el tino y cayó precipitado.

33. En el mismo tiempo, pues, en que se rebeló el hombre contra Dios todo se sublevó contra él. Le quitó Dios de las manos el cetro que le habia dado, y todas las criaturas rompiendo las cadenas con que las tenia sujetas se burlan de su poder, todas le persiguen y castigan. De este modo el que poco antes todo lo dominaba, ya no es señor de sí mismo, porque su corazon se rebela contra el alma, sus apetitos le tiranizan, sus deseos le arrastran, y la pobre alma, que es

como un rayo de la Divinidad, se ve hecha el ludibrio de su cuerpo, que antes era un vil esclavo suyo. Quedó, pues, del todo arruinada con la culpa de Adan la obra perfectísima de Dios; de suerte que al principio obedecian las pasiones á la *razon* como á señora absoluta, y despues procuran tiranizarla (1): en esto consiste la dificultad para ser felices; pero si han hecho dificil la felicidad, no la han hecho imposible.

34. ¡Gracias á Dios, dixo Ibrahim, que he hallado lo qué por muchos años habia buscado inútilmente! Ahora mi entendimiento ha descubierto en un solo vuelo lo que nunca habia visto. Jamas habia yo podido concordar la suma perfeccion del Ser supremo con la imperfecion de su mejor obra. Todo lo que Dios ha hecho es perfectísimo en su género, sino el hombre: los mas viles insectos, las flores mas

(1) *Video aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis... et captivantem me.* Rom. 7. 23.

despreciadas son cada una por sí, obra tan sublime y admirable para quien la considera con atencion, que solo un *Ser* infinito podria formarla. Todos los filósofos juntos nada pueden decir que satisfaga si quieren explicar de qué modo en cada fruto, flor ó insecto se forma la semilla y el principio de otros cuerpos orgánicos que sucesivamente puedan producir semejantes maravillas sin término. ¡Qué astucia se ve en los castores! ¡qué gobierno en las abejas! ¡qué geometría en las arañas! ¡qué sagacidad en las hormigas! ¡qué fidelidad en los perros! ¡qué generosidad en los elefantes! ¡qué brio en los caballos! Todo es obra de un mecanismo, formado por la mano Suprema, sin que allí haya espíritu inteligente que gobierne acciones tan maravillosas: todo esto me eleva.

35. Pero si considero al hombre, que es el primor de las divinas obras, veo en él tantas imperfecciones y defectos, tanta debilidad y desórden, que puede de-

cirse que es el hombre á un mismo tiempo el epílogo de las divinas perfecciones, y el compendio de todos los defectos contrarios á ellas. Tiene el hombre, semejante á Dios, inteligencia para elevarse hasta la contemplacion de la Divinidad, y juntamente es el centro de la ignorancia. Amamos, como Dios, el bien, y todos nos inclinamos al mal. Nos agrada la virtud, y abrazamos el vicio. Ninguno es tan perverso que no guste de la verdad, ¿pero quién es el que no cae en la mentira? Qucremos el bien que nadie nos impide, y obramos el mal al que ninguno nos obliga. Somos libres y dueños de nuestras acciones, y somos arrastrados como esclavos, en cierto modo, á hacer lo que no quisieramos (1). Se ven en los hombres defectos que jamas se han visto en los brutos. ¿Quién ha visto que las fieras despedacen á sus semejantes? ¿Pero quántos millares

(1) *Non quod volo bonum, hoc facio: sed quod nolo malum hoc age, &c.* Rom. 7. 19.

de hombres perecen á manos de otros hombres? Mas ahora todo se compone bien, todo lo entiendo. Las perfecciones de la obra salieron de su autor, y las imperfecciones son efectos de su ruina: sea el que sea quien le arruinó, pues la religion de Mahoma es muy diferente de la vuestra.

36. Ese discurso, dixo Miserio, es una prueba innegable del pecado original, y de que el hombre no está como salió de las manos Divinas. Estamos como un relox de oro (1), esmaltado de piedras preciosísimas, fabricado por mano del mejor artífice que los siglos han conocido; mas por haber caido en el duro suelo se ha desconcertado. Por la preciosidad de la materia, y la delicadez de la obra conocemos el empeño de su autor, y por el nombre de éste lo primoroso del

(1) No ignoraba el autor que el relox de faltriquera se inventó mucho despues; pero por la propiedad del símil se permitió este anacronismo, siguiendo el exemplo de otros grandes Poetas.

mecanismo; pero por el desórden de sus movimientos conjeturamos su caida y su ruina. No habrá quien pueda negar esta caida á vista de la contradiccion de perfecciones y defectos que se ve en el hombre. Debeis, pues, creer nuestro dogma, y la doctrina dada para no veros precisado á concordar las mas irreconciliables contradicciones.

37. Sea lo que fuese, dixo Ibrahim, yo insisto en la misma dificultad propuesta: ¿de qué le servirá al Conde querer gobernar sus pasiones por la razon, si ellas le han de arrastrar por fuerza?

38. Ahora, dixo Miseno, ya puedo explicar la respuesta. Las pasiones, despues de nuestra ruina, hacen dificil el gobierno de la razon, mas no imposible. Quedó herida la libertad, mas no muerta. No podemos obrar el bien con la facilidad que antes del pecado, pero al fin aun podemos. El alma experimenta rebeldías, pero todavía está en el trono, y si por floxa ó cansada no se rinde, porque quiere,

nadie la podia prender. No hablo ahora de los primeros movimientos que hacemos sin reflexîon: hablo de lo que hace cada uno con ciencia cierta de que lo hace, y digo que en estos términos el que quiera consultar á su experiencia verá que quando (hablando como el vulgo) las pasiones nos arrastran, sucede así, porque con nuestra floxedad nos dexamos arrastrar, pues si la voluntad no quiere no hay fuerza alguna que la obligue. Ponga cada uno la mano en su pecho, tome el pulso á los movimientos de su voluntad, y verá que no hay fuerza criada que la obligue á querer lo que positivamente no quiere. En esto se verá bien retratado el que reflexîone sobre sí mismo; porque todos palpamos que, si absolutamente queremos, á pesar de la furia de nuestras pasiones, podemos obedecerlas ó resistirlas.

39. No daba Ibrahim á entender que gustaba mucho de la doctrina que se trataba; y con cierto ayre de desprecio en lo exterior,

aunque interiormente estaba sobrecogido, pretendia con afectado silencio, que creyesen que tenia mucho que responder, pero que los concurrentes no eran dignos de la sutileza de sus reflexiones, como gente no acostumbrada á los estudios sublimes: no obstante, iba á decir alguna cosa, quando una visita no esperaba interrumpió los discursos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

